

Chupitos de Navidad y Polvitos Mágicos

NISHA SCAIL



Chupitos de Navidad y Polvitos Mágicos

NISHA SCAIL

CHUPITOS DE NAVIDAD Y POLVITOS MÁGICOS

NISHA SCAIL

COPYRIGHT

CHUPITOS DE NAVIDAD Y POLVITOS MÁGICO
Chupitos de fresa y polvitos mágicos
Chupitos de menta y deseos navideños
© edición 2024
© Nisha Scail
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Nisha Scail
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A las mujeres que no temen arriesgarse
y disfrutan de la vida sin prejuicios.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ÍNDICE
CHUPITOS DE FRESA Y POLVITOS MÁGICOS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
EPÍLOGO
CHUPITOS DE MENTA Y DESEOS NAVIDEÑOS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
EPÍLOGO

Chupitos de Fresa y Polvitos Mágicos



NISHA SCAIL

CHUPITOS FRESA Y POLVITOS MÁGICOS

NISHA SCAIL

CHUPITOS DE FRESA Y POLVITOS MÁGICOS

Ivory llegó a *Rougue Mountain* dispuesta a pasarlo bien y disfrutar de la particular despedida de soltera de su mejor amiga. Lo que no sabía era que allí también la estaría esperando parte de su pasado, uno que incluía a dos hombres a los que jamás había podido olvidar.

Kynan y **Adam Brown** supieron en el mismo instante en que la vieron que no se les volvería a escapar. Ya habían renunciado a *Ivy* una vez, ahora era el momento de poner las cartas sobre la mesa y convencer a esa adorable mujer de que su lugar estaba junto a ellos.

CAPÍTULO 1

No había cambiado nada. Durante un instante vio al caramelito dulce y tímido que recordaba de su juventud. Pero aquel caramelo había madurado lo suficiente para contar ahora con una bonita figura, que enfatizaban la diminuta falda y el ajustado top que lucía, por no hablar de la actitud abierta y liberal que proclamaba su presencia en una fiesta como aquella.

Kynan Brown había estado a punto de dejar caer las consumiciones que traía al verla con semejante modelito en el centro del salón, paseándose entre el grupo que se había registrado ese mediodía y que, a estas horas de la noche, ya empezaban a perder el sentido del decoro.

Ivory no encajaba en aquel lugar, ni en aquella fiesta y, sin embargo, parecía tener un vínculo especial con la novia protagonista de esa particular despedida de soltero. Sonreía con especial travesura a los brindis que corrían por la sala, pero solo aceptaba y bebía los chupitos que venían por parte de la agasajada. Su sonrisa perdía fuelle cuando estos llegaban de manos masculinas, llegando a ser realmente forzada en las ocasiones en las que el novio o el insistente tipo moreno, con un particular gusto por la moda, se acercaban a ella con sus propias invitaciones.

Debía admitir que se esforzaba por no rechazar abiertamente a ninguno, pero su incomodidad iba escalando puestos a medida que los dos tipos insistían, llegando a ver el disgusto en sus ojos. Solo cuando se volvía hacia la novia, su expresión se revestía de alegría y ganas de fiesta, una espléndida máscara que mantenía a punto para aquella particular representación.

No, ella no encajaba en aquella despedida soltero conjunta de una pareja *swinger*, pero tampoco parecía especialmente cohibida o escandalizada, señal inequívoca de que sabía exactamente en lo que se metía al participar de esa particular fiesta privada.

Dejó las bebidas que traía consigo sobre la mesa y procedió a colocarlas en su lugar mientras deslizaba los ojos a través de la sala. La mirada de su hermano se encontró con la suya. Su rostro pétreo había mudado ante la presencia de aquella mujer y el claro reconocimiento a su identidad. Adam estaba igual de sorprendido que él mismo por la presencia de *«la niña»* en el complejo hotelero que regentaban, máxime cuando había permanecido desaparecida de la vida de todos ellos tras lo ocurrido diez años atrás.

Aquel episodio los había alcanzado en mayor o menor medida, suponiendo un antes y un

después en las vidas de las personas tocadas por el accidente. Les había marcado como nunca nada antes lo había hecho, llevándolos por caminos que, con toda probabilidad, no habrían elegido de haberse resuelto las cosas de otra manera.

Sin duda, el caprichoso destino que los había llevado a asociarse con sus antiguos compañeros y reconvertir este complejo rural dos años atrás, parecía dispuesto a darles una nueva oportunidad al traer una parte de su pasado a su más inmediato presente.

Volvió a posar la mirada sobre ella justo a tiempo de ver como esa sonrisa forzada volvía a curvar sus labios mientras cogía un nuevo chupito de los dedos de ese hombre moreno. Los vasos chocaron derramando algo de líquido sobre los dedos de ambos, pero mientras el tipo echaba la cabeza hacia atrás y se lo bebía de golpe, Ivory dejaba el suyo sobre una de las mesas auxiliares y aprovechaba la intromisión de otra mujer de la fiesta para intercambiar posiciones y escurrirse entre los presentes sin que su indeseado admirador se diese cuenta de que la había perdido.

Terminó de sustituir las botellas y recogió las vacías, llevándoselas consigo sin perder de vista a la chica. Ivory acababa de ser interceptada por la novia, con quién intercambió un abrazo y un pico, antes de susurrarle algo al oído y señalar con un gesto de la barbilla hacia el otro lado de la sala; la puerta abierta de la terraza del primer piso.

El tintineo del vidrio siguió el cambio en la música, la cual pasó de una rápida y estruendosa melodía a otra eléctrica que arrancó silbidos y vítores entre el grupo presente.

Aquella era una fiesta privada compuesta por varias parejas, entre las que estaban los novios. Habían reservado el salón principal para esa noche así como también tres de las cabañas en las que sin duda seguirían con la celebración una vez terminasen aquí. Y esta no era más que la primera de las reservas que tenían para esas particulares fechas. Esa temporada invernal prometía ser buena para el negocio, en especial el actual mes de diciembre.

El *Rogue Mountain* había sido en otro tiempo un pequeño hotel rural en plenos montes Apalaches, un negocio familiar que había ido perdiendo interés hasta quedar prácticamente abandonado. Cassidy Owens, uno de los miembros del equipo de rescate de montaña del que todos habían formado parte, decidió comprarlo cuatro años atrás. Dado el estado en el que estaba y la necesidad de capital para rescatarlo y sacarlo adelante, puso sobre la mesa una posible sociedad, así como una particular y arriesgada idea para darle continuidad.

Dado el tipo de vida que solían llevar todos ellos, así como las experiencias y cicatrices que los unían, Adam decidió formar parte de la sociedad. No necesitó mucho para convencerle a él de que hiciese lo mismo, tomando ambos una decisión que los había llevado a sanar, en cierto modo, las heridas que todavía vivían en el interior de todos y cada uno de ellos.

Dejó las botellas vacías en las cajas que tenían destinadas para tal uso junto a la barra de bar de la sala y se encontró con la mirada de su hermano, quién dejaba la carga que había traído

del almacén.

—¿Qué demonios está haciendo *ella* aquí?

La pregunta llegó acompañada por el contenido golpe de la caja sobre la superficie de la mesa.

—Sé tanto como tú —declaró con sinceridad—. Diría que forma parte del comité de la novia —contestó, no sin que se le notase la ironía.

Dado que ellos eran los encargados de aquella fiesta, una de las tres que se celebraba aquella noche en el complejo, estaban al tanto del número de invitados y de la distribución de las cabañas que habían reservado para el fin de semana. El novio había traído consigo a tres amigos y la novia a tres amigas, los cuales se presuponía eran pareja entre sí y entonces estaba ella, quien era evidente que pertenecía a la parte de la novia y, sin embargo, no parecía tener un *partener* definido.

—Tiene que ser una jodida broma.

No podía sino estar de acuerdo con la rotunda afirmación. No tenía que mirar a Adam para saber que, al igual que él, su presencia había vuelto a traer al presente todas las complicaciones y las promesas que se habían visto obligados a hacer en el pasado por el bien de esa mujer.

Hizo una mueca al recordar la colorida amenaza que les había dedicado Andreas al verles mirando a su *«hermanita»* de una forma para nada fraternal. Su compañero había amenazado con ponerles los huevos de corbata si se les ocurría hacer un solo movimiento con respecto a ella. No es que no confiase en que ellos pudiesen cuidar de la chica, sino que sabía que, el mundo en el que todos se movían y sus particulares apetitos, podían ser demasiado para una coqueta e inocente jovencita, aún si esta hubiese cumplido ya los veintidós por aquel entonces.

Por respeto a su amigo, se habían hecho a un lado, obligándose a sacársela de la cabeza y verla como la *«mocosa»* del grupo; la niña a la que todos y cada uno de los miembros del equipo de rescate protegía y vigilaba con ojo de halcón.

—Si esto es cosa tuya, Andie, que sepas que no tiene ni pizca de gracia, tío —murmuró echando un fugaz vistazo hacia el techo, para luego volver a posar la mirada en el punto exacto por el que la había visto salir.

Adam posó la mano sobre su hombro, diciéndole sin palabras que le había escuchado y que estaba de acuerdo con su comentario.

Aún hoy seguían echándole de menos. Todos lo hacían. Y sabían que sería algo que seguiría así hasta que llegase el momento de volver a reunirse con sus hermanos de montaña, aquellos que habían perecido en el cumplimiento de su deber.

La vida del grupo se había truncado aquel aciago catorce de octubre, diez años atrás, cuando, en plena misión de rescate, se vieron sorprendidos por una repentina y virulenta tormenta que decidió cambiar de dirección en el último momento, atrapándoles en el peor lugar

posible.

Kynan todavía tenía pesadillas de aquella interminable noche en la que Adam, Cassidy, Andreas y él mismo pasaron las horas anclados a la pared de la maldita montaña. Los puntos de anclaje de los arneses habían evitado que se precipitasen al vacío cuando el inesperado giro del viento los desestabilizó. Mientras su hermano y uno de los montañeros rescatados conseguían apuntalarse y descansar sobre uno de los salientes de la pared, a Cassidy, Andreas y él mismo los empujó contra la pared, golpeándolos con tal fuerza que él perdió la conciencia durante varios minutos.

Cuando volvió en sí, lo hizo con la potente voz de Adam taladrándole la cabeza, el horrible dolor de varias costillas magulladas y un brazo roto acrecentado por el peso del cuerpo de Andreas colgando bajo él. Vio la cuerda de Cassidy enredada en unas ramas y la figura de su compañero encajada en un saliente de la pared. Sus gemidos de dolor fueron un alivio inmediato, pues quería decir que seguía vivo.

Por debajo de él estaba Andreas. El anclaje de la pared que sostenía su cuerda se había soltado haciéndolo caer sin control hasta uno de los estrechos salientes algunos metros por debajo de él. Su amigo no se movía, pero podía escucharle gemir. Desde su posición logró alcanzar a ver la sangre en sus labios y la crispación de dolor en su rostro.

La caída había sido brutal y el hecho de que no lo hubiese arrastrado con ellos era solo porque el anclaje que los mantenía unidos a Cassidy y a él mismo había resistido el brutal tirón.

Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos. Era lo que siempre viviría en su cabeza. La imposibilidad de haber podido hacer algo por él, de tener que limitarse a gritar que aguantase, que pronto le sacarían de ahí, que volvería a casa para estar con los suyos y todo quedaría en una anécdota que podría contarle el día de mañana a sus nietos. De obligarle a hablar para que no se durmiese, a pesar de que él mismo tenía dudas de si saldrían con vida de allí. Aquella noche se dejó la garganta, el alma y el corazón en la montaña y vio como uno de sus amigos se iba apagando poco a poco, como, con cada aliento que podía dar, era él quién los animaba a ellos a resistir, a esperar a la mañana y salir de allí para volver con los suyos.

Esa larga e infernal noche cambió la vida de todos ellos. Directa e indirectamente tocó a todo el grupo e hizo que cada uno se enfrentase al duelo y a la culpa de maneras muy distintas.

Ivory se refugió en la rabia y en el silencio. Tras recibir la noticia, abandonó la universidad y se esfumó, literalmente. Nadie volvió a saber de ella y no podía decirse que le sorprendiese, no tras conocer el motivo que la había llevado a huir.

Esa chiquilla había desaparecido de sus vidas hacía ya diez años, solo para volver ahora convertida en toda una mujer. Y estaba allí, en su territorio, en una fiesta de la que no debería formar parte.

—Sácala de aquí.

El gruñido de Adam lo devolvió de nuevo al presente.

—Te das cuenta de que ya no es *«nuestra mocosa»* y que puede hacer lo que le dé la gana, ¿no?

—Podrá hacer lo que le dé la gana, siempre y cuando no sea delante de nuestras narices —declaró visiblemente tocado por la perspectiva, lo mismo que él—. Lo último que quiero hacer esta noche, es tener que romperle la nariz a alguien por… tocarla.

Aquello no podía rebatirlo, pues se sentía de la misma manera. El pensamiento de que alguien tocase su piel, besase sus labios o fuese más allá era… inaceptable.

Miró hacia el otro lado de la sala a los invitados que seguían festejando, dejando que corriese el alcohol.

—Ponles otra ronda. Con suerte se irán a las cabañas que han alquilado a seguir… la fiesta —comentó y volvió a mirar hacia la terraza—. Y lo harán sin ella.

Era muy jodido colgarse de una mujer que no podía ser tuya, sobre todo cuando intentabas seguir adelante, rehacías tu vida con otra… solo para darte cuenta de que no funcionaba. Siempre quedaba ese *«¿y si…?»* que parecía joderlo todo, que te impedía ser realmente feliz, máxime cuando sabías que había alguien más que estaba pasando por lo mismo que tú.

Adam y él se habían enamorado de la misma mujer, una de la que se habían obligado a estar alejados y que ahora se presentaba ante ellos como un maldito nuevo problema.

—Veré si puedo obtener una audiencia con *«lady problemas»* —comentó y miró a su hermano, quién enarcó una ceja al escucharle llamarla de aquella manera.

Aquel era un apodo que ambos le habían puesto años atrás, cuando no era otra cosa que una mocosa que se dedicaba a ponerles en aprietos con solo mover el culo y mirarles con ese gesto inocente y cara de pilluela.

Su juventud había sido un problema en aquel entonces, un tabú en muchos aspectos, el cual, unido al veto de Andreas, los había mantenido a raya.

Ahora, sin embargo, todo aquello formaba parte del pasado. Ya no era una mocosa y la mujer en la que se había convertido tenía pinta de ser incluso mucho más problemática.

—Hazlo —señaló, aceptando su tarea—. Yo veré si puedo darles un empujoncito para… largarse de una puta vez a follar a otro lado.

CAPÍTULO 2

Ivory podía mandar a ese hombre a la mierda y quedarse tan fresca. Llevaba dándole el coñazo desde incluso antes de emprender el viaje y ya estaba harta de él. Cuando se proponía ser pesado lo conseguía, y era lo bastante estúpido como para no entender que ya no quería tener nada que ver con él, que la aburría y hastiaba como ningún otro.

Si hoy estaba allí era por Margaret Clifford, su mejor amiga y compañera de viaje, la cual había decidido apearse de la soltería para unirse al pedante, atractivo y, en general, buen tío, Aron Vantes.

El tipo decía estar coladito por ella, tanto como ella de él, pero había cosas que hacían que esa idílica relación suya fuese un poco… particular. Y no era el hecho de que ambos estuviesen de acuerdo en tener sexo con otras parejas, ya que su amiga era *swinger*, sino que… Él parecía disfrutar más de la cuenta follándose a otras, que el saber que al hacerlo podía no ser… completamente fiel a su mujer.

Quizá fuese una exagerada, quizá necesitaba ver las cosas de otra manera, pero… no creía que aquel hombre fuese el adecuado.

Recordaba la forma en la que Aron se le había insinuado a veces, manteniendo una actitud burlona, bromeando con ella a pesar de que sabía que no tendría jamás nada con él. De todos los hombres existentes en la tierra, jamás tocaría al novio de una amiga. Era una especie de pacto no verbal que habían establecido entre ellas y era sagrado. Eso no evitaba que no se mordiesen la lengua a la hora de decir lo que pensaban de sus respectivos ligues, pero la última decisión les correspondía a ellas.

Y pensar que se habían conocido en la fiesta de una fraternidad en la que, después de unos cuantos chupitos y otras cosas, habían terminado por enrollarse.

Lo curioso era que a ambas les gustaban los hombres, pero compartir esa clase de intimidad las había acercado y convertido en confidentes.

Maggie había sido también su refugio en los años que siguieron a la muerte de su hermano Andie y su incapacidad de afrontarla. Ella la sacó de la mierda en la que se había metido, quien la ayudó a reencontrarse a sí misma y le mostró una forma mucho más placentera de canalizar la rabia que vivía en su interior.

Por eso estaba hoy aquí, en ese lugar, el último en el que querría estar, pero no abandonaría a su mejor amiga, no la dejaría sola en su despedida de soltera, ni aunque hubiese decidido hacerla en diciembre y en el complejo hotelero rural de los hermanos Brown; dos hombres que formaban parte de su pasado.

Verlos otra vez había removido dentro de ella las dudas que había tenido en su juventud, sus miedos por desear tan desesperadamente no solo a uno, sino a los dos hermanos; Adam y Kynan. Los fuertes, sexys y malditos amigos de su hermano, quienes habían estado terminantemente prohibidos para alguien como ella.

«Esos hermanos no son para ti, cualquiera de ellos te comería viva y luego te abandonarían».

Esa idea no era algo que le importase demasiado en ese preciso momento, pero en aquellos días había resonado en su cabeza como una estampida, como una sentencia condenatoria que acabó en un trágico accidente de montaña.

Tímida, poquita cosa, siempre los había mirado a escondidas, como la típica adolescente enamorada de un ideal, de un sueño, muy ajena a la realidad. Ellos siempre habían sido amables, la habían tratado como a la hermana pequeña de su mejor amigo e incluso le habían tomado el pelo alguna que otra vez; especialmente Kynan, pero no habían visto en ella la mujer enamorada que era.

No. Para ellos no era otra cosa que *«la niña»*, término que solía acuñar su madrastra en cada oportunidad que tenía.

Esa mujer siempre la había advertido de su escasez de oportunidades, apabullado con su soberbia y se había instalado como la matriarca de su familia, aún si para ella no era otra cosa que una extraña en una casa demasiado solitaria.

Martha no había sido otra cosa que la esposa de un padre ausente, que no sentía demasiado aprecio por su hija, prefiriendo a su hermano por encima de todo. La muerte de Andreas solo fue la gota que colmó el vaso y que la llevó a tomar la decisión definitiva; marcharse de aquel lugar sin volver jamás la vista atrás.

«Ojalá hubieses sido tú y no él».

Sí. Esas fueron las últimas palabras que escuchó saliendo de la boca de su padre, las que la instaron a hacer las maletas y renunciar a esa familia de una vez por todas.

Era extraño cómo funcionaba la mente humana, cómo podía sufrir una catarsis en un momento concreto y dejar atrás lo que eras para convertirte en alguien muy distinto.

Atrás quedó la timidez, la poquita cosa, la hija no deseada, la niña que había perdido a la única persona que la había querido alguna vez. Dejar atrás su pasado fue abrirse al mundo y descubrir que había alguien más debajo de todos aquellos traumas, alguien dispuesto a emerger cual mariposa y abrirse al mundo por primera vez.

Empezar desde cero por su cuenta no fue nada fácil. Los ahorros con los que salió de casa apenas le duraron unos meses. Pronto se hizo evidente que aquella aventura le venía grande y acabó aprendiendo a base de golpes y tropiezos a salir adelante y cuidar de sí misma.

Hoy, al menos, podía estar orgullosa de haber superado esa etapa y de no estar malviviendo bajo algún puente, durmiendo entre cartones o, peor aún, muerta en algún callejón de una puta sobredosis.

Y sabía que en gran medida se lo debía a la aparición providencial de la novia que hoy celebraba su despedida de soltera.

Ivory no había vuelto a ver a nadie de esa familia desde el momento en que atravesó la puerta. Todas y cada una de las personas que habían formado entonces parte de su vida se habían quedado atrás o eso fue lo que pensó hasta que vio a esos dos de nuevo.

Sacudió la cabeza y dejó que el aire frío de la noche le acariciase el rostro. El lugar estaba lo bastante iluminado como para permitirle ver parte del nevado paisaje. Se suponía que aquella noche se repartirían entre las cabañas que habían alquilado, una para las chicas y otra para los chicos, con una tercera para la fiesta privada que sin duda algunos querrían continuar.

Se desperezó y se apoyó en la barandilla. Tendría que asegurarse de que su cabaña no era «invadida» y que, quién quisiera jugar, lo hiciese en otro lugar. No tenía ganas de echar un aburrido polvo con alguno de los idiotas medio borrachos que había invitado Aron, lo que incluía seguir manteniendo a raya al pesado de turno.

Resopló, respiró profundamente y sintió como el aire se le quedaba atascado en la garganta al notar unas manos en la cintura y una boca con olor a chupito acariciándole el oído. Las caderas del intruso se incrustaron contra su culo, dejándole notar una dura y erecta erección.

—No puedo creer que te hayas marchado sin tomarte algo a mi salud.

Reconoció la voz, se tensó y se revolvió con intención de apartarse de aquella indeseada atención. Puso esa afable y aburrida sonrisa en su rostro y lo empujó con convicción.

—Beberé a tu salud cuando Maggie beba también —le aseguró, dejando claro que no estaba interesada en tener algo con él.

—No voy a conseguir que te unas al juego, ¿eh? —suspiró, echándose voluntariamente hacia atrás.

—Contigo, no —negó con rotundidad—. Estás fuera de mi menú y yo del tuyo. Esas son las reglas.

—Solo porque tú insistes, Ivory, solo porque tú insistes…

Lo rodeó, recuperando su espacio personal al tiempo que ponía más distancia entre ambos.

—Deberías volver ahí dentro y atender a tus amigos. Si dejas desatendida a tu novia, es posible que alguien te la robe… Y no quiera devolvértela.

Sonrió de soslayo, la recorrió con una mirada puramente sexual y se lamió los labios.

—Y eso te gustaría, ¿no es así?

Su comentario la hizo poner los ojos en blanco, pero no respondió, se limitó a rebasarlo con intención de volver al interior del local.

—Ríndete, Aron. Lo que deseas no va a suceder.

—Nunca dejas de sorprenderme, querida, no sabes lo que te deparará el futuro —le guiñó un ojo—, podría incluso sorprenderte.

Se detuvo en seco y lo miró.

—Lo sorprendente es que no seas capaz de reconocer un rotundo *no* cuando te dan con él en los morros —replicó con un resoplido—. Solo para que quede claro, es justo lo que acabo de hacer. Y esta sería… ¿la enésima vez?

Él se rio y levantó ambas manos.

—Está bien, está bien, sé cuándo soy rechazado…

—Pues no lo parece.

—No puedes culparme por intentarlo, Iv. Me pone lo prohibido. Pero sé que si me dices no es un no y, dada tu amistad con mi futura esposa, no insistiré más.

A pesar de escuchar lo que salía de sus labios, no podía conseguir que le sonasen sinceras.

—¿Todo bien por aquí?

La inesperada pregunta hizo que ambos se girasen hacia el responsable de la interrupción. Su acompañante acusó su presencia con obvia molestia, pero se encargó de disimularlo rápidamente bajo su carismática personalidad.

—Todo bien, amigo —respondió Aron volviéndose hacia el recién llegado, pero este ni siquiera lo miraba. Esos intensos ojos marrones estaban clavados en ella.

Era obvio que la había reconocido, así que fingir que no sabía quién era él e intentar una rápida retirada quedaba fuera de discusión. Kynan no se lo permitiría. Podía verlo en esos ojos oscuros y en la forma en que dominaba el espacio en torno a ella.

Había cambiado, se dio cuenta. No se trataba solo del aire de madurez que ahora lo envolvía, ni que ahora llevase el pelo rubio mucho más corto o sus ojos marrones fuesen mucho más impactantes. Era algo en su postura, en la manera en que llenaba el espacio y parecía consumir todo el oxígeno a su alrededor. Como si fuese el jodido rey de la montaña y no el simple propietario de un complejo hotelero.

No sabía de qué se sorprendía. Esos hombres eran montañeros, llevaban la jodida montaña en sus venas, al igual que lo había hecho Andreas. Habían formado un grupo muy unido. Se veían a sí mismos como hermanos, pero aquel fatídico accidente lo cambió todo.

Respiró hondo y se preparó mentalmente para el inevitable reencuentro, uno que, si tenía que ser sincera consigo misma, había deseado tanto como querido evitar.

—Hola, Kynan —lo saludó, dejando claro que sabía quién era, cosa que atrajo también la

atención de Aron. Nadie en el grupo, con excepción de su amiga, sabía que conocía a los dueños del complejo al que habían decidido ir a pasar el fin de semana—. Ha pasado mucho tiempo.

No el suficiente, se dijo a sí misma ahora que estaba frente a ese hombre. A estas alturas debería ser totalmente inmune a él, pero no podía evitar sentirse nerviosa.

—Bastante —respondió el aludido con una voz profunda y sensual que la sacudió por dentro.

Es el alcohol, Ivory. Te has pasado la noche bebiendo.

Aunque no tanto como para no saber qué pasaba a su alrededor. Nunca se permitía llegar a ese punto, ya no, al menos. Se habían terminado los días de juergas desenfrenadas y borracheras, de meterse lo que le ofrecían, hasta perder la inconsciencia. No volvería a sentirse de nuevo tan indefensa. Jamás.

—¿Le conoces? —La curiosidad en la voz de Aron era palpable, así como su desconfianza. El novio de su amiga podía ser un auténtico gilipollas con unos chupitos de más, pero no era de los que dejaban tirada a una tía si pensaban que podía tener problemas.

—Él es…

—Un amigo de su hermano —respondió antes de que pudiese etiquetarlo como *«conocido»* o *«alguien de mi pasado»*—, y también suyo.

Esa última afirmación la llevó a fruncir los labios.

¿Lo había sido? ¿Lo habían sido cualquiera de los dos? ¿Era así como veía él las cosas? ¿Amistad?

Suponía que incluso ahora para Kynan Brown ella seguía siendo la *hermanita* de Andreas.

—Ya… veo —mencionó su acompañante alternando la mirada entre ambos—. *Iv*, si quieres podemos…

—Está bien, Aron. Conozco a Kynan desde que era una cría. Puedo manejarlo.

La manera en la que el aludido enarcó una ceja y curvó los labios. Casi parecía estarle diciendo *«¿de verdad?»*.

—Bien. Pero si necesitas algo… solo dímelo. —El novio de su amiga empezó a retirarse, algo que sin duda no había entrado en sus planes, pero tenía claro que sobraba.

Kynan lo siguió con la mirada hasta que se hizo evidente que no volvería, entonces mencionó.

—Interesante gente con la que te juntas ahora, *Iv*.

La manera en que pronunció el diminutivo de su nombre solo era una mofa. Él no solía llamarla así, al menos no cuando estaban a su alrededor.

—No tan interesante como el negocio que la familia Brown parecéis haber erigido en torno a este idílico lugar —le respondió ella dejando claro que si ella estaba allí, era porque ellos ofrecían *ese* servicio—. Ha sido una sorpresa. No sabía que Adam y tú erais esos *«Brown»*…

De haberlo sabido o imaginárselo siquiera, habría rogado a Maggie que buscasen un lugar alternativo para su particular despedida de soltera.

—¿Cuánto tiempo lleváis con el negocio? —inquirió intentando mantener un tono neutral e inocuo.

—Cuatro años —respondió sin quitarle la mirada de encima, lo cual la ponía nerviosa—. Pero nosotros solo somos una parte de la sociedad. Cassidy es el dueño y Josh y su esposa Mary tienen la otra parte.

Escuchar los nombres de dos de los hombres que habían formado parte del grupo de rescate de su hermano le provocó una punzada en el pecho. Les conocía, los conocía a todos ellos, pues habían sido una piña en el pasado. También eran dos de los hombres que sobrevivieron al accidente que se cobró varias vidas.

—Así que el grupo todavía sigue unido. —No le pasó por alto la ironía que escuchó en su propia voz, una de la que no había podido desprenderse en los últimos diez años. Intentó disimular y hablar como si no se hubiese dado cuenta de ello—. Ha sido una sorpresa verte después de tanto tiempo. Me alegra ver que sigues… bien. Dile a Adam que le mando un *«hola»*. Ahora, si me disculpas, mis amigos me esperan…

Su intención de marcharse estaba clara, pero también la suya de no permitírselo. Solo tuvo que estirar el brazo para impedir que siguiese avanzando y se viese obligada a dar un paso atrás para liberarse de su inesperado contacto.

—¿Qué haces aquí, Ivory?

Ahora fue ella la que enarcó una ceja y se permitió mirarle como si le estuviese haciendo una pregunta de lo más estúpida.

—¿Asistir a una despedida de soltera? —replicó no sin cierta ironía de su parte—. Sabes, es lo que suele hacerse, sobre todo cuando eres la mejor amiga de la novia. Sería muy feo no participar de algo así.

—*Ivy…*

Y ahí estaba. Su tono de voz, la manera en la que solía pronunciar el particular diminutivo que solo Adam, Andreas y él habían utilizado con ella en el pasado.

—Ni te atrevas… —se encontró susurrando.

Ya no era esa niña. No quedaba nada de la mocosa tímida e inocente que había sido entonces. Esa cría había muerto junto con su hermano en aquella montaña. Dejó de existir en el mismo instante en que salió por la puerta de su casa para no volver jamás.

«Vete a casa, Ivy».

Las palabras de Adam volvieron a resonar en su mente diez años después cuando llegó a la puerta del piso que ambos compartían en la ciudad, pidiendo que la dejasen quedarse con ellos. Las mismas que Kynan había corroborado mientras cogía las llaves de la camioneta y la subía en

ella para llevarla de vuelta a casa.

«Este es el lugar en el que debes estar, cariño».

No se había movido de la acera hasta que la vio abrir la puerta y entrar. Y cuando esta se cerró, solo entonces escuchó el ruido del motor y las ruedas derrapando en su prisa por marcharse.

Esa había sido la tarde siguiente al funeral que le habían hecho a Andreas, la misma en la que su propio padre le había dicho que ojalá hubiese sido ella la que estuviese bajo tierra y no su querido hijo.

No. El hombre que ahora tenía ante ella no tenía el menor derecho a decir una sola palabra.

—Ya no soy una niña a la que puedas enviar a casa —le recordó con una pequeña y maliciosa sonrisa curvándole los labios—. Hace mucho tiempo que dejé de serlo, Kynan. Mucho tiempo.

Con ese último comentario le dio una palmadita en el brazo y pasó por su lado con la firme intención de volver al interior de la campaña principal y reincorporarse a la fiesta.

CAPÍTULO 3

Nada más traspasar las puertas abiertas de la terraza, se dio cuenta de que las cosas empezaban a relajarse allí dentro y la gente estaba empezando a dejarse llevar.

—¡*Iv*! —Su amiga le echó las manos al cuello y la abrazó entre risitas. Podía oler las fresas y el alcohol de los chupitos que se había tomado—. ¿Dónde te habías metido? Vamos, tienes que bailar conmigo. ¡Es la hora!

—Dijiste que solo te ibas a tomar un par de chupitos, loca —se rio ella, abrazándola a su vez y dándole un pico en los labios—. ¿Cuántos llevas ya?

—Solo dos, cariño, solo dos.

—¿En serio?

—Bueno, quizá alguno más —resopló apoyando la cabeza contra la suya.

—Mañana vas a tener una resaca de la hostia, lo sabes, ¿no?

Maggie asintió y la miró en total control de sí misma. No estaba tan borracha como quería aparentar, ni mucho menos.

—Lo sé, pero ahora mismo es todo lo que necesito.

El comentario y su tono la hicieron entrecerrar los ojos.

—¿Va todo bien? —le preguntó en un susurro.

Sonrió, asintió con la cabeza y acercó los labios a su oído para decirle:

—Follemos ahora y preocupémonos por las cosas serias después del café.

Ivory la miró entonces con renovada inquietud. No era la primera vez que le oía decir tal cosa, generalmente después de que se hubiese desencantado por alguna cosa. Era su forma de decir *«esta noche solo quiero enrollarme y olvidarme de todo lo demás»*.

Conocía bien a Maggie y sabía que no era una veleta. Solía pensar las cosas dos veces antes de hacerlas y más aún si se trataba de una relación, así que el que ahora le saliese con esas solo podía indicar que había pasado alguna cosa de la que ella no tenía constancia.

—¿Qué coño me he perdido? —Le susurró a su vez al oído.

La chica negó con la cabeza, sonrió una vez más y le cogió el rostro para comerle la boca.

Notó el sabor a caramelo de fresa y a alcohol en su lengua y escuchó los silbidos y los vítores de sus amigos a su alrededor mientras ambas se besaban. Fue breve e intenso y una manera efectiva de tener que evitar responder, pensó mientras su amiga daba un paso atrás y le

guiñaba el ojo.

—Serás zorra… —chasqueó y ella se rio.

—Venga, *Iv*. Es mi noche —le recordó tendiéndole ahora la mano—. Bailemos.

—Lo que yo te diga —afirmó posando la mano en la de ella—. El resacón de mañana será épico.

—¡A bailar!

Como si esperasen su señal, la música cambió de tono y se volvió más sensual y ambas terminaron encima de una mesa, moviéndose y restregándose como si no importase nadie más en la sala.

El ambiente estaba caldeándose y sabía que sería cuestión de tiempo que abandonasen la fiesta y se dirigiesen a la cabaña para dar rienda suelta a sus apetitos. Ya había visto como la miraba alguno de los chicos e incluso la pareja de uno de ellos, quién se restregaba en esos momentos entre ellos, disfrutando de su propio baile.

—Entonces, ¿quién te apetece? —Le susurró Maggie mientras bailaban ahora pegadas la una a la otra, encendiendo el ambiente—. ¿El rubio o el de pelo más oscuro?

Cómo si necesitase que le indicasen a quién se refería, su amiga la rodeó desde la espalda, resbalando las manos sobre sus pechos y sus caderas al tiempo que la dejaba de cara a los dos hombres que, desde el otro lado de la sala, no le sacaban los ojos de encima.

—¿Rubio o moreno? —canturreó en su oído—. ¿Los dos a la vez? No estaría nada mal, ¿verdad?

Este era su particular juego, uno solo para ellas dos y que solían ponerlo en práctica en algunas fiestas privadas a las que asistían. Elegirle el compañero de juegos a la otra podía ser de lo más divertido, sobre todo porque se conocían muy bien y sabían cuáles eran sus gustos.

—Ellos están fuera del menú, Maggie —le advirtió y no pudo evitar morderse el labio al notar el veto en su propia voz—. No se te ocurra…

—No lo decía por mí, tonta. Es mi propuesta para ti —le dijo rodeándola de modo que ahora fue su espalda y su trasero el que quedó de cara a ellos—. Sé que has aceptado venir a la despedida por mí, Iv, y también sé que no te pone ninguno de los imbéciles a los que ha invitado Aron…

—Maggie. Son ellos. Los hombres de los que te hablé. Los amigos de mi hermano… —bajó la voz para que solo ella la escuchase—. No son…

—Los dos tíos por los que llevas colada desde que te conozco —resumió la chica en un susurro—. Sí, lo sé. ¿No es hora ya de que te quites esa espinita? Mira donde estamos. Apuesto que lo último que te podías imaginar es que fuesen los propietarios de un lugar en el que se pudiesen ofrecer este tipo de fiestas…

Sí. Lo cierto es que nunca se los habría imaginado como empresarios en algo como esto.

En su mente seguían siendo los «montañeros» del equipo de rescate, los amigos de su hermano. Eran lo que habían sido en el pasado.

—Y, nena, tengo ojos en la cara —añadió su amiga con una risita—. Si a mí me mirasen de esa manera, ya no tendría ni las bragas puestas.

—No es una buena idea, Maggie.

—Un polvo, Ivory, un señor polvo contra la pared —le susurró al oído—. Uno que te la meta mientras el otro mira y se la acaricia… Ya sabes.

—¿Quieres parar?

Se rio entre dientes.

—Si me dices que no te estás mojando ante la sola escena, me quito las bragas ahora mismo y se las meto en el bolsillo del pantalón a uno de ellos a modo de invitación.

—Ni te atrevas —siseó.

Su amiga se echó a reír, la abrazó y se meció con ella al ritmo de la música.

—Esos dos no son del tipo de tíos que se conformen con echar un polvo…

No. Esos dos no se conformarían con eso. Había visto esa mirada en los ojos de Kynan en otros hombres, en tíos dominantes que exigían todo el control y no estaba dispuesta a cederlo, no a ellos.

Adam y Kynan eran peligrosos en ese sentido. Aun cuando la idea de tener sus manos sobre ella, sus bocas en la suya y en cada parte de su cuerpo la estremecía de placer, el coste de ello podría llegar a ser demasiado alto.

—¿Por qué demonios estamos hablando de mí cuando deberíamos estar buscándote un buen polvo a ti? —optó por cambiar de dirección—. Te recuerdo que estos son tus últimos momentos de soltería. En cuanto te pongas su anillo…

Maggie dejó escapar un suspiro y la miró.

—Sigue sin gustarte Aron…

No iba a negarlo.

—Aron ha intentado meterse de nuevo en mis bragas, Maggie y ya sabes lo que opino con respecto a eso, sobre todo cuando su prometida es mi mejor amiga.

—Si follase contigo, no me importaría —le soltó tan tranquila a lo que acabó poniendo los ojos en blanco.

—No me jodas, anda.

—Aron es un buen tío, Iv, él me quiere y…

—Y no te importa que otra se lo folle. —No pudo evitar recalcar lo evidente—, cuando a mí me pone de los nervios pensar siquiera en que Adam y Kynan te la metan en la boca.

—No me opondría a probar, cariño —se burló, entonces añadió con algo más de seriedad —. Aron entiende lo que necesito, porque él también lo necesita. No… No me veo siendo fiel

hasta que la muerte nos separe, esa es la verdad. Y no quiero ponerle los cuernos a mi marido…

—Entonces quizá todavía no estés preparada para casarte —fue franca al respecto.

Ella abrió la boca para responder y esta vez fue ella la que la calló con un beso.

—Eres mi hermana y mi mejor amiga —le dijo contra su boca—. Fóllate a los tíos esta noche, disfruta de lo que necesitas y si mañana sigues pensando que quieres casarte con él, le daré mi bendición y estaré a tu lado en el altar.

La chica se mordió el labio inferior y deslizó la mirada sobre el grupo con el que ambas habían venido.

—¿Alguna recomendación? —preguntó lamiéndose los labios.

Siguió su mirada y sonrió antes de inclinarse sobre su oído y darle un nombre.

—Hazlo delante de Gabriele y de Aron, algo me dice que lo vais a disfrutar las dos —mencionó señalando a la chica que había venido con ellas—. Y disfruta como una loca, por favor. Te quiero bien follada por la mañana.

La chica la miró y sonrió de soslayo.

—Solo si me prometes que tú también vas a disfrutar como una loca —replicó señalando con un gesto a los dos hombres que poseían el lugar—. No lo pienses, Ivory, solo disfruta.

Antes de que pudiese responder, le propinó un cachete en el culo y bajó de la mesa para darse una vuelta entre sus próximos compañeros de juegos.

Ivory se sintió momentáneamente abandonada. Miró al grupo y luego a los hombres a los que había estado evitando. Parpadeó al darse cuenta de que ya solo estaba Kynan junto a la barra.

—¿Dónde…?

—Si ya has terminado de lugar, es hora de que hablemos muy seriamente.

Se giró y se encontró con Adam de pie al lado de la mesa. Sus ojos eran un poco más claros que los de su hermano, pero poseía una mirada igual de intensa. Y en ese momento, había puro deseo en ella. No se molestaba en ocultarlo.

—No. —La palabra salió de su boca incluso antes de poder ponerle freno.

El hombre entrecerró los ojos, sus labios se curvaron en una particular y amenazadora sonrisa que le licuó las entrañas.

—Si piensas que te vas a ir de rositas después del espectáculo que has dado, es que no me conoces en absoluto, *lady problemas*. —Ivory abrió los ojos de par en par y jadeó al verse arrancada de la mesa por esos enormes y poderosos brazos. Un segundo después estaba de pie sobre el suelo y la mano de Adam se había cerrado en torno a su muñeca como una férrea presa —. Te dejé ir una vez, Ivy, pero no lo haré una segunda vez.

Jadeó cuando, sin mediar palabra, él se la llevó hacia el lugar en el que esperaba Kynan con una sonrisa de lo más satisfecha en el rostro.

—¡Eso sí que es un hombre! —Silbó Maggie al tiempo que se echaba a reír a carcajadas y

añadía con todo el morro—. ¡Folladla bien, chicos!

Lo último que escuchó Ivory antes de que su secuestrador la arrancase del lugar fue la risa de su amiga seguida de la contestación de ellos.

—Que no te quepa la menor duda de que lo haremos.

Si no le habían temblado las piernas hasta ese momento, ahora lo hicieron.

CAPÍTULO 4

Adam hervía a fuego lento mientras arrastraba a esa mujer con él.

—¡Adam Brown! ¡Suéltame ahora mismo!

No. Ni en broma. Ya la había dejado ir una vez y no pensaba repetir ese error.

Cruzó la mirada con su hermano, quién parecía entre divertido y encantado, y sacó a su escandalosa cautiva de la sala principal.

—¡Kynan! ¡Haz algo!

—Lo estoy haciendo, Ivy, estoy disfrutando del momento —aseguró él con una sonora carcajada mientras les seguía fuera del salón y se dirigía al ala contraria de la cabaña, en la que se encontraba la vivienda privada de ambos.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Esto no tiene la menor gracia! —La chica clavó los tacones en el suelo e hizo fuerza, obligándole de ese modo a tener que llevarla a rastras—. Juro por Dios, que como no me sueltes en este mismo instante, Adam, te acordarás de mí toda tu puta vida.

Se detuvo en seco, pues no estaba dispuesto a arrastrarla, aunque no fuese porque le faltasen ganas después de lo que acababa de presenciar.

—Para eso tendría que haberte olvidado primero, *Ivy*, y no lo he hecho —espetó encarándola—. No te he apartado de mi mente ni un puto segundo, aunque sabe dios que lo intenté con todas mis fuerzas.

Sin duda sus palabras no eran algo que ella esperase, pues pudo ver el impacto que le causaron en su rostro.

—Mentiroso… —La escuchó sisear.

—No miente, Ivy. —Kynan salió en su defensa—. Es imposible olvidarse de alguien que te importa tanto como tú a nosotros.

—¡Y una mierda! —siseó ella y tiró con tanta fuerza de su propio brazo, que se le habría lastimado la muñeca de no haberla dejado ir—. Me cerraste la puerta en las narices. Me echaste a la calle sin pensarlo dos veces e hiciste que Kynan me llevase a casa —lo acusó. Adam vio el dolor y la rabia en sus ojos mientras hablaba—. Me dijiste que siempre estarías ahí para mí. Que ambos lo estaríais y en el momento en que os necesité me echasteis a la calle.

No podía defenderse ante esa acusación, porque sabía que era verdad.

Esa noche había tenido que obligarla a volver a casa, a volver con su familia, pues era el

lugar que le correspondía. No con él, no con Kynan. No cuando todos ellos acababan de enterrar a Andreas y todavía pesaba sobre sus hombros el no haber podido hacer nada para salvarlo.

No podía mirar a Ivory a la cara sin sentir que le había fallado, que no había protegido a su querido hermano. Ella había estado tan devastada aquella tarde mientras le daban el último adiós, que supo que no podía ofrecerle el consuelo que necesitaba, no todavía.

Ninguno esperaba verla esa noche en su puerta, con una maleta a los pies, rogándoles que la dejasen quedarse con ellos unas semanas.

«Solo hasta que encuentre trabajo». Les había dicho. *«No os daréis cuenta ni de que estoy»*.

Pero sí se darían cuenta. Sería imposible pasar por alto a una veinteañera curvilínea y con mirada tierna, sobre todo cuando la deseaban tanto, cuando todo lo que querían era lanzar la prudencia al demonio y pedirle que se quedase, no solo con él, sino también con Kynan, porque ambos se habían colado por sus huesos.

Doce años. Diez en el caso de Kynan. Esa era la diferencia de edad que los separaba. Ella solo tenía veintidós años. Estaba a unos meses de cumplir los veintitrés, mientras que él ya había alcanzado los treinta y seis. Y Ivory era inocente, confiada. Andreas siempre la había protegido, todos la tenían entre algodones y no iban a ser ellos quienes corrompiesen a una chiquilla.

«Vete a casa, Ivory». Le había dicho después de escuchar todo su discurso. *«Kynan. Llévala a casa y asegúrate de que entra»*.

Jamás olvidó la mirada que le dedicó la chica. El dolor y la decepción en su rostro, las lágrimas que se negaba a derramar. Se le había hecho un nudo el estómago y habría hecho lo que fuese para borrar aquella expresión de su cara, pero Kynan negó con la cabeza, comprendiendo lo que ocurría tan bien como él y se la había llevado de allí.

Esa fue la última vez que la vio. No supieron que se había marchado ni cuál fue el motivo hasta casi una semana después.

«Deberías haber muerto tú y no mi hijo».

¿Cómo coño podía un padre decirle algo así a su hija? ¿Cómo podía tratarla de esa manera justo el día en el que acababa de perder a su propio hermano? Se había negado a creerlo, a que aquellas palabras fuesen tan solo una justificación de la nueva esposa del padre de su mejor amigo. Andreas le había advertido en alguna ocasión sobre los celos que la mujer parecía tener hacia su hijastra, pero el propio padre de este se lo confirmó.

«Que se vaya. El único que la quería aquí era Andie y él ya no está. Ya no queda nadie».

Si no le había puesto un ojo morado al viejo, era solo porque lo había encontrado con una botella en la mano y le dio lástima. Pero no le perdonó. Nunca le perdonó ni le perdonaría lo que le hizo a Ivory.

La buscó. Tanto Kynan como él la buscaron como locos. La buscaron en el campus

universitario al que asistía solo para que les dijeran que no sabían nada de ella, que ni siquiera estaba asistiendo a las clases. Las pocas amigas que tenía tampoco fueron de gran utilidad y ya a la desesperada se pudieron a mirar en los hospitales por si hubiese podido pasarle algo.

La encontraron casi al final del primer mes de haberse marchado. Se había mudado a Mooresville y trabajaba a media jornada en una cafetería de la zona. Fue algo totalmente fortuito, pues estaban de paso para visitar a Cassidy, uno de sus hermanos de montaña, el cual estaba haciendo la rehabilitación en el condado de Iredell. La vieron desde lejos. Kynan quiso bajar, hablar con ella, pero no se lo permitió. No estaba dispuesto a hacerle más daño del que ya le habían hecho, así que llegaron a un acuerdo tácito para dejarla seguir adelante con su vida y ellos harían lo mismo.

Ni que decir tenía que nada había salido bien. Él se había casado un par de años después, solo para divorciarse tan solo año y medio después. Kynan había mantenido la soltería, pero sus elecciones de pareja se limitaban a unos pocos meses como mucho. No duraba con ninguna mujer y ambos sabían el porqué.

Ninguno había olvidado a Ivory.

¿Cómo se olvida al primer amor cuando este se ha metido tan dentro que es prácticamente una obsesión?

Una obsesión que había entrado caminando sobre unos vertiginosos tacones esa misma tarde en compañía del grupo que iba a hospedarse ese fin de semana en el complejo de montaña en el que ambos trabajaban y del que eran socios.

Si bien ya no quedaba nada de la veinteañera tímida y dulce que había sido en el pasado, todavía era Ivory. Su forma de mirar, la expresión en su rostro cuando se cruzaron sus miradas. Les reconoció del mismo modo en que ellos la habían reconocido, pero no había hecho comentario alguno al respecto. Se había limitado a ignorarles y dejar que uno de los tipos le pasase el brazo sobre el hombro y le dijese algo al oído. Su risa, la manera en que se movía, sus labios, uniéndose momentáneamente a los de ese tío… Fue tal shock que cuando quiso reaccionar ya se estaba alejando con el resto del grupo.

Entonces había dado comienzo la fiesta privada. Por lo general solían comprobar que todo estaba al gusto de sus particulares huéspedes y se iban a otra parte, pero con ella allí habían encontrado cosas con las que justificar su presencia. El hecho de que la novia de la despedida de soltera quisiera disfrutar además de unos chupitos, los obligó a estar presentes detrás de la barra, al menos a uno de ellos.

Fue durante la tarde en la que tanto Kynan como él empezaron a darse cuenta de que Ivory, si bien disfrutaba de aquel relajado ambiente, no parecía guardar demasiado interés por ninguno de los participantes. De hecho, el tipo que le había pasado el brazo por los hombros empezaba a resultar algo cargante, a juzgar por la manera en que la chica se escabullía de su presencia.

Había sido precisamente en uno de esos momentos en el que la habían visto salir al balcón del primer piso y Kynan le dijo que estaba hasta los huevos de ese tío.

«Si le vuelve a poner un solo dedo encima, se los rompo».

Si volver a verla había sido un regalo inesperado, el conocer el ambiente en el que se movía, uno que encajaba con ellos, fue al mismo tiempo una jodida bendición. No hizo falta que se dijesen nada, porque la decisión estaba clara; esta vez no la iban a dejar escapar.

Verla besarse con la novia fue interesante, pero no tanto como ver a las dos mujeres contonearse y restregarse encima de la puñetera mesa. Estaba claro que eran amigas, que se conocían bien la una a la otra. Las risas compartidas, las miradas y los guiños eran prueba de ello.

Entonces la chica de la celebración había saltado de la mesa y, para diversión de ambos, les había guiñado el ojo con evidente intención antes de dirigirse a su grupo y dejar clara sus intenciones con el resto del grupo.

Para Adam aquello había sido más que suficiente. Si tenía que seguir viendo a Ivory bailando sobre la mesa o, Dios no lo permitiera, enrollándose con alguno de aquellos idiotas, las cosas no iban a acabar bien.

Aprovechó ese interludio para dirigirse hacia su chica y sacarla de allí a la velocidad de la luz.

Tenían que hablar. Era hora de poner las cartas boca arriba y arreglar el desastre que había cometido diez años atrás.

—Me equivoqué —admitió en voz alta—. Nos equivocamos. No teníamos que haberte enviado a casa. Ninguno de los dos quería hacerlo, Ivy, pero le prometimos a Andie que te respetaríamos. Eras… demasiado joven, joder. No tenían la menor idea de lo que pasaba.

—¿Qué yo no tenía la menor idea? —Dejó escapar un resoplido de risa—. Tenía casi veintitrés años, Adam, no quince.

—Pues actuaste igual que una cría de quince cuando te dejé en el portal de casa —añadió Kynan, quién no se cortaba un pelo a la hora de hablar.

—Vete a la mierda, Kynan.

—Esa boquita, cielo, esa boquita.

—Que te jodan —sentenció y acto seguido se volvió hacia él—. Que os jodan a los dos. Fui a vosotros buscando ayuda y me echasteis a la calle como un perro.

—Maldita sea, Ivy, sabes que no fue así.

—Al menos el hijo de puta de Albert tuvo los huevos para decirme a la cara que preferiría que hubiese sido yo y no Andie quién estuviese bajo tierra —espetó ella—. Él no se anduvo con rodeos.

—Hijo de la gran puta… —escuchó sisear a Kynan.

—No supimos de eso hasta una semana después de que te fueras… —admitió Adam conteniendo a duras penas las ganas de salir por la puerta solo para buscar a ese cabrón y estrangularlo, algo que no serviría de nada, como tampoco lo sirvió entonces—. Y para entonces… Joder, Ivy. Nosotros también perdimos a Andreas.

—¿Crees que no lo sé? —Dio un nuevo paso adelante—. Vi tu cara en el funeral. Vi la de Kynan. Y la de Josh. Sé que erais como hermanos. Él no dejaba de decirme que si algún día le pasaba algo, os tendría a vosotros.

—Joder… —masculló Kynan y lo vio pasarse la mano por el pelo—. Y él nos decía a nosotros que si osábamos tocar un pelo de tu cabecita de una forma que no fuese absolutamente fraternal, nos cortaría los huevos.

Ella se volvió hacia su hermano.

—¿Qué hizo qué?

—Tenías veintidós años. Eras su hermana pequeña. De tener una hermana pequeña a la que solían rondar tíos que le sacaban diez años, habría dicho lo mismo. No, no lo habría hecho, directamente los hubiese matado.

Y en eso ambos estaban de acuerdo.

—Sabéis que la mayoría de edad se cumple a los dieciocho y que a partir de esa edad podía decidir por mí misma, ¿verdad?

—Seguías teniendo veintidós… —Dejó claro su punto, aunque a ella eso parecía darle exactamente lo mismo—. Y acabábamos de perder a Andie. No podía hacerte eso. No cuando me habías pedido que cuidase de él ahí fuera y no pude hacerlo.

—Joder, Adam —siseó y acto seguido le clavó el dedo en el pecho—. Siempre os estaba pidiendo lo mismo a todos. Cada vez que salíais por la puerta, le pedía a mi hermano que os cuidase. Le pedía que por favor volvieseis todos juntos a casa. Esa maldita noche no solo perdí a Andie. Casi os pierdo también a Kynan y a ti.

—Ella tiene razón… —mencionó Kynan.

—Gracias, al fin me das la razón en algo —replicó volviéndose hacia su hermano.

—No te acostumbres —declaró caminando hacia ella, de modo que ahora ambos estaban a su lado—. No queríamos dejarte ir esa noche, Ivy. Si llego a saber lo que te esperaba dentro de esa casa, yo mismo te habría sacado de allí y te habría traído de vuelta.

Ivory lo miró como si estuviese intentando adivinar si debía creerle o mandarlo a la mierda.

—De todos los lugares en la faz de la tierra, ¿por qué coño hemos tenido que volver a encontrarnos aquí? —Las palabras que brotaron de los labios femeninos traían consigo una cierta carga de irritación—. Y de esta manera, además.

—Quizá porque ya es hora de que todos enterremos el pasado —sugirió Kynan—, y

hagamos las cosas bien.

—¿Y con bien te refieres a…? —inquirió ella pasando la mirada de uno al otro.

—A admitir que siempre he estado enamorado de ti —declaró Adam sin andarse por las ramas, su mirada bajando sobre el curvilíneo cuerpo frente a él—, y que me has puesto de los nervios mientras te restregabas con tu amiga encima de esa puñetera mesa. Joder, Ivy, no puedes hacerle esto a un hombre, no a uno que lleva toda su puta vida soñando con hacerte suya.

—Um… —Fue todo lo que dijo, pero sus ojos cayeron ahora sobre Kynan con una clara pregunta en ellos.

—Nunca debiste ponerte aquel maldito vestido amarillo, cariño —declaró él. Adam supo al momento a qué vestido se refería. Fue el día en el que ambos se dieron cuenta de que la hermana de Andreas ya no era una niña, sino una mujer joven a la que no podían quitarle los ojos—. Por tu culpa no puedo ver una barbacoa de la misma manera. Verte aparecer con ese modelito, era como si de repente hubieses crecido y ya no fueses la *«hermanita»,* sino una mujer de lo más deseable. Creo que me enamoré de ti en ese mismo instante y a partir de ahí cuesta abajo y sin frenos. Adam y yo le prometimos a Andie portarnos bien contigo, pero joder, fue tan difícil.

—Creo que él sabía de nuestro interés en ti y solo quería protegerte —admitió él sabiendo que habría hecho lo mismo de estar en su lugar—. Pero ahora, ahora creo que aprobaría que te haya arrancado de esa jodida mesa. ¿Cómo demonios se te ocurre?

—Es una despedida de soltera, ¿esperas que nos sentemos alrededor de la mesa y tomar el té?

—Joder, no, pero…

—Oh, por favor —resopló ella. Los miró a uno y al otro y zanjó el asunto con una clara réplica—. ¿Me has arrastrado hasta aquí para darme un sermón o vais a follarme de una jodida vez?

Kynan a dudas penas contuvo una carcajada.

—Te lo dije… —mencionó su hermano por lo bajo, dejando claro su punto.

—Te quiero, nena —concluyó Adam dejando clara su propia postura—. Y pienso follarte hasta que supliques.

—Me gusta como piensas —aseguró Kynan mirándola—. ¿Estás dispuesta?

—Llevo esperando por esto diez jodidos años, Kynan —admitió ella y escucharla decir aquello fue como si les quitasen un peso de encima—. Os llevo esperando a los dos.

—Pues no tendrás que esperar más, cariño mío —aseguró Adam cogiendo su rostro entre las manos y perdiéndose en esos ojos claros que jamás había podido olvidar—. Ya estamos aquí.

Bajó sobre sus labios y hundió la lengua en su boca sin más preámbulos, dispuesto a probar por fin a la mujer que tanto tiempo llevaba esperando.

—Al fin —gruñó Kynan a su lado y no dudó en besarla de la misma manera para gozo de

la chica.

CAPÍTULO 5

—Si esto es un sueño, espero no tener que despertarme nunca.

Ivory escuchó una ronca risa en su oído y acto seguido unos labios se deslizaron por su garganta, haciéndola suspirar de placer.

—Mantén los ojos bien abiertos, cariño, así sabrás que no estás durmiendo. —La voz de Kynan le provocó cosquillas contra su piel. Sus manos la recorrían poco a poco, dejando tras de sí una huella imborrable. Había pasado tanto tiempo fantaseando con cómo sería su tacto, que ahora que lo experimentaba no quería otra cosa.

Con excepción del hombre que permanecía al otro lado de la amplia habitación a la que la habían conducido y la contemplaba como si fuese una obra de arte de la que quería descubrir sus secretos.

Ser desnudada por un hombre, mientras el otro la miraba, era una experiencia de lo más excitante. Podía notar el deseo en los ojos de Adam mientras su hermano la liberaba de la escasa ropa que tenía encima al tiempo que alternaba quitándose la propia.

—¿Te gusta lo que ves? —ronroneó sin apartar la mirada del mayor de los hermanos mientras ella se recostaba contra el torso del otro.

—No te haces una idea de cuanto —afirmó, pero no se movió. Se limitó a contemplarla, a dejar que Kynan resbalase las manos sobre ella y dibujase cada una de sus curvas mientras las prendas de ambos iban cayendo una por una.

Se humedeció los labios y disfrutó de esas duras manos sobre ella mientras desaparecía el sujetador y las braguitas, dejándola completamente desnuda a las miradas masculinas.

—Eres puro pecado, cariño —aseguró Kynan dando un paso atrás para poder admirarla—. Lo más bonito que he visto en la vida.

A pesar de que suponía que era algo que le diría a cualquier mujer con la que pretendiese irse a la cama, las palabras del hombre la calentaron por dentro. No en vano había esperado toda su vida por oír algo así viniendo de cualquiera de ellos.

—No te cree, Ky —aseguró Adam abandonando su postura reservada para llevarse las manos a su propia camisa y empezar a desabotonar cada botón—. No te recordaba tan incrédula, Ivy.

No. No creía que la recordase así, pues nunca lo había sido. No hasta que la vida la hizo abrir los ojos al mundo y darse cuenta de que nada era de color de rosa.

—Las personas cambian con el tiempo, Adam —mencionó siguiendo el movimiento de sus dedos sobre los botones hasta que todos ellos abandonaron sus respectivos ojales y él se quitó la camisa—. Algunas más que otras.

Se permitió recorrerle con la mirada y saborear cada centímetro de ese hombre.

—¿Y tú has cambiado tanto, *lady problemas*? —preguntó Kynan parándose ahora ante ella, completamente desnudo y absolutamente excitado.

A Ivory se le secó la boca y, durante un instante, perdió el hilo de sus propios pensamientos.

¿Acababa de llamarla *lady problemas*? Aquel era el apodo que le habían puesto ellos y que Andreas también había adoptado.

—Todos cambian, yo incluida.

Las botas, los calcetines, los vaqueros, la ropa interior… Las prendas fueron cayendo una tras otra hasta que se encontró ante dos magníficos especímenes masculinos que parecían llenar el cuarto tan solo con su presencia.

—Madre mía… —acabó murmurando, cosa que hizo que ambos hombres sonriesen en respuesta.

No creía haberse visto en otra igual y no es porque no hubiese formado antes parte de algún trío, pero esos dos eran la encarnación de todos sus sueños húmedos. Los recorrió ambos con la mirada, mordiéndose el labio al ver como Adam enroscaba los dedos en su gruesa erección y se la acariciaba. Sus ojos eran ahora dos brasas ardiendo con deseo, pero era su expresión, de pura dominación la que le licuó las entrañas.

Y no solo él, Kynan no se quedaba atrás. Su postura era completamente autoritaria y maldita fuera. Eso la excitaba sobremanera.

—Ven aquí —la llamó. Y no necesitaba hacer nada más, pensó, aunque sus pies decidieron clavarse en el suelo.

—Convénceme —acabó retándolo en su lugar.

—Creo que acaba de desafiarte, hermanito —se rio Adam, lo cual hizo que mirase en su dirección. La sonrisa que le curvaba los labios era pecaminosa y prometía represalias.

Se movieron como una unidad, rápido y sin aviso. Fue un ataque a traición, uno que acabó con los brazos de Adam rodeándola por detrás, sosteniéndola con firmeza mientras Kynan se plantaba delante de ella. En aquella posición, con los brazos sujetos a la espalda, sus pechos se empujaban hacia delante, expuestos aún más si cabe a la caliente mirada del hombre rubio. Notó el calor del aliento del mayor de los hermanos en la nuca, provocándole pequeños escalofríos y entonces los labios de Kynan le cubrieron un erguido pezón.

En el preciso instante en que esa lengua la tocó, su sexo palpitó de necesidad y se humedeció completamente. Ivory contuvo un jadeo a duras penas. Ese hombre no la estaba lamiendo, ni amamantándose suavemente de ella. Se la estaba comiendo. Se llenó la boca con su pecho, raspándole la sensible punta con la lengua y succionándolo de forma constante mientras Adam seguía prodigándole pequeños besos en el cuello.

Todo lo que pudo hacer fue permanecer allí de pie, a su merced, poniéndose más y más caliente con cada caricia de los dos, retorciéndose y arqueando la espalda para acercarse más a Kynan, mientras Adam cambiaba la sujeción, cogiéndole ahora las muñecas y manteniéndolas a la espalda con una mano para colocarse ahora ante ella.

—Eres demasiado apetitosa como para ignorarte —le dijo este antes de inclinarse sobre ella y abrir los labios sobre el otro pezón.

Dos pares de labios, dos lenguas, dos bocas exigentes sobre ella fueron más de lo que podía esperar. Le succionaron, lamieron y devoraron los pezones, se amamantaron de sus pechos como dos niños codiciosos y ella a duras penas podía mantenerse de pie, restringida por las muñecas pegadas a su espalda.

Echó la cabeza atrás, sintiendo que se estaba volviendo loca, que esos dos serían capaces de volarle la mente a base de darle placer.

—Kynan… Adam… —gimió sus nombres—. Oh Dios… Por favor… sí…

Casi habría jurado que alguno de ellos, sino los dos, se rieron en torno a sus pezones, pero como ninguno se detuvo, solo pudo suponer que lo habían hecho. Estaba claro que ambos estaban decididos a hacer que se corriera solo con sus pechos y malditos fueran, iban por muy buen camino. El placer era cada vez más alto, sentía como la humedad le bañaba los muslos y ellos seguían trabajando en las puntas, azotando y lamiendo con las lenguas mientras ella se

retorcía en un intento por acercarse más o por alejarse. Ya ni eso sabía.

—Oh, por favor. No paréis, por lo que más queráis, no paréis…

Adam fue el primero en levantar la vista. Su boca abandonó el pezón que había retenido, frustrándola solo para tragarse cualquier posible palabra cuando introdujo la lengua ahora en su boca. La besó con hambre, dispuesto a devorarle los labios, a reclamarla tal y como había dicho que lo haría.

Gimió en la boca de su hombre moreno cuando advirtió que su compañero abandonaba también su propio pezón, aumentando su frustración. Quería gritarles, mejor aún, golpearles, pero no podía moverse con sus manos todavía atrapadas en la espalda por el hombre que le estaba robando el aire.

—Está bien, gatita, te tenemos… —murmuró Adam en sus labios mientras notaba ahora los labios de Kynan descendiendo por su vientre. Se entretuvo unos segundos en su ombligo, provocándole cosquillas y continuó el descenso hasta la uve de sus muslos—. No vamos a dejarte ir a ninguna parte…

Ivory podría haber dicho algo al respecto, pero cualquier pensamiento coherente voló en el instante en que Kynan le separó las piernas y sus manos le acariciaron la cara interior de los muslos.

—Ni muerto… —oyó decir a este último, que no dudó en soplar entre sus húmedos rizos, provocándole un escalofrío de placer—. Tendrán que arrancarme de entre tus piernas para eso.

Un segundo después, la lengua de Kynan resbalo por la grieta de su coño y comenzó a lamerlo con lentas pasadas y aquello fue su perdición. Le levantó la pierna por encima del hombro, obteniendo así un mayor acceso a su sexo y lo escuchó gruñir justo antes de que zambullese la lengua en su interior.

Podía sentir como la lamía, provocándole un placer indescriptible, mientras Adam la aturdía con sus besos, seduciéndola con su lengua del mismo modo en que Kynan bombeaba en su coño. Ivory se sentía consumida por esos dos, el placer era tal que dudaba que pudiese aguantar mucho más sin correrse como una loca.

—Oh… por favor… —gimió en la boca de Adam, tiró de sus manos, pero él seguía sin soltarla.

—Ky… —Adam se arrancó del beso para advertirle a su hermano—. Nuestra chica está pidiendo a gritos correrse.

La respuesta de su hermano fue hundir la lengua aún más profundo en su coño antes de retirarse dejándola al borde de la locura.

—Oh, no, no, no… —gimoteó. Estaba dispuesta a suplicar, algo que odiaba hacer, como no volviese a dónde había estado hacía tan solo unos segundos—. ¡Kynan!

—Pues lo hará cuando yo lo diga… —replicó el aludido con un tono de voz arrogante y

absolutamente masculino.

—Hijo de la gran…

Ivory no pudo terminar la frase, pues se encontró ahora con la lengua de Kynan en su boca, saboreándose a sí misma en él y las muñecas libres de la restricción que las había mantenido ancladas a su espalda. Pero la libertad le duró poco, pues un segundo después se encontró empujada hacia atrás y cayendo de espaldas en la cama.

Los dos hombres la miraban desde las alturas y, por Dios, que eran una visión impactante, en especial con ese par de hinchadas erecciones al alcance de su mano. Se lamió los labios y no lo dudó. Estiró la mano y cerró los dedos en torno a la primera polla que tuvo a su alcance.

Adam gimió, pero le permitió hacer, dejando que condujese la cabeza de su miembro a su boca y lo succionase. Notó como se tensaba, escuchó un gruñido de puro placer y sonrió en torno a la carne que la llenaba. Lo chupó con deleite, disfrutando de su sabor y de la caliente dureza que estaba a su merced, mientras lo envolvía con los dedos y frotaba con la otra palma los testículos.

Lamió debajo de la cabeza y le succionó profundamente mientras paseaba la lengua por la hinchada carne.

—Y esa es una visión de lo más caliente —escuchó que reía Kynan, quién no dudó en separarle completamente las piernas y retomar su previo aperitivo entre sus piernas.

Ivory gimió en torno a la polla que tenía en la boca mientras esa codiciosa lengua volvía a abrirse paso entre sus húmedos pliegues. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener sus dientes a raya, cosa que debió presentir Adam, ya que hundió los dedos en su pelo.

—Cuidado, amor. Me gusta mucho mi polla como para perderla en tu bonita boca de un mordisco.

Kynan se echó a reír contra su caliente y pulsante sexo, pero pronto reanudó su tarea empujándola más y más cerca del borde.

Gimió en torno al miembro que succionaba, le acarició la punta con la lengua y lo chupó como si fuese un delicioso caramelo, lo que hizo que Adam diese un respingo.

—Cristo, es buena, Ky —mencionó el mayor de los Brown.

El menor no respondió. Siguió follándola con la lengua, hundiéndose todo lo posible en su interior, saliendo tan solo para volver a entrar. Sus dedos se unieron al juego descubriendo su clítoris y aquello fue el final para su cordura.

La recorrió un orgasmo explosivo. El grito que emergió de su boca quedó apagado por la polla que se tragaba y que consiguió introducirse unos milímetros en su garganta, sofocándola durante un instante. Adam se retiró, pero ella no lo dejó ir demasiado lejos, le clavó las uñas en los testículos y aquello fue también el final para él. Notó su semen llenándole la boca y se obligó a tragar, tomando todo de él como siempre había deseado.

—Dios bendito… —jadeó el hombre retirándose de su boca y dejándose caer ahora a su lado en el colchón.

—Mi turno, cariño —la advirtió Kynan antes de cogerla por debajo de las rodillas y arrastrarla hasta el borde del colchón. Un instante después lo vio rasgar con los dientes el envoltorio de un condón y cómo este terminaba desenrollándose sobre su dura polla—. Mía, Ivy… Por fin.

Lo notó empujando contra su abertura y a continuación su miembro la llenaba por completo, hundiéndose hasta las pelotas en ella.

—¡Kynan! —gritó su nombre, echando la cabeza hacia atrás solo para encontrarse con la mirada de Adam.

—Nuestra… —le dijo este, bajando sobre su boca para besarla en el mismo instante en que su hermano se retiraba y volvía a entrar en ella, follándola con empujes profundos y rápidos—. Nuestra al fin.

—Míos… —replicó ella levantando la mano para acunar la barbuda mejilla de Adam—. Míos.

—Siempre, amor, siempre —aseguró él volviendo a besarla, tragándose sus gemidos mientras su otro amante se perdía a sí mismo en su coño.

Se aferró a Adam mientras Kynan la montaba, disfrutó de la boca de uno, mientras el otro la volvía loca y acrecentaba su placer hasta que la alcanzó un segundo y brutal orgasmo al que no tardó en unírsele el hombre con un gruñido de puro placer.

Ivory todavía intentaba recuperar el aliento unos instantes después, mientras ambos hombres, acostados ahora sobre la cama a sendos lados suyos, la acariciaban como si fuese su posesión más preciada.

Kynan y Adam. Sus Kynan y Adam estaban con ella, eran suyos y ella era de ambos.

Había estado dispuesta a hacerlo, a irse a la cama con los dos, a follárselos aunque solo fuese para quitarse el picor, pero cuando ambos habían empezado a hablar y le confesaron que habían estado y estaban enamorados de ella, supo que dar el paso incluiría ir más allá, mucho más allá.

Ni en sus más salvajes sueños pudo llegar a imaginarse lo que era estar con ellos, lo que significaba ser suya.

—¿Qué está pasando por esa cabecita tuya, amor? —Kynan se giró y se quedó apoyado en un brazo, mirándola desde arriba.

—Que me has follado, le he comido la polla a Adam y ahora estamos los tres aquí, en esta cama, y quiero más —soltó de carrerilla.

Kynan se echó a reír a carcajadas, pero fue Adam el que tomó cartas en el asunto, introduciendo una mano entre sus piernas, acariciándola íntimamente.

—Me parece bien, porque yo también quiero más —aseguró él bajando sobre su boca, pero se detuvo antes de llegar a besarla—. Quiero este caliente y húmedo coñito alrededor de mi polla.

Ella se giró entonces hacia él, pasando una pierna sobre las de él, dándole así mayor acceso a su sexo.

—Me gusta como piensas —admitió ella.

Entonces notó otra mano alcanzándola desde atrás, introduciéndose entre sus nalgas hasta rozarle el ano con la punta del dedo.

—Yo quiero este precioso culito —declaró Kynan, apretándose a su espalda, haciéndola notar la polla que antes tuvo en su interior, contra las nalgas—. ¿Qué te parece la idea? ¿Te seduce? Porque a mí sí, muchísimo.

Ladeó la cabeza de modo que se encontró con la mirada caliente del hombre y supo que sí, que no solo la seducía, sino que lo deseaba. Que deseaba a ambos con una desesperación que rayaba la locura.

El hecho de que además le gustase el sexo anal tenía también mucho que ver en su próxima respuesta.

—Soy tu chica —le dijo volviéndose lo suficiente para poder enredar el brazo en torno al cuello masculino y tirar de él hacia su boca para besarlo—. Mi culo es tuyo.

Ivory casi se ríe al ver el entusiasmo en los ojos del hombre, pero no lo hizo porque más allá de eso también encontró algo que no estaba lista para ver. Amor, una entrega incondicional que le robó el aire de los pulmones.

—¿Y yo qué? —Escuchó la queja de Adam, lo que hizo que soltase a Kynan y se volviese hacia él.

—Mi culo solo alojará una polla a la vez, gracias.

Ahora fueron ambos los que rompieron a reír a carcajadas.

—Dios, ¿qué fantasía es esta? —murmuró Adam, acariciándole el rostro—. ¿Dónde has estado todo este tiempo, mi amor?

—Esperándote, Adam. Esperándoos a los dos —admitió mirándole a los ojos y viendo en ellos la misma emoción que en los de su hermano—. Y ahora que estáis aquí, no voy a permitir que me volváis a hacer a un lado, capullos.

—No tienes que temer por ello, mi vida, nada nos apartará de tu lado, jamás.

Ella asintió y lo besó, enlazando su lengua con la de él mientras notaba como el colchón se movía y Kynan desaparecía momentáneamente para regresar un instante después con un tubo de lubricante que había sacado de alguna mesilla.

—Si es demasiado para ti… —empezó a decirle el hombre.

—Si sois vosotros, nada será nunca demasiado —lo interrumpió—. Soy vuestra, chicos.

No hay nada que desee más en esta vida que ser total y completamente vuestra.

—Te quiero —

—¿Me dirás eso también cuando no lleves un tubo de lubricante en las manos?

Kynan se rio.

—Cada minuto y hora del día, amor mío —prometió.

—Ven aquí, desvergonzada —la llamó Adam, acomodándola sobre él de modo que su hermano tuviese acceso a su trasero—. Dios. Voy a disfrutar muchísimo follando ese culito, Ivy, pero primero, quiero enterrarme en las pelotas aquí. —Introdujo los dedos en su interior y aquello fue suficiente para hacerla gemir.

—Sí, por favor —ronroneó al tiempo que notaba ahora los dedos de Kynan en su entrada trasera, acariciándola, empujando suavemente en su interior a modo de tanteo—. Dios, Ky.

—Oh, sí, cielo. Tú y yo vamos a pasarlo muy bien. —Un segundo después, era el tubo del aplicador el que entraba en su trasero y lo llenaba de un gel frío que la estremeció—. Este culo va a terminar con mi sello. Propiedad de Kynan. Tiempo al tiempo.

Dejó a un lado el aplicador y empezó a trabajar en su entrada con los dedos, jugando en su trasero mientras Adam hacía lo propio en su coño. Se pusieron de acuerdo para masturbarla al unísono y hacerla gemir como una loca.

—Oh, Dios. Sí.

Ambos se miraron y se rieron, pero pronto pasaron a cosas más interesantes.

—Sobre mí, amor —Adam la atrajo sobre sus caderas, haciéndola montarle a horcajadas. Hundió los dedos en sus caderas y la bajó sobre la grande y dura erección que la llenó por completo. La sensación era tal que la hacía sentirse repleta, pero sabía que no sería nada en comparación a lo que la esperaba—. Sí, Ivy. Dios. Esto es magnífico, nena.

—Reclínate hacia delante, cielo —la empujó suavemente Kynan. Adam bajó entonces las manos y aferró ambos cachetes, abriéndola para su hermano—. Allá vamos.

Ivory se quedó sin respiración en el mismo instante en que Kynan empujó en su culo. El ardiente dolor que le atravesó el ano tan pronto como su polla cruzó el anillo de entrada fue tan intenso que la dejó sin respiración. Pero nada podía compararse con la sensación de sentirse repleta por los dos hombres de su vida. Se obligó a respirar a través del dolor, el cual empezaba a transformarse en un ardiente placer, disfrutó de cada pequeño instante hasta que sintió a su amante completamente alojado en su culo, mientras Adam llenaba su coño. La doble penetración la enloquecía al punto que fue incapaz de quedarse quieta.

—¡Moveos! ¡Folladme, por lo que más queráis!

No podía imaginarse nada mejor, ni más poderoso que aquella sensación, que la libertad absoluta de entregarse completamente a esos dos hombres. Kynan se echó hacia atrás solo para volver arremeter en su interior, mientras Adam permanecía todavía alojado en su coño, sin

moverse. El hombre repitió sus movimientos un par de veces más, como si quisiera saber hasta dónde podía empujar y entonces ambos se acompasaron de modo que uno la penetraba cuando el otro se retiraba. Ivory perdió la noción del tiempo, su mente se licuó por completo y se limitó a sentir, a surfear a través del placer cada vez más intenso, hasta que su cuerpo sucumbió a un nuevo orgasmo que parecía no tener fin.

Los gruñidos de los hombres se unieron a sus propios gritos y unos segundos después notó como ambos se corrían en su interior, llenándola completamente, marcándola como suya para siempre.

—Te amo, Ivy, para siempre —escuchó a Adam en su oído, abrazándola como si no quisiera dejarla escapar.

—Te amo, *lady problemas* —declaró Kynan, quién depositó un beso en su espalda—. Para siempre.

Las lágrimas asomaron entonces a sus ojos y dijo lo que llevaba tanto tiempo callando y guardando para sí misma.

—Os amo, Kynan, Adam —confesó—. Os amo a ambos… Que el cielo se apiade de mí.

Ambos hombres la abrazaron tan fuerte que supo que no volverían a dejarla ir.

CAPÍTULO 6

—Un catering. Hay que contratar un catering. Ponlo en la lista de tareas pendientes a ver si esta vez Josh y Cassidy se dan por aludidos.

—Para eso tendrían que mirar la lista.

—Debería pedirle a Mary que lo haga —resopló—. ¿Dijeron si iban a pasar las fiestas aquí? Cass dijo que estaría aquí para Navidad, pero…

—¿Quién va a venir para Navidad?

Ivory se coló en la cocina de aspecto profesional a la que había llegado siguiendo el aroma del pan recién hecho. Cuando se había despertado esta mañana, la cama estaba vacía, a excepción de la nota escrita con letra pulcra que descansaba sobre uno de los almohadones a su lado.

«Buenos días, hermosa.
Cuando te despiertes sigue el olor de la comida.
Estamos en la cocina.
Kynan».

Igual que en los viejos tiempos, había pensado al leer esas letras.

En el pasado, todavía en vida de su hermano, el grupo solía reunirse en casa para desayunar los fines de semana o después de alguna misión particularmente dura. Era su manera de celebrar que volvían a estar todos juntos. De los cinco miembros que habían formado la cuadrilla de rescate, Kynan era el cocinillas. Hacía un pan insuperable y ya ni hablar de las tortitas. Esas sí que eran de otro mundo.

Y habían sido estas últimas, o más concretamente su aroma, la que la había conducido hasta esa parte de la casa de la que salían también sus voces.

Los dos hombres se giraron nada más escucharla y sus miradas la recorrieron con tal posesividad que se le aflojaron las rodillas. Lo había hecho. Se los había follado a los dos y de qué forma. Y no se arrepentía ni un poquito. Al contrario, por primera vez en muchísimo tiempo se sentía en paz consigo misma. Esos dos tíos, uno rubio y otro moreno, de entorno al metro noventa y aspecto de montañeros, eran el amor de su vida. Lo habían sido en su juventud y a la

vista estaba que lo serían durante el resto de su existencia.

Se lamió los labios y vaciló por primera vez desde que abandonó la habitación.

Una cosa era el sexo, enrollarse con dos tíos para pasar el rato y otra lo que ocurría entre ellos a partir de ahora.

—Buenos días, amor mío. —Las palabras de Adam fueron todo lo que necesitaba para dejar que sus nervios se fuesen por el desagüe. Su hombre moreno y fuerte caminó hacia ella y, sin mediar palabra, la envolvió entre esos fuertes brazos y la besó con suavidad en los labios—. ¿Todo bien? —La manera en que lo preguntó y la forma en la que la miró al hacerlo le dijo que él también estaba tan nervioso como ella—. Te quiero, lo sabes, ¿no?

Asintió con la cabeza y cedió al impulso de rodearle el cuello con los brazos y pegarse a él. Necesitaba ese contacto, el abrazo que no dudó en devolverle.

—Mi niña… —Lo escuchó decir en su oído.

—¿Ey? ¿Y qué hay de mí? Yo también quiero un abrazo.

Se rio. No pudo evitarlo. Su amante la soltó, le guiñó el ojo y le dio una palmada en el trasero, invitándola a ir con Kynan.

—Te lo daré solo si me dices que esas tortitas son para mí.

—Claro que son para ti, amor, ¿para quién podrían ser sino? —aseguró apartándose de los fogones para engullirla en un abrazo de oso y reclamar también sus labios—. Mi vida. Todavía no puedo creer que al fin seas nuestra.

Lo era. Por fin. Ivory le devolvió el abrazo y saboreó la sensación de estar entre esos brazos, de sentirse protegida y amada por primera vez en mucho tiempo.

—No puedo creerme que esto sea real —murmuró aspirando su aroma—. Que esté aquí con vosotros.

—No es un sueño, amor, te lo prometo —le aseguró Adam a su espalda, acariciándole el pelo—. Es la realidad, una increíble, pero muy real.

Se volvió hacia él, incluso sin soltar a Kynan y sonrió con un asentimiento.

—Entonces, ¿quién decíais que va a venir para Navidad? —inquirió una vez más.

—En principio Cass. Josh y Mary todavía no lo sabemos con seguridad —le dio los nombres de los dos miembros restantes de la cuadrilla y de la mujer de uno de ellos—. Por lo general suelen pasarse los fines de semana aquí, pero Mary, la mujer de Josh, tenía algunos asuntos que solucionar en California. Temas familiares, creo.

Cassidy era otro de los miembros que casi había perdido la vida en el accidente que le costó la de su hermano y también uno de los mejores amigos de Andie. Sabía que había estado mal, tanto como para no poder asistir al funeral, pero solo tiempo después, en un viejo recorte de periódico que hablaba sobre la noticia, se enteró de que había estado debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital.

—¿Cómo les va? No tenía la menor idea de que Josh se había casado.

—Hace dos años. Con Mary Lowell. La única mujer capaz de aguantarle a él… o a nosotros.

—La conocerás en cuanto regresen. Te caerá bien, es de la clase de personas que no tiene pelos en la lengua. Y a Cass le va a alegrar verte —aseguró Kynan dejándola ir, entonces añadió —. Porque vas a quedarte, ¿no es así?

Ahí. Directo como una bala. Ese era su Kynan.

Ivory se volvió hacia el mayor de los Brown, quién le sonrió en respuesta y, mucho más sensato, añadió.

—Es tu decisión, pero nos harías muy feliz a ambos si lo hicieses —admitió con rotundidad—. Supongo que tendremos que hacer algunos arreglos a partir de ahora, pero… Nena, ahora que te he recuperado, no voy a dejarte escapar.

Sonrió de soslayo y trató de disimular su propia alegría.

Sí, era obvio que tendrían que hacer algunos ajustes. Después de todo, ellos estaban aquí, en las montañas de Carolina del Norte y ella residía en Boston desde hacía varios años. Pero no había nada que le impidiese venirse a vivir con ellos; después de todo llevaba ya un año teletrabajando.

—Lo cierto es que estoy de vacaciones —admitió fingiendo meditar un momento su actual situación—. Y no tengo que incorporarme al trabajo hasta después de Navidad.

—Te quedas —zanjó Kynan volviendo a los fogones para que no se le quemase lo que estaba cocinando—. Serán unas Navidades inolvidables.

—Kynan… —le advirtió Adam, quién solía ser la voz de la razón.

Ivory puso la mano sobre el hombro de su amante y le sonrió.

—Me quedo —confirmó y añadió con voz melosa—. Si me hacéis un hueco, claro.

—¿Te parece suficiente toda esta planta? —declaró Adam inclinándose hacia ella.

—Estaría bien para empezar —asintió acercándose a sus labios.

—Mi *lady problemas*… —Su voz sonó ronca, sexy y no pudo evitar humedecerse en respuesta.

—El desayuno —advirtió Kynan al tiempo que giraba con un plato lleno de tortitas recién hechas.

—¡Uy! ¡Tortitas! —Besó rápidamente a Adam y saltó a coger el plato que olía deliciosamente bien.

—Acaba de cortarme el rollo por unas tortitas… —rezongó Adam volviéndose hacia ellos.

Kynan se echó a reír a carcajadas y ella se pilló la punta de la lengua entre los dientes con picardía.

—Perdón.

El hombre sacudió la cabeza y sonrió a su vez.

—Que disfrutes del desayuno, amor.

—Ahora que estoy con vosotros, este desayuno me sabrá a gloria.

Con ese último comentario, giró sobre sus tacones y se instaló en uno de los taburetes de la isla para dar cuenta a su primera comida del día.

CAPÍTULO 7

—Te quedas.

—Eso he dicho.

—*Um*. —Maggie entrecerró los ojos y la miró con especial intensidad—. ¿Te han drogado?

—No digas tonterías.

—¿Te han sobornado o amenazado?

—Maggie… —resopló.

—Te han freído el cerebro a polvos. —Y era una afirmación como una catedral—. ¡Genial!

En momentos como este Ivory se preguntaba cómo habían aguantado tanto tiempo siendo amigas, pero la respuesta estaba ante sus ojos. La cara de absoluta felicidad en el rostro de su mejor amiga era una respuesta más que suficiente. Maggie se alegraba por ella, no solo eso, sino que se la veía consideradamente aliviada.

—Ya era hora de que alguien pusiese ese brillo en tus ojos y la sonrisita bobalicona de alguien que ha sido bien follada —canturreó su amiga—. Entonces, ¿ha ido todo bien?

—Mejor que bien, en realidad —admitió y se acercó a ella de modo que fuese la única que escuchase sus palabras—. Me aman. Los dos. Sin condiciones. Han estado colados por mis huesos desde que era una cría, pero… Bueno, supongo que la promesa a mi hermano, la diferencia de esas en aquellos momentos, el accidente…

—No era el momento —resumió su amiga con su habitual franqueza—. Pero ahora lo es. Solo hay que verte la cara para darse cuenta. Ay, Ivory, no sabes lo mucho que me alegra verte por fin así. El amor puede ser un asco, pero cuando lo encuentras es capaz de curar cualquier herida, por muy profunda que sea.

Esa era, sin lugar a dudas, una verdad universal.

—¿Y tú? ¿De verdad lo has encontrado en Aron?

Esta vez, la expresión que cubrió el rostro de su amiga fue suficiente respuesta.

—Así que habrá boda en Navidad, después de todo.

—Si lo dices así suena fatal —se rio ella. Entonces le cogió las manos y se las apretó con suavidad—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé.

—Pues entonces confía en mí cuando te digo que él es el hombre que deseo tener en mi vida —declaró mirándola a los ojos—. Puede que no sea un dechado de virtudes, pero tiene la misma visión del mundo que yo y me quiere. Anoche mismo me lo dijo. Ya te puedes imaginar la cara que se me quedó.

Ivory asintió, sin duda tan impactada como se veía en esos momentos su amiga por semejante confesión. Maggie no era del tipo romántico. Ella no creía en los *«y fueron felices para siempre»*. Por el contrario, era más del *«y follaron como conejos siempre que quisieron»*. Así que podía entender que esa inesperada declaración hubiese sido la clave de todo.

—Me dijo que soy la mujer que quiere tener en su vida, a quién desea como madre de sus futuros hijos y que me respetará por encima de todo, sin importar a quién incluyamos en nuestra cama —dejó escapar un suspiro—. Hemos estado hablando y puesto las cartas sobre la mesa. Creo que eso nos ha hecho mucho bien, nos ha permitido ser sinceros el uno con el otro y decirnos a la cara qué esperamos de este matrimonio.

—¿Y es…?

—Sabes que quiero formar una familia —admitió en voz baja, como si fuese un secreto y no un anhelo con el que Maggie llevaba soñando desde que la conocía—. Así que hemos decidido que nuestro hogar será solo nuestro y que si queremos seguir con este estilo de vida, lo haremos fuera.

—¿Y queréis? ¿Tú quieres seguir?

—Sí. Es parte de lo que soy, es quién soy. No puedo anular una parte de mí misma que me hace… sentir bien, que me permite liberarme —confirmó con rotundidad—. Jamás me habría fijado en Aron y mucho menos aceptado ser su esposa si él no compartiese mis mismas inquietudes, Iv. Ambos tenemos esa otra parte. Si hay alguien quién entiende mis necesidades, es él.

—En ese caso, solo hay una cosa que decir al respecto, corazoncito —le sonrió—. ¿Cuándo dices que nos casamos?

—¡En Navidad! —chilló alzando las manos y atrayendo, ahora sí, las miradas de sus amigos, quienes se volvieron en su dirección con sonrisas cómplices y gestos divertidos.

—¡Tenemos boda en Navidad, señoras y señores! —Alzó ella también la voz, volviéndose al grupo que empezó a silbar y vitorear como si acabasen de enterarse y no lo supieran ya de ante mano.

Las dos se miraron y se echaron a reír una vez más, felices de celebrar el comienzo de una nueva vida. Ivory miró entonces más allá del grupo de sus amigos, a los hombres que, una jornada más, se dedicaban a poner su cabaña a punto para los huéspedes que pensasen pasar el día en sus instalaciones.

Adam le guiñó el ojo y Kynan le lanzó un beso.

—¿Y tú? ¿Vamos a tener boda? —canturreó Maggie en su oído.

Se volvió hacia ella y sonrió divertida.

—Primero tendríamos que celebrar una despedida de soltera, ¿no te parece?

—Con chupitos con sabor a fresa…

—… y polvitos mágicos.

Las carcajadas de su amiga resonaron en todo el lugar e Ivory no tardó en unírsele una vez más.

—¡Por los polvitos mágicos, Iv! —gritó su amiga levantando su mano en alto.

—¡Por los polvitos mágicos, Maggie! —gritó a su vez y ambas chocaron las manos antes de echarse a reír una vez más.

EPÍLOGO

—Por el poder que me confiere el Estado de Carolina del Norte, yo os declaro marido y mujer —concluyó el oficiante con la ceremonia—. Puedes besar a la novia.

El morreo que se dio la pareja llegó acompañado de silbidos y aplausos de todos los presentes.

—Damas y caballeros —añadió el juez—. Les presento al señor y la señora Vantes.

La flamante pareja de recién casados saludó al pequeño grupo que se había reunido en el salón principal de la cabaña del complejo hotelero que había sido decorada para la ocasión. Fuera, la nieve caía con suavidad sobre una alfombra ya blanca, como si quisiera agasajar a los novios con una pizca de magia invernal.

—Gracias por dejarles hacer aquí la boda —susurró inclinándose sobre uno de sus hombres—. Maggie está feliz y se la ve radiante.

—Tu mejor amiga se merece esto y mucho más —aseguró Adam rodeándole la cintura con el brazo para atraerla hacia él—. De no ser por ella, quizá hoy no estaríamos juntos.

—Margaret te ha cuidado cuando no había nadie más para hacerlo, solo por eso, ya forma parte de nuestra familia, cariño —añadió Kynan inclinándose para besarla en la cabeza—. Si celebrar aquí su boda la hace feliz, nosotros estamos más que felices de poder hacer realidad su sueño.

Ivory suspiró de pura felicidad al sentirse rodeada por los brazos de esos dos magníficos hombres. En los últimos días habían tenido tiempo para hablar, para ponerse al día y, en cierto modo, intentar recuperar todo lo que se habían perdido estando lejos los unos de los otros. Ella se había sincerado. Les habló de sus momentos de oscuridad y de cómo Maggie se convirtió en su ángel salvador. No se dejó nada en el tintero, pues quería que sus dos amantes la conociesen de verdad, que supieran quién era ella ahora, pues la Ivy que recordaban había mudado la piel en algún punto del camino.

Había llorado y gritado, se había quitado todo el lastre que llevaba sobre los hombros a fin de poder abrazar el presente y permitirse amar a esos dos sin impedimentos. Kynan y Adam la habían sostenido mientras lo hacía, consolándola y aguantando el chaparrón de lágrimas como auténticos campeones.

Y en esos días también había aprendido más de ellos, de sus inquietudes, de cómo fueron

los días y meses posteriores al accidente. Del sentimiento de culpabilidad que todavía cargaban y que ella haría hasta lo imposible por erradicar de sus almas para siempre. Sus chicos la habían necesitado tanto como los necesitó ella. Había llegado el momento de dejar el dolor y el pasado atrás y forjar un futuro común para los tres.

—Gracias por esperarme tanto tiempo… —murmuró mirando a uno y luego al otro.

Adam se inclinó hacia ella y le rozó la mejilla con los dedos, limpiando una solitaria lágrima que acababa de escapársele de los empapados ojos.

—Estás aquí, eso es todo lo que importa, amor —aseguró el mayor de los Brown—. No voy a perderte de vista en todo lo que me quede de vida.

—Ídem —añadió Kynan revolviéndole el pelo—. No vas a salir de nuestra vida, amorcito, nunca.

—Supongo que eso significa que pronto tendremos otra boda, ¿no?

—Tendremos que ir desempolvando las cuerdas, los mosquetones… Sí, ya estoy viendo la temática perfecta para su boda…

Los tres se volvieron hacia los dos hombres y a la mujer que los flanqueaban, los miembros faltantes del equipo.

—Al menos no tendrás problemas para elegir apellido, pequeñaja, tienen el mismo —canturreó Josh, quién mantenía un brazo en torno a su pequeña esposa.

—Tendréis que echar a suertes a ver quién de los dos se casa legalmente con ella —añadió Cassidy con una pícara sonrisa curvándole los labios—. Adam. Tú eres el más viejo. Deberías ser tú.

—No seas grosero, Cass —chasqueó Mary.

—No sé, *bro*, Ky todavía no necesita bastón. Eso tendría que ser un plus —aseguró el marido de esta última.

—No puedo creer que vaya a decir esto, chicos, pero… —Los miró a uno y al otro—. Os echaba de menos.

—Y nosotros a ti, *lady problemas*, y nosotros a ti. —Josh le guiñó el ojo.

—¡Lanzamiento de ramo! —gritó alguien de repente.

—¿Cómo que lanzamiento de ramo?

—¿Eso no venía después?

—Eso, caballeros, viene cuando a la novia le da la gana —replicó Maggie abriéndose camino entre los invitados para detenerse frente a ella y, sin mediar palabra, dejar caer el ramo en sus manos—. Ya sabes que opino sobre ciertas tradiciones, Iv, prefiero hacerlas a mi manera.

Ivory se quedó mirando el ramo de novia que tenía en las manos, sonrió y miró a su amiga.

—Serás perra.

—Y cómo te gusta que lo sea —canturreó ella y ambas se dieron un pico—. Te deseo que

seas tan feliz como lo soy yo, hermanita.

Ambas se abrazaron, entonces el novio reclamó a su flamante esposa y continuaron recibiendo felicitaciones de los presentes.

—Bueno, amor, creo que el catorce de febrero sería un bonito día para casarse, ¿qué opinas?

—Que tendrá que esperar dos meses… —Soltó uno de sus amigos.

—En realidad es poco más de uno, ¿pero quién lleva la cuenta?

—¿Queréis hacer el favor de cerrar el pico? —Los fulminó Kynan—. Estamos intentando pedirle a nuestra futura esposa que se case con nosotros.

—*Puff.* Aguantaros a los dos. Eso no está pagado —aseguró Cassidy.

—No. No lo está —convino Josh mientras su esposa aguantaba la risa.

—¿Los amordazas tú o lo hago yo? —preguntó Adam mirando a su hermano.

—Estoy en ello —aseguró Kynan chocando un puño contra la mano abierta a modo de amenaza—. ¿Quién quiere recibir primero?

Ivory se echó a reír. No pudo evitarlo. Esto era lo que recordaba de su infancia. A estos hombres riendo y bromeando, a su hermano entre ellos y a ella misma participando en los últimos años previos al accidente de sus chascarrillos.

—Mi familia… —mencionó dando voz a la única realidad posible—. Siempre seréis eso para mí.

—Y tú para nosotros, preciosa. Siempre —aseguró Josh, secundado por un asentimiento de Cassidy.

—Ivy, ¿San Valentín? —Adam la cogió de la mano a fin de llamar su atención—. ¿Querrías convertirte en la señora Brown el día más romántico del año?

—¿Podremos casarnos aquí? —preguntó a modo de respuesta mirando a cada uno de sus hombres.

—Nos casaremos dónde te haga feliz, amor —aseguró Kynan cogiendo su otra mano libre —. Pero primero tienes que decirnos que *sí*.

Ivory miró a uno, luego al otro y las lágrimas que habían estado empañando sus ojos encontraron al fin su salida.

—Sí —le dijo a Kynan y a continuación se volvió hacia Adam—. Sí. Sí, sí, sí… *¡Sí!*

—¿Alguien no la ha oído? —preguntó Josh alzando la voz y escuchó un sonoro coro de voces gritando *«¡No!»* en respuesta—. Bien. Era solo por si acaso. Necesitábamos testigos.

—¿Quieres parar? —Lo golpeó su mujer.

—Seréis cabrones —siseó Kynan, pero estaba demasiado feliz para decirlo en serio.

—Siempre, hermanito, siempre —aseguró su compañero.

—Mi futura esposa… —Adam le besó la mano y luego los labios—. Te amo, Ivory.

—Y yo a ti —asintió ella antes de sentirse atraída a los brazos de su otro prometido.

—Esposa. Suena realmente bien —aseguró Kynan—. No puedo imaginarme una vida mejor que contigo a mi lado. Te amo, mi vida, te amo tanto.

—Mi Kynan… —sonrió y gimió de pura dicha cuando la boca de su hombre se apropió de la suya.

—¿Quién se lo pone? —Escuchó que decía Cassidy.

—Tú no, desde luego —replicó su amigo.

Ivory solo tuvo tiempo a respirar después del intenso beso antes de que sus futuros maridos le tomaran la mano izquierda en la de ellos y, entre los dos, como un dúo bien acompasado, deslizaron un precioso y sencillo anillo en su dedo.

—Así ya no te nos escapas —declaró Kynan guiñándole el ojo.

—Nuestra para siempre —confirmó Adam bebiéndosela con la mirada.

Miró el anillo en su dedo y suspiró de pura dicha antes de pasear la mirada entre sus prometidos.

—Míos, los dos, para siempre —confirmó en voz alta y jamás se sintió tan posesiva como en esos momentos—. Os quiero, Adam y Kynan. Por toda la eternidad.

La satisfacción y el amor que vio reflejados en los ojos de esos dos fue todo lo que necesitó para saber que iba a ser inmensamente feliz.

Chupitos de Menta

Deseos Navideños



NISHA SCAIL

CHUPITOS DE MENTA Y DESEOS NAVIDEÑOS

A su amigo siempre se le habían dado bien las excentricidades, así que, cuando le dijo que deseaba celebrar su cuarenta cumpleaños en un complejo hotelero rural en las montañas, a **Evangeline Peters** no le quedó otro remedio que aceptar la invitación. Lo que Eva no sabía era que en aquel lugar se reencontraría con alguien de su pasado, un hombre con el que había disfrutado de una noche inolvidable once años atrás.

Cuando **Cassidy Owens** se encontró a esa mujer subida a una escalera, supo que el destino le tenía preparada una nueva jugada. Ella pertenecía a su pasado, a una noche sensual y erótica que nunca había sido capaz de olvidar. Ahora tenía ante él la oportunidad de rememorar el pasado y averiguar si lo que comenzó como un encuentro fortuito podría convertirse en algo más.

CAPÍTULO 1

—Te estás metiendo en terreno peligroso, Andie.

—Eso dices ahora, pero después me lo agradecerás…

Cassidy bufó, pero no llegó a responder, pues notó las manos femeninas deslizándose ahora a través de la camisa que colgaba floja y abierta sobre su vientre. Notó su cuerpo desnudo cuando se apretó contra él desde atrás. Sus pechos empujando contra su espalda, los duros pezones acariciándole la piel, su vientre apretándose contra su propio trasero.

No iba a decir que aquello no era excitante, sobre todo cuando ella era lo que deseaba. Lo había sido desde el momento en que la vio atravesar las puertas de esa fiesta privada a la que lo había arrastrado su amigo.

Se dio la vuelta y dio un paso atrás para poder contemplar ese curvilíneo cuerpo en su plena desnudez. Era hermosa. No le cabía la menor duda. Del tipo de mujer que poseía curvas generosas y no era un palo de escoba. No entendía el afán que tenían algunas féminas por permanecer escuálidas, sobre todo cuando se podía disfrutar de una buena gastronomía.

Andreas se dejó caer en uno de los sillones del fondo, desnudo también. Sus labios se curvaron en una divertida sonrisa mientras separaba las piernas y se llevaba una mano a las pelotas y deslizaba los dedos sobre la dura y erguida erección. Nunca había sido del tipo vergonzoso. Por el contrario, disfrutaba tanto mirando como participando de los juegos.

—¿Necesitas una invitación? —canturreó al tiempo que señalaba a la mujer con un gesto de la barbilla—. Ella está aquí por propia voluntad. Ha sido quién pidió que fueses tú…

Ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada femenina y vio el sonrojo que cubrió sus mejillas en respuesta. A pesar de su obvia vergüenza, levantó la barbilla y le sostuvo la mirada.

Una chica valiente.

Ya se lo había parecido cuando la vio en medio del salón, pero también le había parecido que estaba algo perdida, como si fuese la primera vez que se metía en un lugar semejante. No podía asegurarlo, claro, pues también la vio hablando alegremente con los organizadores de esta, como si se conociesen de toda la vida.

Se volvió completamente hacia ella y la llamó con un dedo.

Casi sonrió al verla dar un pequeño respingo, pero no dudó en iniciar el caminó hacia él, deteniéndose a tan solo un par de pasos.

—Más cerca —pidió y, esta vez, avanzó sin reservas—. ¿Sabes en lo que te estás metiendo?

—¿Tengo pinta de no saberlo?

Sus labios se estiraron en una sonrisa. Desde luego, tenía descaro.

—Tienes pinta de estar a punto de meterte en un buen lío, *señorita traviesa* —afirmó con dureza, pero ella no se echó hacia atrás. Permaneció allí, mirándole—. Uno del que no podrás escabullirte con facilidad.

—Soy cada vez más consciente de ello.

—Bien —asintió y volvió a recorrerla con la mirada—. Todo tuyo, entonces.

Vio algo similar al alivio en sus ojos y, un segundo después, sus manos se deslizaron sobre su pecho. Las uñas le rascaron los pezones antes de continuar el descenso hacia sus pantalones. Notó cómo la cintura se aflojaba en el momento en que retiró el botón y bajó la cremallera, así como esa traviesa mano tirando hacia abajo para liberar su erección. Esos osados dedos se envolvieron en torno a su carne, tomándolo en su mano y acariciándole ligeramente.

—Un movimiento de lo más osado, gatita. —La risa de Andie llenó la habitación, sabiendo con exactitud lo que pasaría a continuación—. *Bon apetite*, amigo.

Deslizó la mano por detrás de su cuello, hundiendo los dedos en la masa de pelo rubio, y tiró de ella hacia atrás. Sus ojos se mantuvieron en contacto hasta que él rompió el contacto en favor de los entreabiertos labios que lo tentaban.

—Creo que me gustará traspasar estos bonitos labios con mi polla —declaró bajando ahora sobre ellos—, pero no antes de que yo te saboree a ti.

Enredó su lengua en la de ella y se tragó su gemido. Los dedos de la chica todavía estaban en torno a él, acariciándole con suavidad, acicateando su deseo. Se tomó su tiempo en saborearla, le ciñó la cintura con las manos y empezó a empujarla a fin de hacerla retroceder. No se detuvo hasta que la tuvo entre la pared y su propio cuerpo.

—No me cabe duda de que elegí bien —escuchó ronronear al hombre que ocupaba el sofá próximo a ellos. Cassidy dejó la boca de la chica y le echó una mirada. Se encontró con un guiño de pura diversión y la mano de Andie bombeando su propia polla mientras contemplaba el espectáculo—. Adelante. Por mí no te cortes.

Como si fuese a hacerlo alguna vez. No lo pensó, se dejó caer de rodillas ante ella y se encontró una vez más con esa mirada verde llena de deseo y también una pizca de incertidumbre. No dejaba de resultar encantadora y enigmática a la vez, una tentación difícil de resistir.

—Veamos si eres tan dulce como pareces, *traviesa*… —le dijo antes de cogerle las caderas con las manos y hacerse sitio entre sus piernas. La abrió, llevando una de sus piernas por encima de su hombro, y se zambulló en su húmedo sexo. La lamió como si fuese un delicioso helado, con lentas y largas pasadas. Notó como se estremecía bajo su boca, la humedad empapaba su

lengua y se encontró deseando más y más de ella. Era deliciosa, una fruta madura a punto para ser recolectada, una de la que estaba seguro iba a disfrutar y mucho a partir de ahora. Incursionó en ella con su lengua, penetrándola tan hondo como podía. Los dedos femeninos acabaron entonces sobre su cabeza, enredándose en su pelo, y la escuchó gemir.

—Oh, sí…

Escuchó el crujido del sofá cercano y el gruñido de placer de su compañero, el cual seguía masturbándose mientras los miraba.

Esa dulce *traviesa* levantó las caderas suplicando por más, diciéndole sin palabras que quería más de lo que le estaba ofreciendo y, fiel a su naturaleza, se lo dio. Sus dientes se cerraron sobre su clítoris y tironearon ligeramente de él hasta que ella culminó con un grito, corriéndose en su boca.

—Puta maravilla… —oyó jadear a su compañero.

Lamió los últimos jugos del sexo femenino y la dejó ir para quitarse completamente los pantalones y hacerlos a un lado. Estaba duro y erecto, palpitando de pura necesidad y sabía exactamente qué era lo que quería.

—De rodillas.

Una pequeña sonrisa curvó los labios femeninos y antes de que pudiese darle instrucciones al respecto, ella deslizó la lengua desde la base del pene hasta la cabeza. Lo acunó en sus manos y abrió la boca para chuparlo.

—Fóllatelo, nena —escuchó a su amigo, quién no dejaba de acariciarse mientras los miraba con una expresión de lo más lasciva.

Cassidy no disfrutaba especialmente con el sexo con un hombre, pero siempre estaba dispuesto a hacer una excepción con él. Ambos mantenían una conexión que iba más allá de la amistad, que los unía como solo una experiencia cercana a la muerte podía hacerlo. Esa experiencia era la que los había llevado a liarse una sola vez, un momento que todavía quemaba en su alma, sobre todo porque sabía que él se arrepentía por haber vulnerado su confianza de esa manera.

Sacudió la cabeza y miró la polla que aparecía y desaparecía en el puño del hombre.

—Deja de dar órdenes y ven aquí.

Su compañero abrió los ojos ligeramente. Pareció dudar un segundo, pero se levantó y caminó hacia ellos en el mismo instante en que ella se lo metía dentro, tragándoselo. Ella meció sus caderas contra su boca, retirándose instintivamente cuando sentía que los músculos de la garganta chocaban con su carne. Esa pequeña lengua empezó a torturarlo. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para hacerlo y lo distrajo el tiempo suficiente para permitirse abrir la boca y recibir la lengua de su compañero.

Notó el sabor a hombre, pero no lo rechazó. Conocía ese aroma y lo aceptaba como una

parte de él. Enlazó su lengua en la de él y lo succionó, saboreando su beso como algo erótico y oscuro. La boca que succionaba su polla lo estaba llevando al borde y no pudo evitar gemir en la de su amigo.

—Ella es dulce, *¿huh?* —musitó él contra sus labios, lamiéndoselos mientras le sostenía la mirada durante un instante.

Dios. Sí que lo era. Ella lo sostenía dentro, apretándolo durante largos segundos antes de dejarlo ir. Cerraba los labios en torno a la cabeza de su miembro y lo succionaba como si fuese un jodido caramelo.

—Joder… —gimió apretando los dientes ante el rabioso placer que le apretaba los testículos y amenazaba con brotar de su polla—. Dulce y jodidamente caliente, Andie.

La lengua masculina volvió a entrar en su boca y la aceptó con placer, envolviéndola en la suya y succionándola. Era un beso carnal, puramente sexual y eso le gustaba casi tanto como la boca que lo follaba.

Sabía que no iba a durar mucho más, echó la cabeza atrás y se dejó ir con un quejido gutural, derramándose completamente en la garganta femenina que no dejó de succionarle hasta dejarlo seco.

—Joder… —fue lo único que consiguió decir mientras se afanaba en respirar—. Eres…

La frase se perdió en su mente cuando un insistente timbre empezó a resonar por doquier.

Cassidy abrió los ojos de golpe y se encontró mirando el techo de su propia habitación. El repetitivo sonido procedía del despertador que estaba en la mesilla a su lado y que le decía que tenía que levantar el culo de la cama si no quería llegar tarde al trabajo.

—¿Qué coño?

Se incorporó de golpe y permaneció sentado, con la sábana cubriéndole las caderas y la dura y erguida erección matutina presente.

—Mierda.

Soltó un siseo, hizo la ropa de cama a un lado y se levantó como un resorte para irse directo a la ducha. Abrió el grifo del agua fría y se metió debajo sin contemplaciones. El contraste de temperaturas lo hizo saltar, pero era de lo más efectivo para apaciguar su febril estado.

Otra vez ese jodido sueño. Un maldito recuerdo que se había esforzado por borrar de su mente y que había vuelto a asaltarlo en esos dos últimos meses.

No sabía si se debía a haber vuelto a la montaña o a que se acercaban las puñeteras Navidades.

Quizá fuese un compendio de ambas cosas, pero estaba igualmente jodido.

Levantó el rostro de cara al chorro de agua y dejó que se llevase consigo los rescoldos de aquello. No volvería a ocurrir, no solo porque Andreas ya no estaba en su vida, sino porque ni

siquiera sabía cómo se llamaba aquella chica, la única mujer que había conseguido dejarle una huella permanente once años atrás.

CAPÍTULO 2

—*Rougue Mountain*. Es el lugar perfecto. Ya he alquilado unas cabañas para este próximo fin de semana.

—¿Para *Navidad*?

—¿Qué pasa? ¿Tú no follas en Navidad?

Evangeline puso los ojos en blanco ante semejante pregunta. Había cosas a las que era mejor no responder, sobre todo cuando las hacía el cabra loca de tu mejor amigo y el tío más gay del planeta. Lincoln Osborn era una malísima influencia para ella, pero también la única persona que había tenido huevos para estar a su lado en uno de los episodios más complicados de su vida.

Y es que, a ver, no todos los días la acusaban a una de *asesinato.*

Ella, que no había roto un plato en su vida, se había visto asaltada por la policía, esposada y encerrada en un puñetero calabozo, acusada de haberle clavado un cuchillo en el corazón al hijo de puta de su ex. Vale que el tío no había sido precisamente trigo limpio, algo que había descubierto tras el asesinato, por cierto, pero de ahí a querer matarlo y sobre todo hacerlo, había un largo trecho.

Como por aquel entonces seguía siendo la pareja del fiambre, habían recaído sobre ella todas las sospechas. Interrogatorios interminables, agentes de la ley intentando que confesase algo que no había hecho e incluso un abogado de oficio lo bastante gilipollas como para no saber distinguir su mano derecha de la izquierda, fueron el circo al que se vio sometida durante cinco interminables días. Si no hubiese sido por Lincoln y sus inesperados *«contactos»*, sospechaba que la habrían encerrado sin molestarse ni en comprobar su coartada; una perfectamente demostrable para la hora en la que se presumía había tenido lugar el asesinato.

La culpable, una mujer de dudosa reputación y que ni siquiera era del pueblo, resultó ser una ex despechada que había mantenido ciertos negocios ilícitos con el asesinado. Una preciosa historia de amor, sexo y drogas, por lo que había podido leer en las noticias locales, que la ponían a ella en el lugar de *«La novia. La mujer que llevaba viviendo casi dos años con un tío que tenía tratos con el narcotráfico de la zona y que se tiraba a una puta, la misma que le mató»*.

Un titular estupendo dónde los hubiera y que llenó la portada del periódico de la región, dejándola como una auténtica imbécil.

En poco menos de un mes se vio obligada a renunciar a su trabajo por presiones de su jefe, se encontró con una orden de desahucio pegada a la puerta del piso que llevaba años alquilando; su casero no quería *«presuntos culpables de asesinato»* en sus instalaciones. Y su familia le cerró la puerta en las narices bajo el pretexto de que no querían ser señalados ante el resto del pueblo, que bastante vergüenza les había hecho pasar ya.

Dado que sus padres habían muerto años atrás y eran sus tíos los que se habían hecho cargo de ella siendo adolescente, tampoco le sorprendió tanto su respuesta. Eran el típico matrimonio que iba a misa cada domingo, participaban en cada obra comunitaria y miraban por encima del hombro a cualquiera que no pareciese intachable a sus ojos.

Evangeline estaba acostumbrada a que le diesen la espalda, pero no a que se la diese todo el jodido pueblo en el que había nacido y en el que se había criado. A que la señalasen como una paria y murmurasen a su paso.

Así que dejar el estúpido pueblo y mudarse con Lincoln a otro estado había sido la única manera de librarse de todo aquello y poder empezar de nuevo.

Tenía que admitir que nunca había tenido buen ojo para las relaciones. Su primer novio era gilipollas, el segundo demasiado apegado a Dios y el tercero… Ese había sido el tío que acabó con un cuchillo clavado en el pecho. Podría haber achacado todo aquello a su juventud y falta de experiencia, de no ser porque el gilipollas al que la habían acusado de asesinar lo conoció después de cumplir los veintiséis y había tenido veintiocho cuando lo apuñalaron. Se había pasado casi dos años con un tío que parecía un buen tipo y que terminó siendo el peor de todos ellos con diferencia.

Al menos había aprendido algo de todo aquello. No salir más de seis meses con un mismo tío y pedirle a su amigo que investigase si tenía antecedentes. Nadie volvería a meterla en un problema semejante, no si podía evitarlo.

—Será divertido, Eva. Además, ya les conoces a todos —continuó él sentándose ahora en el borde del sofá de su salón. La había llamado con tanta premura, que prácticamente había venido volando tras salir del trabajo—. Han confirmado siete, cuatro chicos y tres chicas y ya sabes lo que opino de los números impares.

—A ti te dan igual los números impares mientras puedas follártelos —replicó ella con conocimiento de causa—. ¿Una fiesta *swinger*? ¿Tengo que recordarte que no tengo pareja?

—¡Me tienes a mí!

—Por Dios, Linc, tú y yo no follamos. Es… *Gezz.* —Se estremeció y lo miró de la cabeza a los pies. Era un hombre de más de metro ochenta, con una fantástica piel color chocolate y con un cuerpo espectacular, pero la idea de tener algo con él le daba repelús—. Sería como tirarme a mi hermano gay.

—Necesitas un buen meneo, cielo, alguien que te sacuda enterita —se levantó y empezó a

menearse como quién baila samba.

—De verdad, ¿no había un lugar un poquito más cerca en el que celebrar tu *sex-cumpleaños*?

—Cielo, no se cumplen los cuarenta todos los puñeteros días —aseguró y la señaló entera —. Te lo recordaré cuando tú los cumplas.

—Para eso tendrás que esperar todavía dos años.

—Más a mi favor. Así vas tomando notas para cuando celebremos la tuya —le dijo con esa picaresca suya a la que era imposible resistirse—. Venga, Eva. Tú no naciste para monja de clausura. Disfrutas de tu sexualidad, siempre lo has hecho.

No. No siempre. En realidad había descubierto esa parte de ella a raíz de una jodida fiesta y solo porque estaba tan cabreada consigo misma y con todo lo que le había pasado, que cuando Lincoln le propuso ir, decidió lanzar su conciencia por la ventana y arriesgarse aunque solo fuese una noche.

Ni siquiera estaba segura de cómo había terminado con aquellos dos tipos en el cuarto, pero lo había hecho y había disfrutado de cada maravilloso momento de esa aventura. Les había conocido a ambos esa noche. De hecho, uno de ellos la había «rescatado» mientras bailaba encima de la mesa —malditos chupitos— y se había convertido en su «acompañante oficial» durante el resto de la velada. Follar con un completo desconocido había sido excitante, tanto o más que sentir los ojos de otros sobre ella, pero lo que sucedió después en esa habitación llevó las cosas a otro nivel.

Al *«demonio moreno»,* como había empezado a llamarlo en su mente, lo había visto en la fiesta. Habían cruzado miradas en un par de ocasiones, pero él no parecía demasiado interesado en su presencia, o esa fue la sensación que le dio al principio, mientras bailaba de manera desinhibida encima de la mesa. Había algo en él que la llamaba poderosamente, quizá porque tenía ese atractivo típico de los hombres peligrosos, tipos de los que debería escapar como la peste y ante los que, sin embargo, acababa sucumbiendo.

Todo había sido parte de un juego de estúpidas preguntas. Ni siquiera podía recordar la mitad de las que le había hecho Andie, su rescatador, pero en algún momento dado debió decirle que le encantaría hacer un trío con el demonio moreno, porque lo siguiente que supo era que estaban en la misma habitación y ese hombre se daba un festín entre sus piernas.

Habría sido ese tipo de noches que suceden solo una vez, en las que conoces a alguien al que no vuelves a ver nunca más. Y así habría sido si, tan solo unos meses después, no se hubiese dado de bruces con una noticia en el periódico que la dejó helada.

El chico que la había rescatado había muerto en un accidente en las montañas.

Andreas Fellon. Ese era el nombre que venía debajo de la fotografía del hombre con el que había bailado y follado esa noche. Era miembro del grupo de rescate en montaña que operaba en

Carolina del Norte y, según la crónica, habría perdido la vida en el transcurso de una complicada búsqueda para localizar y rescatar a unos montañeros que habían sufrido algún accidente.

Andie. Ese era el nombre que él le había dado aquella noche y al parecer no había sido un seudónimo, sino el diminutivo de su propio nombre de pila. Había sido un tipo amable y divertido, un caballero de brillante armadura y el responsable directo de que conociese a su *«demonio moreno»*.

Eva se había dado cuenta por la manera en que hablaban y cómo se comportaban, que no eran desconocidos, sino amigos. De hecho, en algún momento le dio la sensación de que existía algo más entre ellos, pero tampoco le dio mayor importancia.

Once años. Todo aquello había ocurrido hacía ya once malditos años y aún pensaba en ello.

Suspiró para sí. Lincoln tenía razón. Disfrutaba del sexo y de su sexualidad. No era una mojigata, pero tampoco una ninfómana. Le gustaba jugar de vez en cuando, pero no era una necesidad para ella, tan solo el estilo de vida que prefería llevar en la intimidad. Con todo, la idea de tener que pasar el fin de semana, en un complejo hotelero en las montañas y en pleno diciembre… Prefería conocer la zona en la que se movía, pues eso le daba la oportunidad de largarse y coger un taxi para regresar a casa si así lo deseaba. ¿Pero en medio de los puñeteros Montes Apalaches?

Además, ¿qué clase de lugar estaba abierto a semejantes eventos? Tenía que ser algo completamente novedoso.

—No voy a celebrar mi cumpleaños sin mi mejor amiga en él. —Las palabras de su amigo la devolvieron al presente y al dedo que ahora la apuntaba de forma acusadora—. Así que tú misma. Si quieres verme llorando por las esquinas el resto del año, dime ahora mismo que no y cancelo todo.

Ese hombre era una *Drama Queen* en toda su grandísima esencia.

—Eres una *perra mala*, ¿lo sabías? —Le dio un golpecito en el dedo.

—Tengo un carné que lo pone con letras grandes —asintió con total convicción.

Eva levantó ambas manos a modo de rendición. No le quedaba otra y lo sabía. Lincoln era capaz de cumplir su amenaza y no celebrar su cumpleaños si ella no asistía sin una causa completamente justificada.

—Está bien. Iré —confirmó y al instante el rostro de su amigo cambió—. ¿Quiénes son los invitados a la fiesta? Vamos. Suelta por esa boquita.

—Johnny, Cristian, Paul, Jimmy y Chase por parte de los tíos y Pauline, Emily y Clarise por parte de las *zorras* —enumeró rápidamente a su grupo de amigos. Eran las parejas y compañeros con los que solían interactuar en este tipo de fiestas. Gente de confianza.

—Incluyéndonos a ti y a mí, me sigue saliendo un número *impar*, querido —le dijo

alzando los dedos de la mano.

—Ya sabes que a Chase le gusta tanto la carne como el pescado, a veces incluso es *vegano*.

No pensaba preguntar qué quería decir con lo de vegano.

—¿Y cómo has ido a dar con ese… *Rougue Mountain*?

—Me lo recomendó Johnny. El año pasado estuvo en la despedida de soltero de un amigo y se lo pasaron de miedo. Eran varias parejas *swinger*. Dice que el lugar es idílico y los dueños son discretos. A la novia de su amigo le gustó tanto el lugar que incluso organizó su boda allí —resumió—. Solo aceptan reservas de fin de semana, lo cual es perfecto para celebrar *mi* cumpleaños.

Bien. Si solo era el fin de semana podría arreglárselas, sobre todo porque tenía ya las vacaciones pedidas desde hacía varios meses y mataría a la zorra de su jefa si decidía cancelárselas en el último momento. Aunque eso era muy poco probable, sobre todo porque dicha mujer era una maniática del orden y no le gustaba un pelo que le alterasen la vida.

No podía quejarse del trabajo que realizaba, pues le encantaba. Casi podía decirse que había sido lo mejor que había obtenido al mudarse a Monroe. Y no había sido fácil, nada fácil. Eleanor Turner era un hueso duro de roer. Se había mostrado escéptica con ella desde un principio, había llegado incluso a decirle que no pasaría el mes de prueba, pero acabó demostrándole que se equivocaba.

Prueba de ello era que llevaba ya seis años trabajando para ella y estaba a cargo de los diseños del departamento creativo.

—Mis vacaciones empiezan la semana que viene —le recordó—. Me he cogido dos semanas enteritas y tengo intención de disfrutar cada segundo de ellas, ¿ha quedado claro?

—No me oirás poner una sola pega, amor, ni una sola —afirmó con total convencimiento, y sabía que así sería—. El fin de semana. Es lo único que te pido.

—Lo tienes —concedió—. Siempre lo has tenido, en realidad.

—¿Quién es ahora la *perra mala*? —replicó llevándose una mano al musculoso pecho con gesto afectado antes de que sus labios se curvaran en una amplia sonrisa—. Ah. Te he enseñado bien.

Eva se echó a reír. Desde luego que lo había hecho y no se cansaría de agradecérselo. Sin él, era muy probable que todavía siguiese en ese pueblucho, con todo el mundo cuchicheando a su espalda y sus tíos pagando misas para salvar su alma.

Lincoln no solo había estado presente durante toda aquella debacle, sino que lo estuvo también después, sosteniéndola cuando se hizo evidente que el mundo era una mierda y ella no contaba con la fuerza suficiente para enfrentarse a él sola.

—Bueno, ¿y qué quieres de regalo de cumpleaños, muchachote? —inquirió.

—A ti, por supuesto. Con un diminuto vestidito y bailando encima de la mesa —aseguró

haciendo un gesto de lo más cómico con los hombros al tiempo que ponía morritos—. Es lo único que quiero en todos mis cumpleaños.

—¿Piensas recordármelo toda la vida? —gimió. Él había estado presente, de hecho era uno de los que la jaleaba.

—*Toda. La. Vida.* —puntualizó—. Fue la escena más *hot* que he presenciado en mi vida. No sabría decir quién me ponía más cachondo de los dos. Si tú o ese *bombonazo* de piel canela y pelo claro que te seguía el juego. Espero que siga moviendo las caderas y deleitando a su público allá donde esté.

—Ah, malditos chupitos de menta —chasqueó al recordar a los culpables de aquella inesperada y caliente escena.

—Y lo bien que te sentaron —se burló su amigo.

—Tan bien que no he vuelto a probar uno de esos desde entonces.

—Pues lo solucionaremos en mi cumpleaños —aseguró arrancándola del sofá para hacerla bailar con él en medio del salón—. Quiero verte feliz otra vez. Como lo estuviste esa noche. Y si para ello tengo que encontrar a alguien que baile contigo encima de una jodida mesa, créeme, *Evita*. Lo haré.

Eva puso los ojos en blanco.

—Necesitarías un milagro, Lin, un puñetero milagro navideño.

—Soy un *Santa* negro, chica —le dijo señalándose por entero—. Soy experto en conceder deseos. Tú déjamelo a mí. Será una noche inolvidable. Lo prometo.

Sí, estando su amigo de por medio, no le cabía duda de que sería memorable y posiblemente también una auténtica locura.

CAPÍTULO 3

—Así que hoy es uno de esos días, ¿eh?

Cassidy ignoró el comentario de su compañero y se metió detrás del mostrador de la recepción para dejar caer su penoso culo sobre el taburete.

—¿Cuándo no lo es?

—¿Necesitas un chute?

Sacudió la cabeza. Se negaba a tomar más mierda, por muy natural que fuese lo último que le habían recetado. Se trataba de un dolor crónico, uno que iba y venía a conveniencia y que siempre estaría ahí para recordarle que estaba vivo de milagro.

Estiró la pierna y se frotó la rodilla, intentando aliviar la tirantez de los músculos.

—No quiero nada. Los días de pasarme el tiempo dentro de una nube de marihuana han quedado atrás. —No dudó en declarar en voz alta. Le había costado mucho dejar esa mierda. La había empezado a fumar para paliar el dolor, pero a la larga el dolor siguió viniendo y la hierba dejó de hacer su efecto sobre él para hacerlo sobre otras cosas.

—Te iba a ofrecer un paracetamol, imbécil. —Josh sacó de un cajón la caja de analgésicos y la agitó—. Es lo más fuerte que encontrarás por aquí. Ivy ha hecho limpieza. Otra vez.

Ivy. Ivory Brown. La esposa de Adam y Kynan. Sus amigos y socios en el complejo hotelero que habían adquirido tras el accidente. Este lugar había sido la manera que encontraron de purgar sus demonios y dejar atrás una parte de sus vidas, un refugio en el que poder lamerse las heridas y en el que encontrar solaz tras la tragedia.

La chica había vuelto a la vida de los chicos un año atrás después de llevar desaparecida casi diez años. Ambos habían sido lo bastante inteligentes como para atraparla y no volver a dejarla ir. La hermana pequeña de Andreas. La *niña* del grupo. Muchos la habían visto crecer y convertirse en mujer, una jovencita que acabó poniendo de cabeza el mundo de dos de los hombres más leales que había conocido jamás.

«Te lo juro. Si le ponen un solo dedo encima antes de que cumpla los treinta, los mato».

Andreas había sido muy consciente de los sentimientos de ambos por su hermana y, si bien se alegraba de que fuesen ellos y no cualquier otro gilipollas el que se quedase con la chica, no podía evitar ponerse paternalista y sentir que lo llevaban los demonios al pensar en cualquier hombre rondando a su *niña*.

«Los treinta». Se había carcajeado él tras escucharle. *«Lo tuyo es optimismo y lo demás tonterías»*.

Pensar en su amigo siempre le ponía una sonrisa en los labios, pero también sacaba a la superficie la nostalgia. Le echaba de menos. Daba igual que hiciese diez años que ya no estaba con ellos, siempre sentiría que le faltaba algo.

—Si la dejasen, arrasaría con este lugar y lo dejaría limpio como una patena —chasqueó y señaló con un gesto la entrada principal—. Y Mary le ayudaría, tenlo por seguro.

—¿Se han largado ya? —preguntó.

—Se han ido a primera hora de la mañana —confirmó Josh—. No les veremos el pelo en todo el fin de semana, lo cual para mí es una buena noticia.

Lo era para ambos. Ese trío parecía vivir en una perpetua luna de miel. Habían perdido la cuenta de las veces que habían tenido que dar media vuelta al escuchar algún gemido procedente de una habitación en la que no debía haber nadie.

Debía admitir que le resultaba divertido y también provocaba cierto anhelo en él.

Si bien había estado casado, su matrimonio no duró más que un puñado de años. Su ex mujer era una buena persona, un alma cálida y generosa. Se habían conocido durante su periodo de rehabilitación, pues ella era fisioterapeuta en el centro al que le tocó asistir después del accidente. Salieron durante algún tiempo y al año siguiente decidieron casarse.

No fue una cuestión de cuernos. No hubo infidelidad por parte de ninguno, al menos de la que él tuviese constancia. Simplemente se dieron cuenta que si bien funcionaban bien como amigos, como matrimonio eran un desastre. Aguantaron tres años, lo que ya le parecía bastante, para divorciarse a continuación y seguir cada uno su camino.

Y ella lo había hecho. Un año después de su separación recibió una invitación para su boda y hoy por hoy era el padrino de su primer hijo con un buen tío, alguien que la hacía feliz.

Emery había conseguido lo que él seguía buscando, tener una familia propia con una mujer que despertase en él algo más que ternura.

Una mujer a la que había conocido una vez, en lo que parecía otra vida y cuyos caminos nunca más volvieron a cruzarse.

¿Cómo podía alguien colgarse de una tía con la que había follado una noche y de quién ni siquiera sabía el nombre? ¿Cómo podía recordarla o siquiera pensar en ella después de once años? A veces pensaba que en el accidente no se había dejado todos los jodidos huesos, sino también la cabeza. Solo eso explicaría la subyacente obsesión que permanecía con él.

—Este fin de semana va a ser movidito por aquí. Tenemos una fiesta de cumpleaños de lo más particular —continuó Josh ajeno a sus pensamientos—. Serán unas nueve personas. Han alquilado dos cabañas hasta el domingo.

—¿Una fiesta de cumpleaños? —No pudo evitar enarcar una ceja. El tipo de fiestas que

solían organizarse en *Rougue Mountain* no eran precisamente de piñata y globos, a menos que estos tuviesen forma de pene y lo que saliese de la piñata fueran condones.

—Un cuarenta cumpleaños —declaró señalando las cajas que había en el suelo detrás de él —. Otra de las cosas que te has perdido esta mañana. A la chica del *Fedex* cargando con eso hasta la puerta. Repartidora nueva. Una chica mona y simpática.

—A la que ya le has pedido el número de teléfono y con la que has concertado una cita —resumió, pues conocía de sobra al hombre que tenía al lado.

—La verdad es que eso lo ha hecho Mary.

Cassidy se echó a reír. Esos dos estaban en una relación abierta. Si bien el matrimonio se amaba con locura, ambos parecían necesitar una pizca de excitación extra en la cama.

—Puedo imaginarme la cara de la chica del reparto.

—No. No puedes. Créeme —bufó—. Esa no vuelve por aquí.

—¿Te has parado a pensar que quizá es justamente eso lo que buscaba tu mujer?

Abrió la boca para replicar, pero se quedó en suspenso y con gesto pensativo.

—Sería toda una novedad… —admitió.

—Una a la que no pareces hacerle demasiados ascos.

Josh se encogió de hombros.

—Mary es todo lo que no buscaba en una mujer y la única que ha sabido conquistarme —admitió su amigo—. No hay nada que no hiciese por ella. Supongo que eso significa estar enamorado, ¿no?

—A veces es amor, otras estupidez —replicó encogiéndose de hombros, entonces añadió —. Pero tranquilo, lo tuyo es lo segundo.

—Qué gracioso estás hoy —chasqueó él y señaló con un gesto hacia el interior—. Habrá que echarle un vistazo al salón por si hay que retirar algún mueble o rellenar el bar. Nos han pedido algunas bebidas. Nada extraño. Y ellos mismos se encargarán de la decoración cuando lleguen.

Cassidy miró las cajas y luego a él.

—¿Y cuándo se supone que será eso?

—Esta tarde —señaló los papeles que había sobre la mesa—. Tenemos dos reservas para el fin de semana. Tú te quedas con la del cumpleaños, Mary y yo con la otra.

—¿Dos reservas en un fin de semana y solo estamos nosotros tres?

—¿Prefieres que llame a Adam y Kynan para que vuelvan?

—No. —La rotundidad de su respuesta hizo reír a Josh entre dientes. Joderles a esos dos el fin de semana con su esposa sería lo equivalente a ver sus caras de mal humor durante mucho tiempo—. Me quedo con el cumpleaños.

—*Chachi.*

Cassidy sacudió la cabeza y buscó en los papeles la reserva correspondiente a su tarea. Al parecer iba a tocarle a él hacer de anfitrión para el grupo del cuarenta aniversario.

—Bien. Entonces meteremos a los de la celebración de cumpleaños en el salón principal que da a la terraza y al otro grupo, ya que son menos, en el salón amarillo —empezó a repartir los espacios a usar.

—Les asignaré las tres cabañas de abajo a tus fiesteros y la doble a mi grupo —mencionó Josh inclinándose sobre el teclado del ordenador para organizar las reservas—. Mary ya está comprobando que todas las instalaciones cuentan con todo lo necesario.

Asintió con la cabeza y miró de nuevo las cajas a su espalda.

—Comprobaré el salón y el bar —le informó al tiempo que le daba vuelta a la página para ver la lista de las bebidas que Josh había apuntado—. Chupitos básicamente. Vale. No hay problema. ¿Tenemos menta fresca en la cocina?

—Recurre al mini huerto de macetas que ha cultivado Ivy. Ahí habrá de todo.

Hizo una mueca.

—Si toco esas plantas, me corta los huevos —resopló.

—¿Prefieres coger el coche y bajar al pueblo a comprar ahora?

—Me arriesgaré con *lady problemas.*

Lo último que le apetecía era tener que conducir casi una hora hasta el núcleo urbano más cercano para comprar unas cuantas hierbas aromáticas y otra más para volver.

Dejó el taburete y agradeció que el sordo dolor de su pierna siguiese de ese modo, pues era algo que podría manejar.

—Si te ves sobrepasado, solo dímelo e iré en tu rescate —declaró Josh haciendo un gesto hacia su pierna—. Y tómate un jodido analgésico. No te matará.

Su respuesta fue enseñarle el dedo corazón antes de alejarse de la zona de recepción con una leve cojera.

CAPÍTULO 4

—¿Y bien? ¿Es o no es espectacular?

Si había tenido algún reparo a la hora de venir, máxime después de comprobar que el complejo hotelero se encontraba a prácticamente una hora del primer núcleo urbano de la zona, a Eva se le olvidaron en el mismo instante en que atravesó las puertas del salón y salió a la terraza de madera y contempló aquellas nevadas vistas.

El aire frío le acarició las mejillas, enrojeciéndoselas un poco más, pero no le molestó lo más mínimo. Podría quedarse allí fuera de manera indefinida solo para poder apreciar aquella invernal belleza.

—Es… alucinante. —No tenía otra palabra mejor para describir tanto las vistas como el lugar en sí. El edificio era una enorme cabaña de madera rústica, pero con todas las comodidades que pudiese imaginar. La calefacción te invitaba a deshacerte de las miles de capas de ropa que llevabas para el frío nada más entrar, cosa que había hecho con sumo placer todo el grupo.

Se obligó a darle la espalda a aquella belleza y volver al interior. El salón era enorme o al menos a ella se lo parecía. Habían colocado una serie de sofás y sillones en una esquina, lo que dejaba espacio suficiente para bailar. El hilo musical estaba conectado y sonaba música actual. El volumen podía controlarse desde la consola que le habían enseñado a Lincoln y ella mientras el resto se instalaba en las cabañas. Su amigo había querido cerciorarse de que contaban con todo lo que había solicitado, algo de lo que solo se enteró cuando estaban de camino. La barra de bar instalada en otra esquina de la habitación, próxima a una de las dos puertas que conectaban la habitación con el resto del complejo, estaba repleta con licores y vasos e incluso había un recipiente con menta fresca, la cual parecía perfumar el ambiente.

No pudo evitar hacer una mueca nada más verla, solo para escuchar como su amigo le susurraba al oído un *«te lo dije»*.

—Espero que les hayas dicho a los demás que tendrán que trabajar, porque me niego a tener que decorar toda la habitación yo sola —le advirtió a su amigo dejando claro su punto.

—¿Para qué crees que los invité? —se burló—. Yo mismo me remangaré esta maravillosa chaqueta y colgaré guirnaldas.

Eva lo miró de la cabeza a los pies. Lincoln no era precisamente conocido por su discreción a la hora de vestir y el modelito que llevaba puesto era sin duda una muestra

fehaciente de ello.

—Primero ponte algo que no diga *«soy pariente del muñeco Michelin»* o podría confundirme y colgar tu maravillosa chaqueta como adorno.

—Nena, si supieras lo que ha costado esta cosita, no dirías eso.

—Por eso siempre digo que la ignorancia es una bendición —aseguró posando las manos sobre él y empujándole hacia la puerta por la que habían entrado—. Vamos. Ve en busca de refuerzos. Y lo digo en serio. Deja eso en la cabaña o terminarás asándote como un pollo aquí dentro.

—Tan mandona como siempre —chasqueó antes de inclinarse sobre ella y besarla en la mejilla—, pero es parte de tu encanto.

—Menos mal que tengo algún encanto…

—Lo tienes todo, amor, lo tienes absolutamente todo —afirmó sonriente. Miró a su alrededor y asintió con pura satisfacción—. Ya me estoy haciendo una idea de cómo quedara y… Oh, nena, esto va a ser épico.

Verlo marcharse sacudiéndose como un bailarín de salsa dentro de esa chaqueta acolchada fue demasiado para sus ojos, así que le dio la espalda y miró las cajas que habían apilado junto a uno de los sofás.

—De verdad, Eva, no sé de qué te sorprendes, Lincoln siempre hace las cosas de la misma manera. A lo grande —se dijo al tiempo que sonreía y negaba con la cabeza—. Vamos a ver qué podemos hacer aquí.

Le llevó algo más de un par de horas, con ayuda de las chicas y alguno de los chicos, colocar los cientos de guirnaldas, globos y chuminadas que su mejor amigo había encargado para su cumpleaños. Un par de enormes números formando el 40 colgaban ahora bajo la pancarta que proclamaba a voz en grito un *feliz cumpleaños.*

El dorado y el verde oliva se mezclaban con un extraño tono morado, los colores favoritos del cumpleañero en aquella decoración digna de un cotillón de fin de año. Bastante discreto y elegante para lo que solía ser Lin la mayor parte del tiempo.

—Ni tan mal, ¿no? —mencionó Emily, quien miraba el conjunto con las manos apoyadas en la cadera. Era menuda, de complexión delgada y una melena rojiza llena de tirabuzones que hacía imposible no fijarse en ella. Tenía unos ojos verdes grandes y una mirada intensa que solía ser causa de algunos ataques al corazón. O eso le gustaba decir—. Podríamos dedicarnos perfectamente a esto.

Enarcó una ceja ante el comentario, pero en cuanto le dirigió una mirada pícara entendió a qué se refería.

—*Ja-ja.* Qué graciosa.

—Admite que es mucho más divertido decorar para la fiesta de cumple de tu mejor amigo

que para el evento de cualquier otro idiota —le dijo volviéndose hacia ella.

—En eso no te llevaré la contraria —asintió conforme con su punto de vista—. Pero cuando decoro para un idiota, al menos me pagan.

La chica se echó a reír y la señaló con el dedo.

—En eso tienes razón —admitió entre carcajadas—. Voy a buscar a Chase para que nos eche una mano hinchando los globos que faltan. Él tiene mejores pulmones que yo.

Eva la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta, entonces volvió a echar un vistazo al cuadro principal. Dio un par de pasos atrás para ganar perspectiva y ladeó la cabeza mientras calculaba a ojo la posición de la pancarta y los dos racimos de globos que tanto les había costado hinchar.

—Está un poco más bajo el de la derecha.

Maldita perfección la suya, que era capaz de detectar aquellas cosas de un solo vistazo. Otra persona posiblemente no se hubiese dado ni cuenta con semejante batiburrillo de cosas, pero ella, una vez que lo había detectado, era incapaz de dejar de clavar los ojos en ese lugar.

Dejó escapar un resoplido y, arrancando una de las escaleras que había en un lateral, la llevó consigo hasta el lugar en el que la necesitaba.

—Solo es un racimo de globos, no es una tragedia griega —se decía a medida que subía peldaño tras peldaño—. ¿A quién pretendo engañar? Soy incapaz de dejarlo así.

Si le diesen un dólar por cada vez que se subía a una escalera y empezaba a hacer equilibrios hasta dejar cualquier detalle insignificante a su gusto, ahora mismo tendría para comprarse una señora casa.

—Un poquito más… —murmuró para sí, moviendo la cinta y asegurándola dónde debería haber estado en primer lugar—. Eso, justo ah…

La escalera se balanceó a causa de su propia inclinación y su primer reflejo fue volver a la posición inicial para intentar recuperar el equilibro.

—Ay, Dios, que me mato.

—Y de todos los lugares en los que podías aparecer, aquí estás. —El comentario le produjo un inesperado escalofrío—. ¿Ahora te dedicas a hacer malabares sobre una escalera?

Eva se giró a tal velocidad, que de no ser por el hombre que ahora sostenía dicha escalera, ahora estaría espatarrada en el suelo y con esta encima de ella. En vez de eso, se quedó allí, abrazada a la parte superior de esta como un koala, mirando sin poder creer lo que veían sus ojos.

Ese pelo negro azabache, ahora salpicado de alguna cana y mucho más corto de lo que recordaba. Los ojos azules en una mirada intensa y con cierto matiz de sorpresa, sin duda la misma que corría ahora mismo por sus venas. Y ese rostro, la forma de su mentón, que le daba cierta dureza y una sombra de barba acariciándole el bigote y los pómulos, como si se hubiese olvidado afeitarse. No había lugar a dudas, era él y estaba allí, al alcance de su mano.

—¿Eres de verdad?

Los labios masculinos empezaron a curvarse en una lenta y peligrosa sonrisa que prometía no hacer prisioneros. Había algo siniestro y también muy sensual en ella. Una combinación que la estremeció, pero no de miedo, precisamente.

—Me gustaría pensar que sí —respondió con ese tono de voz duro y sensual que traía consigo unos momentos menos inocentes que este—. Sería difícil sostener una escalera si no lo fuese, ¿no te parece?

Asintió. No podía sacarle los ojos de encima ni dejar de recorrerlo de la cabeza a los pies. Vaqueros, camisa a cuadros abierta sobre una camiseta negra lisa, las mangas recogidas a la altura del codo, la piel de sus brazos color canela salpicada de oscuro vello, botas de montaña. Parecía lo bastante real como para estar allí de pie, sosteniendo la escalera tal y como había proclamado hacer.

—¿Qué te parece si sueltas a tu nueva amiga íntima y bajas al suelo?

Era una sugerencia estupenda, una que le encantaría seguir… En cuanto sus miembros cooperasen.

—Sí… Yo. Ahora voy.

La sonrisa masculina se hizo aún más amplia y habría jurado que camufló una risa bajo una repentina tos.

—¿Te ayudo?

Eva sacudió la cabeza y se las ingenió para darse la vuelta e iniciar un digno descenso de espaldas a él que la llevó prácticamente al hueco de sus brazos. No había mucho que pudiese hacer atrapada entre él y la escalera, pero tampoco es que importase demasiado a juzgar por la manera en la que ambos se quedaron mirándose el uno al otro.

—Así que… aquí estás —mencionó él casi en su oído.

Se la ingenió para girarse, aun si eso significaba rozarse contra él, para poder mirarle al fin a la cara.

—Podría… decir lo mismo —consiguió articular, algo nada fácil, pues de repente parecía faltar el aire en la habitación—. ¿Cómo…?

—No lo sé… —replicó recorriéndola a su vez con la mirada—, pero tampoco me importa. Es suficiente con que estés aquí.

Notó sus dedos pellizcándole la barbilla y lo siguiente fueron sus labios duros a la par que suaves sobre los suyos en un beso que no dejaba lugar a la timidez. Enredó su lengua en la de él casi sin pensarlo, suspirando ante un sabor que llevaba grabado a fuego en su mente y que por fin volvía a probar.

—Joder, Eva. ¿No podías esperar al menos a que apagase las velas?

La voz de Lincoln fue como recibir una sacudida eléctrica. En un momento le estaba

comiendo la boca a ese hombre o dejando que él se la comiera y al siguiente le empujó a fin de sacárselo de encima, cosa que lo hizo reír.

—Yo también me alegro de verte, cariño.

—¿Qué coño? —Su amigo entró en la sala dispuesto como siempre a defenderla de cualquier capullo—. ¿Quién te ha dado permiso para tocar a…? Oh, joder. —Se detuvo en seco y miró al hombre que tenía delante de la cabeza a los pies antes de empezar a abanicarse como una loca—. Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, tío. ¡Te conozco! —Se volvió hacia ella y volvió a gritar histérico—. ¡Le conozco!

—Tierra, trágame, por favor —musitó ella deseando con todas sus fuerzas que el suelo se abriese a sus pies.

—Eso no funcionará, nena —aseguró su amigo antes de girarse por completo al demonio moreno y señalarlo con un teatral gesto de las manos—. Dios. ¡Estás aquí!

El aludido enarcó una ceja ante su comentario, pero no por ello dejó de contemplarle.

—Te recuerdo —mencionó a su vez—. De aquella fiesta.

—¡Sí! —asintió completamente emocionado antes de soltar—. Pedazo cumpleaños estoy teniendo.

—Así que tú eres el del cumpleaños… —mencionó y acto seguido le tendió la mano—. Felicidades. Y bienvenidos a *Rougue Mountain*. Venía a ver si necesitabais algo…

—Tú eres justo lo que necesito, bombón —declaró su amigo y no dudó en señalarla a ella al decir eso—. Justo en esta dirección.

—Lincoln, si aprecias en algo tu pellejo, cierra la puta boca…

—No me lo agradezcas, nena, lo hago por ti.

Eva miró bajo sus pies, pero el suelo seguía sin abrirse, así que empezó a empujar.

—Venga, porfa, ábrete…

—Eva, cariño. Vista el frente. Te estás perdiendo las mejores vistas del salón.

—Así que… *Eva.*

—Evangeline Peters, para ser exactos, pero detesta que la llamen por su nombre completo —le informó su amigo, quién parecía dispuesto a hundirla en la miseria allí mismo—. Y tú eres…

—Cass. Cassidy Owens, soy uno de los dueños del complejo. —Señaló con un gesto a su alrededor, aunque su mirada había caído nuevamente sobre ella—. Seré vuestro anfitrión durante el fin de semana. Si necesitáis alguna cosa, podéis encontrarme en la recepción.

—Muchísimas gracias, *guapo*. —Lincoln estaba en su salsa—. Este lugar es increíble. Las cabañas son una maravilla. Y qué vistas. A Eva le han encantado, ¿no es así cariño?

Le fulminó con la mirada y empezó a barajar la idea de asesinar en serio a alguien. Al menos, si esta vez la acusaban, al menos habría cometido el crimen.

—Ay, Dios. Mejor me voy —declaró al darse por aludido, pero no antes de volverse a Cassidy—. Ha sido un enorme placer volver a verte, Cass. Y por favor, no dudes en pasarte después por mi fiesta. Me encantaría contar con tu presencia. Y a Eva, aunque ahora está de morros, también.

La *perra mala* de su mejor amigo se alejó contoneando las caderas de tal manera que le dieron ganas de patearle el culo.

—Interesante, tu amigo. —Levantó la cabeza como un resorte dispuesta a decirle cuatro cosas y defender a Lincoln hasta la muerte, pero se encontró con que Cassidy seguía mirando el lugar por el que había salido el hombre de color chocolate con expresión curiosa—. Parece un gran tipo.

—Lo es —admitió dejando a un lado las palabras insultantes que había preparado para defender a Lincoln hasta la muerte si hacía falta—. El mejor que puedes encontrarte en la vida.

Los ojos azules se volvieron entonces sobre ella y volvió a recorrerla como lo había hecho antes, sin pudor alguno.

—Así que el nombre de aquella *«traviesa»* es *Eva* —mencionó deteniendo el escrutinio ahora en sus ojos.

—Y el tuyo… Cassidy —le sostuvo la mirada. Entonces, la imagen de Andreas le vino a la mente y murmuró—: Me enteré de lo que le pasó a Andie. Lo siento mucho.

La sorpresa bailó durante unos instantes en los ojos azules, pero acabó asintiendo, aunque su respuesta fue algo seca.

—Gracias.

De repente el ambiente se volvió incómodo, como si el haber pronunciado el nombre de alguien que ya no estaba hubiese cortado de raíz la tensión sexual que se había producido hacía tan solo unos instantes entre ellos.

—Yo, será mejor que… me prepare para la fiesta.

No esperó, echó a andar, pero el hombre estiró el brazo y sus dedos se cerraron en torno a su mano.

—Ha sido una sorpresa, una de lo más agradable, encontrarte de nuevo, Eva —mencionó al tiempo que le rozaba la mano con un calloso pulgar—. Que disfrutes de la fiesta.

Ladeó la cabeza para encontrarse con esa mirada azul sobre ella y le devolvió la caricia sin pensarlo.

—Lo mismo digo, Cass —mencionó y liberó su mano solo para concluir—. Espero que te animes a asistir…

Con esa última invitación, continuó su camino, no sin preguntarse una y mil veces si habría hecho bien al decir aquello.

CAPÍTULO 5

¿Qué posibilidad había de que la mujer a la que no había podido quitarse de la cabeza en casi once años apareciese ahora en *Rougue Mountain*?

Cuando la había visto allí subida, pensó que estaba teniendo visiones. No podía ser ella, era imposible, y sin embargo, a pesar de llevar mucha más ropa que la última vez que la había visto y quizá el pelo rubio algo más corto, había algo que la hacía reconocible a sus ojos.

No sabía el tiempo que había pasado mirándola, ni en qué momento se había acercado a la escalera para poder contemplarla mejor, pero desde luego, fue providencial que lo hiciera. Sabía que aquellos equilibrismos no iban a terminar bien. Ella parecía totalmente inconsciente de su precaria posición mientras intentaba colgar aquel racimo de globos.

Había entrado con intención de decirles a los huéspedes que sería quién se encargaría de su estancia en el complejo y dónde podrían encontrarle en caso de que necesitaran algo. No esperó que ese cotidiano gesto lo llevase directo a ella.

Eva. Evangeline. Un nombre interesante para una mujer como ella.

Vio el momento exacto en el que lo reconoció, así como la misma sorpresa que había bailado en esos bonitos ojos verdes. Su rostro seguía siendo el mismo que recordaba, quizá un poco más rellenito, pero incluso eso le sentaba bien. Su curvilínea figura destacaba bajo la roja de invierno que lucía, un jersey de pico y unos leggins que le hacían un culo de primera.

No había nada en ella que no le gustase, inclusive ese inesperado azoramiento que la había asaltado en el momento posterior a su beso. Y qué beso. No se arrepentía lo más mínimo de haber sucumbido a la necesidad de probar de nuevo esos labios y refrescar en su mente el sabor de su boca. Y ella también lo había disfrutado tanto como él.

La chica que había visto tras la llegada de su compañero era alguien vergonzosa, pero también capaz de sacar las uñas para defender al estrafalario tipo que no había dudado en ir a por

él al suponer que podría estar molestando a su amiga. Tenía que respetarle por eso. Era obvio que se preocupaba por Eva y, ya solo por eso, le caía bien.

Sí, le había reconocido también. Había estado presente en la fiesta en la que Andie y él conocieron a la *«señorita traviesa»* y, a juzgar por sus propias palabras, no era el único que había dejado huella.

Escuchar a la chica pronunciar el nombre de su amigo, diciéndole además que sabía lo que le había ocurrido y dándole el pésame fue algo inesperado. Sabía que había sido brusco en su respuesta, pero no había sabido como actuar ante tan inesperadas palabras.

Había sido él quién lo había buscado esa noche, quién se dio cuenta, al igual que él, de que la chica no le había quitado el ojo de encima en toda la velada. Y también de que Eva, al fin conocía su nombre, no estaba realmente habituada a aquel tipo de reuniones.

Sí, era curiosa, una hembra fogosa, pero no actuaba como lo haría una mujer acostumbrada a moverse en ese tipo de eventos. Era como un cervatillo que estaba descubriendo el mundo por primera vez, descubriéndose a sí misma y ambos habían estado más que dispuestos a acompañarla durante dicho descubrimiento.

Y curiosamente, hoy, mientras rogaba que el suelo se abriese bajo sus pies y miraba a los lados, como si quisiera buscar una ruta de huida, había vuelvo a ver de nuevo a aquella chica.

Se lo había dicho a Josh y él casi se había caído al suelo de la impresión. Su amigo sabía de su obsesión por aquella mujer, que nunca pudo quitársela de la cabeza, pero al igual que él, no podía dejar de flipar ante el hecho de habérsela encontrado allí mismo. En su propio territorio.

«Ocúpate de la fiesta hasta que decidan seguirla en otro lado y Mary y yo nos haremos cargo a partir de ahí si deseas… retomar contacto con esa Eva tuya». Le había dicho su amigo con total sinceridad. *«La has estado esperando durante mucho tiempo, Cass. Quizá no has sido consciente de ello, pero es lo que has hecho. Y ahora está aquí. Si fuese tú, intentaría averiguar el motivo de dicha espera»*.

El *motivo.* ¿Había realmente un motivo o se trataba tan solo de una profunda obsesión carente de sentido? Fuese lo que fuese, dicha obsesión le había devuelto el beso tan solo unas horas antes y lo había emplazado a verla de nuevo en la particular fiesta de cumpleaños de su amigo.

El sonido de la música lo asaltó nada más abrió la puerta del salón principal. Alguna canción que había estado de moda en los setenta hacía bailar a los hombres y mujeres reunidos en la improvisada pista de baile. Aunque no era el único lugar elegido para tal bailoteo. La mesa de las bebidas había sido vaciada para que aquella particular bailarina amenizase la velada con sus contoneos.

—*¡Chupito!* —gritó alguien desde abajo y todo el mundo pareció encontrar en algún lugar un nuevo vasito lleno de líquido con el que brindar—. *¡Que vivan los cuarenta!*

—*¡Que vivan los cuarenta!*

Alguien le pasó uno de los mentados chupitos a la bailarina, quién se inclinó de tal manera que le dio una involuntaria y fantástica visión de su bonito culo desnudo bajo el vestido y del pedacito de tela verde menta que cubría su sexo.

—¡Por los puñeteros chupitos de menta! —brindó ella incorporándose y bebiéndoselo de un trago.

Señor. Debía de ser ilegal que una mujer tuviese un aspecto tan sensual con un maldito vaso de cristal entre los dedos. No sabía que le había hecho al pelo, pero lo encontraba realmente encantador con todas esas ondas cayéndole sobre los hombros. Y el vestido, a pesar de envolverla como un precioso regalo desde el cuello hasta los muslos, era lo bastante provocativo como para no dejar nada a la imaginación.

La *«traviesa»* había vuelto en todo su esplendor y no podía quitarle los ojos de encima, lo cual era un verdadero problema, porque no estaba allí para arrancarla de la mesa y llevársela. No todavía al menos.

Se obligó a respirar hondo y comprobó rápidamente toda la sala. Por suerte, la pierna había decidido darle un respiro y, después de chutarse un par de analgésico, podía moverse casi con total normalidad. Localizó las botellas ya vacías que habrían estado en algún momento llenas sobre la mesa y que ahora permanecían sobre la barra del bar. Al menos habían tenido el buen juicio de quitarlas de delante y evitar así algún accidente tonto.

La temperatura en el lugar parecía ir *in crescendo* y no le sorprendería lo más mínimo que empezasen a enrollarse entre ellos de un momento a otro. Mientras la cosa no fuese a más, no le importaba demasiado estar presente y atender el bar. Pues tenía ya más que claro que el grupo iba a seguir con los chupitos un ratito más.

Recogió las botellas y empezó a guardar las vacías en la caja de la que ahora sacaba las que todavía estaban llenas. Dejó a su alcance algunas bebidas y vasos limpios, sacó una nueva cubeta con hielo de la neverita que había bajo la barra y se entretuvo durante los próximos minutos preparando nuevos chupitos.

—Vaya, a ti no te conozco.

Cass levantó la mirada para encontrarse con una coqueta pelirroja de pelo rizado. Era atractiva, sin duda y, a juzgar por el brillo en sus ojos y los coloretes en sus mejillas, ya iba bien entonada.

—Yo a ti tampoco —respondió con su habitual picaresca—. Soy Cass, tu camarero durante el resto de la velada.

—Estupendo. Me ponen los camareros.

—Pues te pondrá muchísimo Chase cuando le coloquemos un delantal en torno a la cintura, cielo. Venga. Ve. —Lincoln apareció con un atuendo que difícilmente podría olvidar en

toda su vida. Ese hombre parecía no tener el más mínimo problema en ponerse cualquier cosa y pasearse por entre la gente como si llevase un traje de alta costura—. Hola, bombón. Gracias por dejarte caer por mi fiesta.

Levantó la botella que tenía entre las manos a modo de respuesta y le sirvió un chupito.

—Feliz cumpleaños, encanto.

El hombre abrió los ojos con genuina apreciación, se lamió los labios y cogió el vasito.

—A tu salud —declaró y se bebió el líquido de un solo trago—. ¿Ya has visto a nuestra chica favorita?

—Es difícil no verla, tío —admitió con un gesto—. Está para comérsela.

Una declaración de intenciones en toda regla. No pensaba ocultar su interés por ella.

—Lo está. La verdad es que lo está —asintió el tipo mirando en la misma dirección. Su voz se suavizó y parecía mirar a la chica con verdadero cariño—. Y no ha dejado de pensar en ti en todo este tiempo. ¿Loco, no? Nunca sabes dónde o en qué lugar vas a encontrar al hombre de tu vida, aun si luego este desaparece durante once años.

Dejó escapar un bufido de risa. Él tampoco se andaba por las ramas.

—¿Eso soy para ella?

—Eres uno de los tíos que se la folló y le voló la cabeza —declaró volviéndose hacia él—. Y eso le ha sentado muy bien. Fue lo mejor que le ha sentado en años, de hecho. Así que no dudes en repetirlo.

—¿Siempre la entregas en bandeja de esta manera?

—Todavía tengo huevos, ¿no? —señaló a su entrepierna—. ¡Sí, los tengo! —Sonrió e hizo un gesto con la mano desechando su previo comentario—. A Eva nadie puede ponerla en una bandeja, cielo, no a menos que ella desee tumbarse desnudita sobre ella. Pero… es mi mejor amiga, la conozco bien y sé cuándo alguien le pone mucho-mucho. Y tú eres ese alguien. Y, no sé. Pero, tengo la sensación, dado que no le sacas los ojos de encima, que a ti ella también te gusta de la misma manera.

—Es una mujer difícil de olvidar.

—Tiene que serlo cuando te has puesto *perraco* nada más verla después de… once años —mencionó relamiéndose como un gato—. Si me prometes que te portarás bien con ella, que la follarás a conciencia y me la devolverás sana y salva mañana, te doy permiso para arrancarla de esa mesa. Si se toma un chupito de menta más, empezará a cantar *La Traviata*. Y me sentiré muy, pero que muy culpable, porque he sido yo el que se los ha dado.

Cass enarcó una ceja y el tipo se inclinó un poco sobre la barra para hablar en tono confidencial.

—Es como la *Kriptonita* para *Superman* —le dijo y añadió en un canturreo—. Solo que a ella la deja contenta y con ganas de… Si tengo que terminar la frase, no te hablo más.

—Al final va a ser verdad eso que dicen de que *«Dios los cría y ellos se juntan»,* ¿no?

Ahora fue Lincoln quién se echó a reír, dejando salir una sonora carcajada.

—No sé si lo dices por ti o por mí, cariño, pero a *«quién le siente el sayo…»* —le guiñó el ojo y volvió con su grupo, quién lo recibió con los brazos abiertos, con picos y besos no tan superficiales.

Deslizó la mirada más allá de ellos y volvió a depositar su atención en la chica que ahora bailaba también con la pelirroja que se había acercado a él. Ambas reían y se rozaban, subiendo la temperatura de los que estaban a los pies de la mesa, jaleándolas y robándoles alguna que otra fugaz caricia. Pronto se hizo evidente que se conocían bien, pues las manos de una empezaron a perderse sobre el cuerpo de la otra y sus labios se encontraron en fugaces besos que dieron paso a un contacto de bocas mucho más carnal.

La escena era tan erótica como hermosa. Tenía esa cualidad dual que le gustaba mirar, sin importar si eran hombres o mujeres las que la representaban. Pero en esta ocasión, su disfrute estaba también en el hecho de que fuese esa deliciosa y curvilínea rubia la que le estuviese comiendo la boca a la pelirroja, en imaginarse esos rosados labios tragándose su polla como ya lo había hecho una vez.

Su sexo palpitó confinado en sus pantalones. Un ramalazo de placer lo sacudió y se encontró teniendo que tragar la saliva que se le había acumulado en la boca.

La deseaba. La quería para él.

Andie lo había visto aquella noche. Se lo había dicho claramente.

«La deseas más de lo que estás dispuesto a admitir, hermano».

Andreas. Su hermano. Su amigo. Ambos habían compartido más de lo que ninguno de los otros miembros del grupo de montaña sabría. Era algo que solo les competía a ambos y así habían decidido que fuese hasta el final. Y ese final llegó en la montaña a la que los dos amaban, haciendo aquello para lo que habían estado dando sus vidas; salvar a la gente.

Andie se había ido y él ni siquiera había podido despedirle en condiciones, postrado como estaba en una cama de hospital. Adam se había presentado después del funeral y se había quedado con él. Fue el único que lo vio llorar, el único al que permitió cogerle la mano y acompañarlo en el duro duelo. La culpabilidad casi lo había derrotado en esos días. Los *«y si»* eran continuos en su mente, haciéndole dudar de todo y responsabilizarse de algo que ninguno de los que habían estado allí ese día habrían podido evitar. La montaña era así. Imprevisible. Habían perdido dos vidas en esa expedición de rescate, pero también habían salvado otras dos.

Había sido duro volver a la montaña, tanto que se había visto obligado a dejar su puesto de trabajo como miembro del grupo de salvamento. Siempre había sentido respeto, nunca miedo, pero esa noche… Esa noche supo realmente lo que era tener miedo a morir.

Si hoy estaba aquí y no en algún otro rincón con playa, era solo porque se lo debía a

Andreas. Le debía a su hermano el mantener vivo su recuerdo y honrar su memoria. *Rougue Mountain* había aparecido en su camino en el momento perfecto, cuando necesitaba más que nunca un cambio en su vida. Fue un impulso comprar el lugar, pero nada más estar aquí supo que tenía que hacerlo y cuál era el propósito que debía darle a este lugar.

Una nueva carcajada lo sacó de sus recuerdos, haciendo que se fijase de nuevo en la rubita que estaba ahora de rodillas sobre la mesa y apartaba las manos de un par de compañeros a manotazos.

—Si quieres que te corte las manos, no tienes más que decirlo, capullo. —Su voz sonó alta y clara a pesar de la música y el tipo debió darse por aludido, pues dio un paso atrás y alzó ambas manos.

—Joder, Eva, solo era una broma.

—Ya sabes que a Eva no le gustan ese tipo de bromas, Chase —resopló la pelirroja, quién ahora miraba también con gesto fulminante al tipo—. Si es que no puedes ser más imbécil. En serio. Venga, cariño, sigamos bailando.

La rubita miró a la pelirroja y asintió, aceptó sus manos y se incorporó, pero ya no parecía tan alegre como antes. A pesar de que retomó el baile con su amiga, echaba fugaces vistazos en dirección al tipo, como si no se fiase de él.

Y entonces allí estaba Lincoln, dándole una soberana colleja al gilipollas y metiendo la cabeza bajo su brazo como si se lo estuviese pasando de maravilla y no quisiese arrancarle las vísceras al idiota.

Sí, sin duda ese hombre le caía la mar de bien.

—*¡Niñosssssss!* ¿Y si seguimos la fiesta en las cabañas? —canturreó llevándose todavía al tal Chase bajo el brazo—. Empiezo a tener mucha *calooooooor* y me sobra *tooooodoooo.*

Las risas y los silbidos respondieron al canturreo exagerado del hombre, solo para luego empezar a corear su nombre mientras él daba saltitos encantado consigo mismo.

—Venga, subíos al tren de este morenazo —declaró dándose una palmada en el culo. Y, para su completo estupor, cada uno de los presentes empezó a seguirle formando un «trenecito» y moviéndose al ritmo de una imaginaria conga que los iba conduciendo hacia la puerta de la sala, no sin antes pasar por delante de él—. Te la encargo, *bombonazo*. ¡Follad bien!

Casi era cómico verlo, casi.

Se volvió y se encontró con la mirada de Eva sobre él. Seguía sobre la mesa y, en cuanto vio que tenía su atención, le dedicó una sonrisa pícara y sexy que acompañó con un gesto del índice llamándolo a ella.

Cassidy se sintió tentado por una sirena. Dejó el bar y atravesó la sala para detenerse frente a la mesa.

—¿Te gustan los chupitos de menta? —le preguntó ella arrodillándose ahora sobre la

tarima.

—Sí, lo cierto es que sí —admitió recorriéndola con la mirada—. ¿Tienes uno para mí?

La sonrisa que curvó sus labios era una mezcla de picaresca y vergüenza.

—Tengo algo, sí —se inclinó hacia delante y se lamió los labios—. Pero tendrás que tomarlo de mi boca.

—Son las bebidas que mejor me saben —aseguró saliendo a su encuentro—. Y sé que me sabrán aún mejor si esta viene directa de tus labios.

La besó. Su boca era fresca y dulce a la vez. Tenía ese regusto al licor y a la menta, pero también a ella. La degustó a conciencia, disfrutando de cada embate de la lengua femenina en su propia boca, del duelo que iniciaron y que acabó en un delicioso gemido. No quería dejarla, no quería separarse de esos labios, pero no le quedaba otro remedio si quería decirle lo que tenía en mente.

—Delicioso —musitó.

—¿Tanto como para seguir en algún otro lado? —La sugerencia lo llevó a mirar esos ojos verdes empañados por el deseo.

—Tanto como para secuestrarte ahora mismo y no dejarte ir hasta… que me paguen un rescate conveniente por ti.

Ella sonrió y fue pura dulzura.

—Me gusta eso del rescate.

—Y a mí la idea de secuestrarte —aseguró. Deslizó los brazos bajo sus piernas y la arrancó de la mesa sin esfuerzo.

—No. Cass. Peso mucho. Bájame.

El rubor encendió sus mejillas y parecía creer en serio lo que había salido de su boca.

—Te bajaré… cuando encuentre una cama en la que dejarte, la misma a la que pienso mantenerte atada toda la noche.

Los ojos verdes se abrieron de par en par, pero no vio temor alguno en ellos, solo excitación y anticipación.

—Tenemos mucho tiempo que recuperar, cariño, mucho tiempo.

CAPÍTULO 6

Era una locura, pero… ¡Bendita locura!

No había nada que quisiera más que esto, que estar con él y la intensidad de ese deseo la asustaba tanto como la encendía. Sabía que estaba jugando con fuego y que era muy probable que terminase quemándose, pero en aquellos momentos todo lo que quería era ponerte las manos encima a ese hombre y saber que no se trataba de un sueño, que estaba allí de verdad.

Eva miró al hombre que permanecía de pie ante ella. Su camisa se había ido, la camiseta acababa de volar por encima de su cabeza y el cinturón en torno a sus pantalones se deslizaba ahora con premeditada lentitud fuera de sus trabillas.

Se le secó la boca. No había hecho nada más que traerla a esta habitación, algún lugar en el otro ala de la cabaña principal, en la que todo olía a él, y dejarla ahí, sobre sus pies. Había empezado a desvestirse y con cada prenda que caía al suelo se encontraba cada vez más y más mojada.

No debía haber bebido los malditos chupitos de menta. Al menos debería haber parado tras el segundo, pero necesitaba valor para afrontar sus propios deseos; deseaba con locura a ese hombre que ahora la miraba como una bestia al acecho.

—¿Quieres que pare?

La pregunta fue tan inesperada que la sacó de sus pensamientos. Se encontró mirando su entrepierna y tuvo que levantar la cabeza para encontrarse con sus ojos y ver esa particular sonrisa, curvándole los labios.

—No —sacudió la cabeza haciendo volar los rizos que con tanto mimo le había hecho Emily—. Quiero todo lo contrario.

Y para dejar claro su punto dio un paso adelante y llevó sus propias manos al botón y a la cremallera de los vaqueros.

—Contigo lo quiero todo, Cass —afirmó y poner pronunciar su nombre, poder darle una identidad, se sentía realmente bien—. Absolutamente todo.

Resbaló la mano dentro de los pantalones, debajo del elástico de la ropa interior, y dejó que sus dedos rodeasen la caliente carne. El hombre estaba completamente erecto y duro y el solo recuerdo, de cómo sabía le aceleró el corazón y le humedeció la boca.

—Y sobre todo, quiero esto… —Se dejó caer de rodillas ante él y tiró del pantalón y del slip hacia abajo, arrastrando las prendas hasta sus tobillos. Se fijó un instante en las líneas formadas por cicatrices que tenía en una de las rodillas y que prácticamente le recorría el lateral de la pierna, pero cualquier pregunta que le pasase por la mente con respecto a ellas quedó anulada en cuanto sus ojos subieron a la engrosada masculinidad ante ella. Era una silenciosa invitación que estaba más que deseosa de aceptar—. Dios… sí.

Lo escuchó reír, sus caderas se sacudieron y un segundo después notó sus dedos enredándose en su pelo.

—*Bon apetite*, tesoro.

Levantó la cabeza y le guiñó el ojo en pícara respuesta, entonces abrió la boca y lamió una vez la palpitante cabeza de su polla. Su sabor salobre la hizo cerrar los ojos de puro deleite. No pensaba decirlo en voz alta y menos a él, todavía no al menos, pero le encantaba su polla. O quizá fuese su sabor. Fuese como fuese, se sentía hambrienta de él y procedió a darse un festín.

Rodeó el miembro con sus dedos y lo acarició, disfrutando del calor y la dureza que había bajo su mano. Resbaló la lengua sobre su longitud y lo lamió como si fuese un delicioso helado, de la base a la punta para finalmente introducirlo en su boca y succionarlo.

Sintió su estremecimiento, así como notó el tirón involuntario en su pelo cuando cerró el puño en torno a él. Sonrió alrededor de su polla y bajó sobre esta, tragándosela centímetro a centímetro para luego recular casi hasta abandonarla por completo.

Si bien no se había molestado en mirar hacia arriba, podía sentir su mirada clavada en ella, esa intensidad que la excitaba y la ponía más y más caliente. Se amamantó de él como si estuviese famélica, lo torturó con la lengua y dejó que sus dedos resbalasen ahora entre los testículos, sopesándolos y ciñéndolos hasta el punto de notar como se tensaba.

Eva se rio y se retiró hasta que solo la cabeza del miembro masculino estuvo en su boca. La apretó con los labios, castigándole con lentas pasadas de su lengua mientras lo oía jadear como si fuese a contener el aliento.

—Por dios, cariño, cuando quieres ser traviesa, lo eres a conciencia… —le escuchó sisear —. Deja de jugar y chúpame.

Estuvo más que encantada de seguir sus directrices e hizo lo que le había pedido. Lo succionó en su boca, llevándolo tan adentro como le resultaba cómodo, un poquito más allá incluso. Se dedicó a follarlo con la boca, a jugar con sus testículos y arrancar de su garganta roncos gruñidos que evidenciaban que estaba disfrutando de sus atenciones.

Ella misma se estaba poniendo más y más cachonda. Estaba completamente mojada. Podía notar como los jugos empapaban la breve tela de su tanga, el continuo palpitar en su sexo pidiendo satisfacción. No recordaba haberse puesto nunca tan caliente con el solo hecho de chuparle el pene a un tío, pero con Cass… Él encarnaba todas sus fantasías. Lo había hecho desde que lo conoció tantos años atrás y de alguna manera, el poder tenerle de nuevo, estaba haciendo que se encontrase ella misma a un tris de correrse de puro placer.

—Cristo, Eva… Necesito correrme en esa boquita tuya —gruñó él y había tal necesidad en su voz que la hizo sentirse poderosa.

Se retiró hasta abandonarlo casi por completo una vez más y, cuando solo tenía la punta entre sus labios, levantó el rostro hasta encontrarse con esos ojos azules y masculló en torno a su carne.

—Hazlo —ronroneó y volvió a succionarlo, chupándolo con fuerza al tiempo que

pellizcaba con suavidad el saco escrotal.

—Joder… —Dio un respingo y empujó sus caderas, de modo que se hundió por sí mismo en su boca—. Por Dios, *traviesa*. ¿Es que quieres matarme?

Ella se rio en torno a él, pero no lo soltó. Retrocedió una vez más y volvió a tragárselo, lo torturó hasta que sintió que el hombre perdía el control y luchaba por no hundirse de nuevo en su garganta. Entonces chupó su polla con más fuerza, cerró los labios en torno a la henchida cresta, trabajando a su alrededor, frotando la sensible parte inferior con su lengua, destruyendo hasta la última pizca de su autocontrol.

—Dios… Eva —gruñó su nombre mientras se corría en su boca. Se derramó en su garganta, hundiéndose en ella sin piedad, obligándola a tragar a fin de no atragantarse. Y, por Dios, que disfrutó de cada pequeño instante de ese momento. Solo cuando estuvo segura de que ya no le quedaba ni una gota lo dejó salir de su boca y se sentó sobre sus propios talones con una sonrisa satisfecha.

Verle así, jadeando en busca de aire, completamente desnudo, a excepción del pantalón y la ropa interior en torno a sus pies, la hizo sonreír como la gata que se había comido toda la crema.

Que por otro lado, eso era justamente lo que había hecho.

—Condenada criatura… —lo escuchó murmurar mientras miraba hacia abajo, a ella.

Eva se lamió los labios y le guiñó el ojo.

—Deberías de acabar de sacarte los pantalones, Cass —le dijo burlona.

—Mis pantalones, ese jodido vestido… Y las puñeteras bragas verde menta que llevas puestas.

¿Cómo demonios sabía de qué color eran sus bragas?

—Tuve una encantadora visión de tu culo y ese maldito pedacito de tela cuando te inclinaste en busca de un nuevo chupito —contestó como si le hubiese leído el pensamiento o la pregunta se hubiese reflejado en su rostro—. Y desde ese mismo momento… —Se liberó de los pantalones, sacándoselos a fuerza de patadas. Su mirada azul se cernió sobre ella, como la de un predador—. No he podido pensar en otra cosa que arrancártelas.

Eva dejó escapar una risita cuando la levantó del suelo. Un segundo después estaba entre sus brazos y esas fuertes manos se habían hundido bajo su vestido. Un tirón, eso fue todo lo que necesitó para escuchar el sonido de la tela al romperse antes de que esta resbalase de su sexo y cayese inerte a sus pies.

—Una cosa menos… —gruñó él. La atrajo de nuevo contra su pecho, su boca cayó sobre la suya y la arrasó con su lengua, besándola con tal intensidad que le sorprendió no haber terminado convertida en un charco de puro deseo a sus pies—. El vestido, cariño. Eso también nos sobra.

—Es licra, solo tienes que… —El cierre detrás de su garganta se soltó y esas fuertes manos arrastraron la tela sin contemplaciones hasta arrancársela del cuerpo—. *Um.* Vale. Veo que pillas el concepto.

Una mirada caliente bajó sobre su cuerpo completamente desnudo. Esa noche no se había molestado en ponerse sujetador.

—No te haces una idea de cuántas veces he soñado con esto. Contigo así. Desnuda y a mi merced.

Se estremeció. Sus palabras eran como una caricia que no hacía más que aumentar su deseo por él.

—¿Lo estoy? —susurró—. ¿A tu merced?

Su respuesta no se hizo esperar. La empujó hacia la enorme cama que dominaba la habitación y la hizo caer de espaldas. No tardó ni dos segundos en seguirla y cogiéndole ambas muñecas, las colocó por encima de su cabeza.

—Lo estás —declaró mirándola con un hambre y una determinación que la dejó sin respiración—. Mantén las manos ahí. No las muevas.

Bajó sobre su cuerpo, haciéndose lugar entre sus rodillas, separándole las piernas con una de las suyas, mientras dejaba un sendero de pequeños besos y lametones sobre su piel. No se detuvo hasta llegar a sus pechos. Su boca capturó uno de los pezones, lo rodeó con la lengua y se entretuvo atormentándola mientras su propio deseo no hacía más que crecer y crecer.

Por el amor de Dios. Necesitaba más de él. Lo quería entre sus piernas, pero al mismo tiempo disfrutaba demasiado de esa boca que se amamantaba de su pecho. Él siguió chupando, raspando la sensible cúspide con los dientes, azotándola con la lengua. Se sentía arder. Se arqueó bajo él de pura necesidad, deseando acercarse más a ese hombre.

—Cass… —gimió su nombre. Le gustaba como sonaba, como se deslizaba de su lengua—. Oh, Cass…

Juraría que lo escuchó reír, una risa baja, ronca, antes de que le diese un último lengüetazo y continuase su descenso hasta recalar finalmente entre sus piernas.

—Me gusta la manera en que gimes mi nombre, *traviesa* —afirmó contra su sexo, derramando su aliento sobre su humedad—. Y me va a gustar mucho más aún oírlo mientras me doy un festín con este dulce coñito.

La primera pasada de su lengua fue como un latigazo. Eva se aferró al cobertor por encima de su cabeza, enredó los dedos en la tela y se retorció bajo la hambrienta boca que la lamía como si fuese un jodido helado. Cass le había abierto aún más las piernas, obligándola a flexionar las rodillas y apuntalando sus pies sobre el colchón. Estaba completamente expuesta a él y a lo que quisiera hacerle, algo que le resultaba tan excitante como vergonzoso.

La chupó como antes lo había hecho ella con él. Zambulló la lengua en su entrada y la

penetró como deseaba que lo hiciese su polla. Se tomó su tiempo con ella, la degustó como si fuese un delicioso postre y en el momento en que sus labios se cerraron en torno al clítoris y lo succionó, supo que estaba perdida. Gritó su nombre y se corrió en su boca mientras él continuaba lamiéndola sin descanso.

—Cristo… Cass… —No podía pensar. A duras penas podía respirar, pero eso no pareció importarle lo más mínimo a su amante, quién ya se estaba moviendo para posicionar la punta de su polla en la entrada de su sexo.

—Cielo, necesito que me digas si quieres que use condón —le preguntó—. Yo estoy limpio, pero…

—Está bien. Yo me protejo —asintió ella. Ahora mismo lo necesitaba dentro, era todo lo que quería en realidad—. Hazlo, Cass. Necesito que me folles. Por Dios. No me hagas esperar más.

—Será un jodido placer, cariño mío —aseguró antes de empujar dentro del caliente agarre de su vagina. La sensación de él abriéndose paso en ella, estirándola, la enloqueció. Arqueó la espalda y levantó las rodillas, atrapándole las caderas y abriéndose a sí misma todavía más a él.

—Así, dulzura —gruñó él, los dedos clavándosele en las caderas mientras empujaba centímetro a centímetro—, aférrate a mí.

Su grueso pene presionaba en ella, abriéndola, enviando una dolorosa y desesperada necesidad a través de su cuerpo. Se arqueó aún más, luchando por conducirlo aún más adentro. Cass no tenía la menor prisa por hundirse completamente en ella. Se tomaba su tiempo como si quisiera disfrutar de cada maldito centímetro.

—He esperado mucho por esto, nena —gimió él—. Dios. Te sientes tan bien…

Eva sacudió la cabeza sobre el colchón. Sus dedos se crisparon sobre la ropa de cama mientras intentaba encontrar el aire suficiente para dar voz a sus palabras.

—Por Dios… Cass. Muévete…

Sus caderas se sacudieron, enterrándolo aún más profundo en su interior.

—Gime para mí, cariño —farfulló él retirándose de su apretada vagina solo para volver a empujar en su interior—. Dámelo todo, Eva, dame todo lo que eres.

Se retiró una vez más y empujó, empalándose en ella, follándola con enérgicos golpes, dándole exactamente lo que le había pedido. Cada roce de su polla la empujaba hasta el límite, la llevaba más allá de la cordura y amenazaba con hacerle perder la cabeza por el placer que la estaba haciendo sentir. No se detuvo, no fue suave, pero ella tampoco quería que lo fuese. Necesitaba esto. Necesitaba ser follada de esta manera, ser marcada como solo este hombre sabía hacerlo y por dios que amaba cada segundo de ello.

—Cass. Oh, por favor, Cass… —sacudió la cabeza con erótica desesperación—. Oh, señor. Sigue. Por favor, no pares… Dame más…

Empujó más profundo, follándola, hundiéndose en ella con golpes rápidos y fuertes, acompasados por gruñidos puramente masculinos. Se entregó por completo al desenfrenado éxtasis, aumentando su placer hasta que fue incapaz de aguantar más y se corrió con fuerza, estallando en torno a la gruesa polla que la llenaba. Él siguió empujando en ella, remontando el orgasmo, haciéndolo si cabía mucho más intenso, hasta que lo sintió hundirse con un quejido en su interior y rendirse a su propia liberación.

—Eva… —Su nombre salió en una especie de grito estrangulado mientras caía sobre ella entre extenuados jadeos. Acunó su cabeza contra sus pechos y le acarició el pelo. Era todo lo que se veía capaz de hacer en esos momentos. Eso y sonreír como una boba.

CAPÍTULO 7

—Lincoln me llamó de todo menos guapa por no haberte pedido el teléfono o al menos haberte preguntado tu nombre —explicaba su dulce y rubia amante, acostada boca abajo sobre la cama a su lado—. En mi cabeza eras el *«demonio moreno»*.

Cassidy contuvo una sonrisa al escucharla. Ni siquiera estaba muy seguro como habían pasado de follar como posesos a compartir una tranquila conversación en la que ambos se estaban sincerando sobre la primera noche que compartieron. El momento en que se conocieron.

—*Demonio moreno* —repitió intentando mantener un tono neutral—. No es mal apodo, *traviesa.*

—Prefiero tu nombre, ahora que al fin lo sé —admitió ella con ese bonito rubor tiñéndole las mejillas—. *Cass.*

—Me he pasado tanto tiempo llamándote *«traviesa»* en mi mente, que tardaré un poco en acostumbrarme a *Eva* —admitió él inclinándose sobre ella para besarla en medio de la columna —. Todavía no puedo creerme que estés aquí.

—¿Tú no puedes creerlo? —bufó ella girándose hacia él—. Casi me caigo de la escalera cuando te vi… De hecho, casi me caigo antes de que aparecieras. *Um.* Tengo que darte las gracias, creo.

—¿Crees?

—Gracias —zanjó el asunto rápidamente. Su sonrojo aumentó.

Deslizó un dedo sobre su mejilla caliente y sonrió.

—Me gusta la manera en que te sonrojas —admitió en voz alta—. Eres una mezcla de arrogancia y timidez de lo más encantadora.

—Yo no soy arrogante.

—Oh, lo eres —aseguró con una carcajada—. Aunque quizá no sea la palabra adecuada. ¿Desinhibida? ¿Pasional? ¿Un poquito desvergonzada?

—No siempre… —murmuró en respuesta y ahí estaba de nuevo ese azoramiento que lo estaba encandilando—. Es solo que… No sé cómo… reaccionar ante algo así. Ante esto. Una conversación. Cuando hace dos minutos estábamos… follando.

—¿Prefieres que sigamos esta conversación mientras te follo? —sugirió al tiempo que deslizaba la mano por su espalda y la hundía entre sus piernas, lo que le arrancó un gemido.

—Cass…

—*Um*, se me acaba de ocurrir una manera bastante original de hacerte preguntas, cariño —aseguró al tiempo que empujaba un dedo en su interior.

—Hijo de…

—*Shh.* Solo responde cuando te pregunte.

—Y una mierd… Joder —gimió y alzó las caderas, buscando que la penetrase aún más—. *Um*… Quizá deberíamos dejar las preguntas para des… después… Oh, señor.

Sonrió para sí y continuó masturbándola.

—Después voy a meter mi polla dónde está ahora mi dedo y te follaré sobre tus manos y rodillas —le informó con toda la intención—. Te dije que no ibas a abandonar la cama hasta por la mañana, cariño.

—Me parece… estupendo —gimoteó—. Dios. Estoy perdiendo la cabeza por tu culpa…

—Bien. Quiero que seas muy consciente de que soy yo quién te hace perder la cabeza.

—¿Quién es ahora el arrogante, *señor demonio moreno*?

Retiró la mano entre sus piernas solo para darle una palmada en el trasero.

—A medida que me vayas conociendo te irás dando cuenta de que no es arrogancia, cielo, es una constatación de los hechos —gruñó volviendo a deslizar ahora dos dedos en su interior y aprovechó la lubricación natural femenina para empujar el pulgar en su ano—. Me muero por follarte aquí. Tengo un recuerdo malditamente precioso de aquel momento.

—¡Cristo, Cass!

—Eres preciosa cuando sucumbes al placer, *traviesa*, realmente preciosa —admitió en voz alta—. No creo que me canse jamás de verte en esta tesitura.

Desde luego que no. Ella era un reflejo de su propio placer, de su necesidad. Su cuerpo hablaba por sí solo. La humedad que le empapaba los dedos era una muestra de ello.

—Dulce y salvaje al mismo tiempo, una combinación inesperada y de lo más especial —murmuró inclinándose sobre ella para depositar pequeños besos a lo largo de su columna—. No he podido arrancarte de mi cabeza desde esa noche.

—Cass… —gimió su nombre, arqueando las caderas, empujando contra sus dedos.

—¿Qué me has hecho, *traviesa*? ¿Por qué no soy capaz de exorcizar tu recuerdo de mi mente, de mi propio cuerpo? —murmuró llegando al punto de la espalda que se unía a los glúteos—. ¿Por qué?

—Llevo haciéndome… esa misma pregunta… todo este tiempo —la escuchó murmurar entre jadeos.

—¿Y conoces la respuesta, Eva? —Le dio un lametón y luego un mordisquito en la base de la columna que la hizo temblar.

—¡Tú me ves! —acabó gritando en respuesta—. En medio de una sala llena de gente,

donde todos me miran, pero nadie me ve, tú me viste…

Su respuesta le provocó una punzada en el pecho. Esas palabras resumían muy bien la sensación que él mismo había tenido esa noche.

—Eras como una isla desierta en medio de un mar de gente, estabas allí y al mismo tiempo parecías no formar parte de aquello, era como verme a mí misma reflejada en ti… —musitó volviéndose lo justo para que sus ojos se encontraran por encima de sus cuerpos—. Solo… quería que me vieses…

«Alguien desea ser vista, Cass». Recordaba las palabras que Andie había vertido en sus oídos en medio de la fiesta. *«Quizá si la miras, puedas verte a ti mismo en ella»*.

Y la había visto. Desde el instante en que se presentó, la vio. Como una flor que va a la deriva, que desea abrirse y que acaba haciéndolo subida a una mesa, como esa misma tarde.

—Te vi… —asintió clavando su mirada en la de ella—. No he dejado de hacerlo desde entonces. Y ahora… Ahora siento la imperiosa necesidad de conocerte, de descubrir que se encuentra más allá de lo que tengo ante mí. Es un deseo egoísta, pero ¿podrías permitirme hacerlo?

Sus ojos parecieron oscurecerse ligeramente y una sonrisa le curvó los labios.

—¿Puedo pedirte lo mismo a cambio?

Nunca unas palabras le habían provocado tanto alivio como aquellas.

—Puedes —asintió empujando de nuevo los dedos en ella mientras bajaba sobre su boca —. De hecho, *debes* hacerlo.

La chica gimió en su boca cuando retiró los dedos, pero todavía no había acabado con ella.

—Sobre manos y rodillas, *mi Eva* —le dio una nueva palmada en el culo—. Voy a enterrar mi polla en ese bonito coño mientras te follo el culo con los dedos.

Un ligero estremecimiento la recorrió, pero el brillo que vio en sus ojos era de pura anticipación.

—Ah, mi pequeña traviesa, ¿cómo he podido vivir sin ti todo este tiempo?

Tiró de ella hasta tenerla en la posición que deseaba, le retiró el pelo haciéndolo caer hacia delante sobre el hombro y la acarició una vez más entre las piernas.

—Eres la criatura más magnífica con la que me he cruzado en la vida, Eva Peters —pronunció su nombre, diciéndole que sabía quién era, con quién estaba—. Y me va a ser muy difícil renunciar a ti ahora que te tengo aquí.

Se colocó entre sus piernas y la penetró desde atrás, alojándose completamente en el interior de ese apretado y húmedo coño.

—¡Cass! —arqueó la espalda, pegando su culo a su pelvis—. Joder. Sí.

Se rio entre dientes y empapó los dedos en los jugos que escapaban del ahora lleno sexo, para lubricar con ellos una vez más su ano.

—Respira hondo, cielo, necesito que puedas alojar mi polla en este dulce agujerito —la instruyó y cuando notó que lo hacía, empujó en su interior hasta alojar uno de sus dedos.

—¡Oh, por Dios! —gimió ella y se apretó de nuevo contra él.

—Sujétate, dulzura, pienso follarte hasta que pierdas el sentido.

Se retiró de su trasero solo para volver a entrar. Trabajó en él con movimientos lentos, pausados, provocando en su mujer una serie de gemidos y quejidos de lo más eróticos. Eva disfrutaba del sexo anal, no le cabía duda y para él eso era el mismísimo cielo.

—Por lo que más quieras, Cassidy, ¡muévete y fóllame de una puta vez!

—¿No es lo que estoy haciendo? —Se burló empujando de nuevo en su culo—. Quiero ver cómo te corres con mis dedos en tu culito.

—Hijo de perra… —Siseó antes de empujarse de nuevo contra él—. ¡Fóllame, joder!

Volvió a retirar los dedos de su ano y la penetró ahora con más fuerza. Entró y salió, una y otra vez, follándola como acababa de prometerle hacer. Estaba dispuesto a hacerla llegar al orgasmo de esa manera, con su polla profundamente enterrada en su coño.

—Nena. Por el bien de los dos. Más vale que te corras… —gruñó mientras le follaba el culo con los dedos, apretando los dientes, pues cada incursión de sus dedos la sentía su polla—. Córrete, traviesa. Dámelo.

Y se lo dio. Se corrió en torno de su miembro. Notó los espasmos de su orgasmo aprisionándolo en su vagina y su grito estrangulado perforándole la garganta.

—Buena chica —murmuró cariñoso. Entonces se retiró de su apretada funda y volvió a penetrarla, permitiéndose, ahora sí, follarla a conciencia.

—¡Cass! ¡Oh, Dios! ¡Cass!

Se dejó llevar por su propio deseo, por el desenfreno que esa mujer provocaba en él y la montó con fuerza. Se hundió en ella y se retiró con embates rápidos y duros, le ciñó las caderas y se empleó a fondo hasta que él mismo terminó corriéndose en el interior de su sexo.

—¡Eva! —gruñó su nombre antes de dejarse caer sobre el cuerpo femenino, cubriéndolo con el propio sin encontrar siquiera las fuerzas para salir de su interior.

Y dudaba que algún día las tuviese, pensó. Ahora que la había encontrado, no volvería a perderla.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente…

—Bien. Si quisieras echarnos de una patada en el culo o cobrarnos un extra por cómo hemos dejado este lugar, no oirás una sola queja de mi parte.

Eva casi se encoge al ver el estado en el que había quedado el salón tras la fiesta de la noche anterior. Habría jurado que no había sido tanto el desmadre, pero ahora que veía las botellas sobre cualquier lugar, los vasos de los chupitos y notaba el aroma del alcohol y la menta en el ambiente, se sentía terriblemente avergonzada.

Se había levantado temprano con la intención de empezar a recoger la decoración y también porque, con la llegada de la mañana, llegaban también la lucidez y los arrepentimientos. No podía decir que se hubiese arrepentido de lo que había ocurrido durante la noche, pero sí le avergonzaban algunas de las cosas que habían salido de su boca.

Malditos chupitos de menta.

El plan era escabullirse de la cama, recoger su vestido, pues sus bragas eran ya historia, y salir de la habitación con los zapatos en la mano. Ya se las ingeniaría para dar con el camino hasta la cabaña. Con suerte, Lincoln y sus compañeros seguirían durmiendo la mona después de los excesos de la noche y podría recuperar su maleta. Sin embargo, ni siquiera pudo bajarse del colchón sin que Cassidy la retuviera y acabase por darle el mejor polvo de buenos días que había experimentado jamás.

Así que aquí estaba ahora después de una ducha compartida, llevando ropa prestada y mirando los restos de un campo de batalla.

—Si hubieses visto algunas de las cosas que hemos presenciado aquí, esto te parecería un juego de niños, nena —aseguró el hombre a su lado—. No es necesario que recojas nada, a menos que quieras recuperar algunas cosas y guardarlas como recuerdo. Tenemos un servicio de limpieza contratado. Recogeremos los vasos y las botellas y el lunes harán una limpieza a fondo.

—¿El lunes? —Enarcó una ceja. Sacudió la cabeza y se remangó el suéter que le había prestado. Las prendas, al parecer, eran de la esposa de dos de sus compañeros. Una mujer

valiente, si había decidido compartir la vida con dos hombres—. Vale. En cuanto entren por esa puerta para desayunar, intercéptalos y mándamelos a todos para aquí. A Lincoln el primero. Si han sido capaces de montar este circo, también lo serán de ayudar a desmontarlo.

—¿Vas a poner a todo el grupo a limpiar? —No se le escapó el tono cómico en la voz masculina.

—No sería la primera vez —admitió moviéndose por la sala y empezando a recoger cosas del suelo—. Por lo general somos Lincoln y yo quienes nos encargamos de recoger. El hecho de que no esté aquí el primero es solo porque es el cumpleañero y… bueno, tengo la sensación de que todavía le durará… la resaca.

—¿Solo la resaca?

Miró a Cassidy de soslayo y se encogió de hombros.

—Aunque parezca que está medio *«loca»* —usó el femenino a propósito—, es la mejor persona que te puedes encontrar en la vida. Si no fuese por Linc, mi vida ahora mismo no sería la que es.

—Y tú y yo no nos hubiésemos conocido, ¿no?

Asintió volviéndose hacia él.

—¿El grupo que viste aquí ayer? Todos tenemos algo que deberle a Lincoln. Para muchos de nosotros ha sido como nuestra hada madrina. Él es quién acabó presentándonos unos a otros, fuimos coincidiendo en… fiestas y bueno, hemos creado un entorno seguro. —Era la mejor manera en la que podía explicarlo. El cómo un grupo de completos desconocidos había terminado por formar parte del mismo núcleo, conociéndose los unos a los otros y disfrutando de un estilo de vida que todos compartían—. Hay dos parejas estables y el resto, bueno, solemos quedar de vez en cuando…

O al menos así era como la mayoría, ya que ella solo tenía ese vínculo de confianza con Lincoln. Aun cuando solía salir a comer o de compras con Emily, no eran amigas íntimas, tan solo dos chicas que formaban parte del mismo círculo de amistades nocturnas.

—Lincoln ha sido mi tabla de salvación en muchos aspectos. Fue el único que estuvo a mi lado en un momento en el que nadie más quería estar —resumió con un ligero encogimiento de hombros—. Es como un hermano gay, con demasiada pluma, por el que haría cualquier cosa. Y le defenderé hasta la muerte, por muy *loca* que se ponga.

—Eres una persona fiel.

—¿No lo serías tú con alguien que es capaz de mover cielo y tierra para evitar que te metan en la cárcel por un asesinato que nunca cometiste? —replicó casi sin ser consciente de lo que salía de su boca—. Mierda.

Estaba tan cómoda en su compañía, que simplemente había sido sincera.

—No es lo que parece. Yo no…

—¿Te acusaron de asesinato? —La incredulidad en su voz era palpable.

Eva dejó escapar un suspiro. No había manera de evitar la pregunta, ni siquiera cambiando de tema.

—Mi ex apareció con un cuchillo clavado en el pecho y a la policía le pareció obvio que la responsable era yo —resumió con un ligero encogimiento de hombros—. El hecho de que el tío fuese un imbécil, anduviese metido en líos de contrabando de drogas y me estaba poniendo los cuernos, fue algo de lo que me enteré después. Me acusaron de asesinato, me metieron en la celda de la comisaría y se pasaron cinco días interrogándome y prácticamente obligándome a que confesara un crimen que yo no había cometido. El abogado de oficio que me presentaron era un inepto, así que Lincoln echó mano de sus contactos y gracias a él pude demostrar mi inocencia. Al cabrón de mi ex lo había asesinado la mujer a la que se estaba tirando y con la cual tenía negocios. La tía lo confesó todo. Llegó a decirles a la policía que si no estuviese muerto ya, le clavaría el cuchillo de nuevo, pero en los huevos.

—Joder.

Sí, era una buena forma de resumirlo, pensó ella.

—Total. Mi familia, que tampoco es que fuese una novedad, me dio la espalda. La gente del pueblo no hacía más que cuchichear a mis espaldas y escuché demasiadas veces el término *«perra asesina»* unido a mi nombre, aunque ya se hubiese demostrado que yo no tenía nada que ver, en boca de gente que me conocía de toda la vida —concluyó su relato—. Falls Oak es un pueblo pequeño. Todos se conocen y lo de juzgar en masa cuando eres inocente, lo hacen de puta madre. Lincoln me sacó de allí. Me fui a vivir con él a Monroe y lo demás es historia.

—¿Vives en Monroe? ¿En Carolina del Norte?

—Vivo y trabajo en Monroe, sí.

Se la quedó mirando como si fuese la primera vez que la veía, entonces sacudió la cabeza y sonrió como si acabase de tocarle la lotería.

—Y cuando piensas que nada puede sorprenderte, va y resulta que la mujer que no has podido sacarte de la cabeza en once años, vive en tu misma ciudad.

—¿Es una broma?

—¿Quieres que te enseñe mi permiso de conducir? —replicó entre divertido y sorprendido —. Crecí en Ohio, pero me mudé a Monroe después de divorciarme. Llevo viviendo allí los últimos cuatro años.

—¿Estás divorciado?

Asintió.

—Mi matrimonio duró apenas dos años. No funcionó. —Resumió con un ligero encogimiento de hombros—. Pensé que era la persona adecuada, sobre todo después del accidente… Me equivoqué.

La mención al accidente la llevó a recordar el momento en que lo había mencionado la tarde anterior y su seca respuesta.

—Yo… me enteré de lo ocurrido por el periódico. No, no tenía idea de que Andie se dedicase a… aquello. Cuando vi su fotografía… le reconocí. Fue… un shock. Yo… lo siento mucho.

—Todos formábamos parte de ese grupo —mencionó él. Su tono se volvió algo más serio, pero ya no se lo notaba cortante—. Era mi amigo, mi hermano, en muchos aspectos. Estaba con él cuando sucedió. Yo mismo apenas salgo de aquella montaña con vida… Pero, al contrario que él, puedo decir que sigo aquí.

Y de todas las posibles explicaciones, aquella no era una que esperase escuchar.

—¿Las cicatrices en tu pierna?

Asintió y se llevó la mano de forma automática a ella.

—Es un pequeño recuerdo de aquello.

Eva actuó por instinto y le cogió la mano. Escucharle decir que él casi pierde la vida de la misma manera la sacudió si se hubiese aferrado a un cable de alta tensión.

—Yo… Lo siento, Cass.

Esos ojos azules se volvieron sobre ella y asintió en silencioso agradecimiento. Notó como giraba su mano y le devolvía el apretón.

—Después de la noche en la que los tres estuvimos juntos, me dijo que si yo fuese un tipo listo, removería cielo y tierra hasta encontrarte —murmuró—. Pues parecías ser la clase de mujer por la que merecía la pena correr riesgos.

Sus palabras le provocaron un nudo en la garganta.

—Andreas era bueno calando a la gente —añadió acariciándole los dedos.

—Me di cuenta de ello esa noche —admitió ella—. Parecía un buen tío.

—Lo era —afirmó. Le dio un último apretón y la dejó ir—. Bueno, ¿qué necesitas?

Eva aceptó el cambio de tema y miró la tira de globos colgando todavía de la pared y los globos con el número 40 medio desinflado.

—¿Una escalera?

La mirada que le dedicó Cassidy la hizo sonreír.

—Dejaré que la sujetes, si eso hace que te sientas mejor.

Él la recorrió de la cabeza a los pies y suspiró.

—Si llego a saber que ibas a ofrecerme de nuevo esa magnífica visión de tu culo, habría dejado que te pusieras de nuevo el vestido —aseguró visiblemente compungido.

Se echó a reír sin poder evitarlo.

—Eres un demonio, ¿lo sabías?

—Y moreno, según me ha chivado cierta señorita traviesa —admitió él claramente

divertido—. No me había dado cuenta de ese pequeño detalle.

Ella sacudió la cabeza y lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿vas a buscarme esa escalera o…?

—Depende —se acercó a ella con ese aire predador que la ponía como una moto—. ¿Te quedarás conmigo el resto del fin de semana si lo hago?

—¿Eso es lo que quieres?

—Lo deseo más que nada —admitió inclinándose sobre ella, bajando directo a sus labios —. Deseo saber más de la *señorita traviesa* que acaba de volver a entrar en mi vida.

—Bueno. Pero solo… si yo también puedo saber más del demonio moreno que se ha adueñado de la mía —respondió sin andarse con rodeos.

—Hecho —cogió la mano en la de él, como si sellase un trato y acto seguido bajó sobre sus labios para comerle la boca con un hambriento beso.

EPÍLOGO

¿Quién le iba a decir que lo que comenzó como una noche loca y de autodescubrimiento terminaría convirtiéndose once años después en el comienzo de algo más? Si se lo hubiesen dicho, lo había considerado una fantasía, un cuento más. Pero aquí estaba ella, considerando la invitación que le había hecho Cassidy durante el fin de semana de quedarse a pasar las Navidades con él en aquel pequeño pedazo de cielo.

Un fin de semana. Solo había necesitado un fin de semana para darse cuenta de que no era suficiente, que quería más, mucho más y lo quería con ese hombre. Quizá fuese una insensatez. Era más que probable que las cosas terminasen en una aventura pasajera, pero nada le había apetecido tanto como arriesgarse y ver a dónde les llevaba lo que quiera que pudiese haber entre ellos.

Habían hablado, largo y tendido. Era probable que, quitando a Lincoln, Cass fuese el hombre que más sabía ya sobre ella. Por algún motivo se sentía a gusto a su lado, las palabras aparecían solas e incluso los silencios que compartían en ocasiones eran agradables. Y no era la única que había dejado salir todo lo que tenía dentro. Su amante le habló del accidente que se cobró la vida de Andreas, de cómo él había estado también debatiéndose entre la vida y la muerte y también del sentimiento de culpa que todavía lo acompañaba. Compartió con ella la adquisición de este lugar, de cómo se juntaron los cuatro montañeros que formaban una familia y decidieron sacar adelante este lugar.

Le habló de su matrimonio, de cómo conoció a la que fue su esposa y que, aun si su relación no había funcionado de aquella manera, hoy por hoy seguían siendo amigos e incluso era el padrino del hijo de esta. Cassidy la estaba dejando entrar en su vida, una que, por lo que podía intuir, guardaba celosamente, algo que entendía muy bien.

Así que, aquí estaba ahora, en la terraza del primer piso, mirando el mismo paisaje que había visto a su llegada en compañía de su mejor amigo.

—Entonces, ¿vas a quedarte?

Eva se volvió para mirar los ojos marrones de Lincoln y asintió con la cabeza.

—Aquí —señaló con un dedo el lugar en el que estaban.

—Me ha hecho una invitación que… quiero aceptar —admitió con sinceridad—. Me gustaría descubrir qué hay entre nosotros, además de lo evidente, claro.

—Una corriente sexual que chamusca a cualquiera que esté a vuestro alrededor —canturreó él—. Sí. Eso salta a la vista, nena. Para cualquiera que tenga ojos en la cara.

—Necesito saber si existe algo más, si puede existir… —confesó en apenas un susurro—. Creo que él me gusta, Linc, que me gusta de verdad. Pero he metido la pata ya tantas veces que tengo miedo de repetir mis malas elecciones.

—Bueno, cariño. Para empezar, Cassidy Peters tiene un negocio. Es un hombre emprendedor y que no parece tener miedo a mancharse las manos recogiendo los desastres que organizamos los demás. —Puso los ojos en blanco de manera dramática. Le estaba recordando la bronca que les había echado ella a todos los del grupo en cuanto aparecieron hacia el mediodía —. Eso lo hace ya un candidato mucho más adecuado que los últimos ligues que te he conocido.

Hizo una mueca al escucharle, pero aceptó la crítica.

—Gracias por el voto de confianza.

Su amigo chasqueó la lengua y la envolvió con el brazo.

—Llevas encoñada con tu *«demonio moreno»* desde hace once años, nena. Y nadie con quién hayas salido en todo este tiempo ha estado a la altura de lo que ha conseguido Cass en tan solo un par de días. —Le puso morritos—. No sabes la envidia asquerosa que te tengo. Parecías brillar como una jodida lámpara después de haberte matado a polvos. ¿Tienes idea de lo raro que es eso? Envidia, nena, envidia total.

—Mira que eres *dramática*.

—Ay, cielo. Tú me das esperanzas. Os veo y pienso: Lincoln, todavía hay esperanzas para el amor —aseguró mirándola de esa manera en que solo lo hacía él—. Anda, ven aquí. Vamos, ven aquí. —La abrazó con fuerza—. Te mereces ser feliz, Eva. Tú más que nadie en el mundo se merece conocer lo que es el amor de verdad. Y apostaría mi mejor baile a que ese Cass tuyo puede enseñártelo, así que… ¡A por él, mi tigresa!

Se rio y le devolvió el abrazo.

—Quizá no te lo digo muy a menudo, Linc, pero te quiero —le aseguró dándole un ligero pico en los labios—. Te quiero mucho.

—Ay, mi vida. Quién me conoce, me ama. Es mi particular maldición —dramatizó, lo que la hizo reír aún más—. Por este año dejaré que pases las Navidades con ese *bombonazo*. Pero te lo advierto. Quiero una llamada cada dos días. Si no me llamas, daré por hecho que te tiene retenida en contra de tu voluntad y vendré aquí con todo mi arsenal para rescatarte y cortarle los huevos, ¿queda claro?

—Sí, mi capitán —hizo el saludo marcial ante su amigo.

Él chasqueó la lengua y la dejó ir.

—Me voy tranquilo porque veo ese brillo en tus ojitos, uno que no estaba antes ahí —admitió y esbozó una de esas sonrisas socarronas que conocía bien—. Si es que ya te lo había

dicho. Mis chupitos de menta son infalibles.

Eva rompió a reír.

—Al final te has salido con la tuya, *reinona* —afirmó y señaló—. Has tenido un gran cumpleaños.

—Oh. El mejor, cariño. El mejor —aseguró haciendo ese meneito suyo—. Pienso recomendar este lugar a todas mis chicas. Tu *novio* tendrá trabajo para aburrir. Te lo digo yo.

Su novio. No sabía si podía adjudicársele todavía ese nombre, pero desde luego no le importaría nada descubrirlo.

—Su *novio* y los amigos de su novio estarán encantados de que así sea, Lincoln.

Los dos se volvieron para ver a Cassidy cruzando el umbral acompañado por Josh y su esposa Mary.

Su amante no dudó en ir hacia ella y envolverla en sus brazos, como si quisiera asegurarse de que no había cambiado de idea. La pegó contra él y la besó en la cabeza.

—Cuida bien de mi niña, Cass, ella es muy importante para mí —señaló su amigo dejando claro con su tono que no estaba de broma en esa ocasión—. Y ella mejor que nadie sabe cómo me las gasto cuando le hacen daño a alguien que es importante para mí.

No pudo más que asentir en respuesta.

—Sí. Gracias a él me libré de un cargo de asesinato —afirmó sabiendo que Cass estaba al tanto de todo.

—No jodas. ¿Eres de las que va dejando cadáveres detrás, *traviesa*? —Los ojos de Josh brillaban de diversión y no parecía en absoluto sorprendido por sus palabras.

—Fue una confusión —resopló—. Mi último novio era un gilipollas y tardé en darme cuenta de ello.

—Bueno. Tu nuevo novio es una buena persona —le dijo Mary mirando con visible cariño al hombre—. Puede comportarse como un idiota algunas veces, pero no es nada que no se arregle con una buena colleja.

Josh se rio entre dientes ante la descripción de su esposa.

—Te tiene calado —murmuró por lo bajo.

—Como para no hacerlo —replicó el aludido.

—Ay, por Dios. No empecéis. No quiero llorar y estoy a punto de hacerlo —rezongó Lincoln abanicándose para luego estirar los brazos hacia Josh—. Te echaré de menos, ardillita. Venid a verme, ¿vale?

—¿*Ardillita*? —preguntó Cass.

—No preguntes —fue la respuesta tajante del tipo, pero no rechazó el abrazo del tipo de piel chocolate, por el contrario, se lo devolvió—. Cuenta con nuestra visita cualquier día de estos, Linc.

—Cuídate mucho, Linc —lo abrazó también Mary, depositando un beso en su mejilla.

—No dejes que nuestro chico se nos desmande, ¿eh? —pidió a la mujer con inusual ternura.

—Vale, ¿qué nos hemos perdido? —musitó solo para oídos de Cassidy.

—Te lo diré cuando me entere, cariño.

Lincoln chasqueó la lengua y tras dejar ir a los que a todas luces eran sus nuevos amigos, los señaló a ambos.

—¿Ves lo que te decía? Solo les ha llevado un poquito de tiempo encontrarse.

—Once años. Ahí es nada —se burló Josh.

—Los hay que esperan toda una vida, ardillita, toda una maldita vida.

Con esa última acotación, su mejor amigo empezó a dar abrazos y a despedirse de cada uno de los presentes. Eva lo acompañó junto con los chicos hasta la entrada, dónde esperaban ya el resto del grupo. Entre más besos, abrazos y promesas de reunirse en otro momento, sus amigos abandonaron el lugar dejándola por primera vez atrás.

—Entonces, ¿te vas a arriesgar conmigo, *traviesa*? —Cassidy la rodeó por la cintura y la acompañó de vuelta al interior de la cabaña principal.

—Llevo once años esperando poder hacerlo, mi *demonio moreno* —admitió mirándole a los ojos—. Creo que ya esperé suficiente, ¿no te parece?

—Me parece.

—Chicos, respetad la tradición, por favor —señaló Josh quién los adelantó con Mary del brazo e indicó la ramita que colgaba sobre la entrada de la puerta antes de besar a su mujer—. El muérdago.

Levantó la cabeza y sonrió al ver la mentada rama de árbol atada con una cinta en el dintel de la puerta.

—Sin duda una de mis tradiciones favoritas —admitió ella tomando el rostro de su chico entre las manos—. Feliz Navidad, Cassidy.

—Feliz Navidad, Eva.

Su boca se encontró con la suya y el beso que compartieron le supo a puro deseo.